

Alejandra María Sosa Elízaga

Caminar sobre las aguas

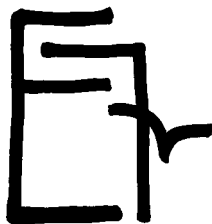


Col. La Palabra de Dios ilumina tu vida
Ciclo A



EDICIONES 72

*"designó el Señor a otros setenta y dos
y los envió por delante...
a todas las ciudades y sitios
a donde Él había de ir..."
(Lc 10, 1)*



EDICIONES 72

ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA

Caminar sobre las aguas

**Colección ‘La Palabra ilumina tu vida’
Ciclo A**



EDICIONES 72

Caminar sobre las aguas
Colección 'La Palabra ilumina tu vida.'
Ciclo A

EDICIONES 72, S.A. DE C. V.

Moctezuma 17 local C, esq. Chimalcoyótl,
Col. Toriello Guerra, Tlalpan,
C.P. 14050, México, D.F.

ISBN: 978-607-8197-01-9

Registro del Derecho de Autor: 03-2011-081113041100-14

Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso
por escrito de la autora y/o del editor

www.ediciones72.com

Correo electrónico: ediciones72@yahoo.com.mx

Si desea escribirle a Alejandra María Sosa Elízaga
puede hacerlo al Ap. postal 22-289 México, D. F.

Correo electrónico: alesosa@ediciones72.com

tel: 56 65 12 61

Hecho en México

Í N D I C E

PRESENTACIÓN	7
1. Estén preparados...	8
2. Esperado inesperado	10
3. Expectativas rebasadas	15
4. Compromiso ineludible	18
5. Feliz obediencia	21
6. Recuperar el asombro	24
7. Dignidad	27
8. Testigos	30
9. Encuentro, invitación, respuesta	54
10. Dichosos de a de veras	38
11. Pruebas	42
12. Sin lugar a dudas	45
13. De cántaro a manantial	49
14. Noche de día	53
15. Agua, luz, vida	56
16. Viacrucis para rezar en familia	59
17. La Pascua en familia	64
18. Ustedes no teman	67
19. Perdón de Dios	70
20. Emaús	74
21. La puerta	77
22. El Camino, la Verdad y la Vida	80
23. Obras son amores	83
24. Contigo	86

25. Caídos que levantan	89
26. Correspondencia	92
27. Lo primero es lo primero	94
28. Roca o arena	98
29. Perdedores	101
30. Mirada, compasión y respuesta	104
31. Que lo sepa el mundo	107
32. Compensación	110
33. Sencillamente	113
34. Con la palabra en la boca	116
35. Cizaña vs trigo, mostaza y levadura	119
36. Recompensa cierta	122
37. Más para todos	125
38. Caminar sobre las aguas	128
39. Hallarle el modo	131
40. Oído atento	134
41. ¿Qué sentido tiene sufrir?	137
42. Para corregir, amar y orar	140
43. Que Dios te perdone	143
44. Nunca demasiado tarde	146
45. Trabajar hoy en la viña	149
46. Saber administrar, saber edificar	152
47. Invitados o desinvitados...	155
48. Fin de los titubeos	158
49. ¿Queremos Halloween?	161
50. Poder amar	164
51. ¿Das?	167
52. Limpia intención	170
53. Talentos	173
54. Caridad casera	176
Obras de Alejandra Ma. Sosa E.	179

PRESENTACIÓN

Este es el segundo volumen de la colección de tres libros titulada ‘La Palabra de Dios ilumina tu vida’. Con esa capacidad suya de ofrecer meditaciones breves pero profundas, sólidamente fundamentadas pero de lectura fácil y sabrosa, la autora va invitando al lector a releer el Evangelio que se proclama cada domingo en Misa (en el ciclo litúrgico A, dedicado a san Mateo), para comprenderlo mejor, relacionarlo con su propia existencia y descubrir cómo la Palabra de Dios realmente ilumina su vida.

Estén preparados...

Pocas palabras de Jesús son tan desatendidas como las que le escuchamos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa: “*estén preparados, porque no saben qué día va a venir su Señor*” (Mt 24, 42).

Si se realizara una encuesta y se le preguntara a la gente: ‘¿te vas a morir hoy?’, probablemente nadie, fuera de algún suicida en ciernes, algún enfermo terminal o dos o tres tías mías a las que les urge morir desde que las conozco (siempre están: ‘a ver cuándo me recoge el Señor’, ‘a ver cuándo ya se apiada de mí el Señor’), nadie respondería que sí.

Quién sabe por qué todo mundo cree que, cuando menos el día de hoy ya la libró. Lo mismo creían muchos que ahora ya no están aquí para contar lo equivocados que estaban. ¡Ay, si los difuntos hablaran!

Por otra parte, eso de “*estén preparados*” muchos lo interpretan según su humano entender. Para unos significa hacer testamento, para otros implica asegurarse un espacio en alguna buena funeraria, con cripta o panteón de moda incluidos, y para otros convencer a sus futuros deudos de que espolvoreen sus cenizas (las suyas no las de ellos) en algún paraje pintoresco. ¿Puede considerarse que en eso consiste estar “*preparados*”? No desde el punto de vista de Jesús. Lo que a Él le interesa no es tanto lo que suceda con los restos mortales (da lo mismo un ataúd de madera que de oro, lo que queda adentro de todos modos no durará, así que con disponer

cristianamente de esos restos, que fueron templo del Espíritu Santo, basta), lo que a Jesús le preocupa es que se prepare el alma. Y en ese aspecto lo que nos pide Jesús provoca inquietud porque obliga a plantear una pregunta incómoda y apremiante:

¿Estás preparado para encontrarte cara a cara con Aquel que te creó, que te ha acompañado cada instante de tu vida, que conoce todas tus historias, al que no se le ha ocultado ni el más secreto de tus pensamientos, ni la más disimulada de tus intenciones, que ha estado presente en los momentos alegres y en los dolorosos, que sabe perfectamente bien de lo que eres capaz y hasta dónde has aprovechado o desperdiciado todos los dones y oportunidades que te dio de hacer el bien, de dar, perdonar, comprender, ayudar a otros, construir la paz, colaborar en la edificación de Su Reino? ¿Estás preparado para enfrentar Su mirada, bondadosa, sí, comprensiva, paciente y misericordiosísima, desde luego, pero también penetrante, inquisitiva, conoedora, capaz de ver más allá de las apariencias, capaz de penetrar tras tus máscaras y defensas, iluminar los rincones más ocultos, sacar a la luz lo que habías arrumbado hasta el último rincón de tu conciencia? ¿Estás preparado? Porque afirma Jesús: “*a la hora que menos lo piensen, vendrá el Hijo del hombre*” (Mt 24, 44), es decir, cuando más confiados estemos en que todavía falta mucho, ¡zas!, llegará la hora y ya no habrá nada que hacer.

Dice el Señor que nos va a pasar como en tiempos de Noé, que toda la gente estaba quitada de la pena ocupándose de sus asuntos, comiendo y bebiendo, y de repente “*sobrevino el diluvio y se llevó a todos*” (Mt 24, 39). Y antes de que alguien crea que esta es la versión católica de historias de terror para espantar a los niños (y a los no tan niños), urge aclarar que la intención no es ponernos a temblar sino todo lo contrario, animarnos a hacer lo que haga falta para que esa hora inesperada no nos tome desprevenidos.

Contaba una amiga a la que un día le dijeron que tenía un padecimiento que podía provocarle muerte súbita (y no se refería al modo de desempatar el marcador de un partido de tennis), que ello le ayudó mucho a tomar conciencia de que

debía hacer lo que estuviera de su parte para que si repentinamente llegaba el final la encontrara en amistad con Dios y en armonía con sus semejantes; que le ayudó también a poner las cosas en perspectiva y a darse cuenta de que muchas cosas materiales a las que se había sentido muy ligada en realidad no tenían importancia, y en cambio debía revalorar y aprovechar al máximo muchas cosas que hasta antes del diagnóstico daba por hecho o había descuidado.

Ante todo esto surge inevitable la pregunta: ‘¿Cómo puede uno prepararse bien para ese encuentro decisivo con el Creador?, ¿qué hay que hacer?’. La respuesta, afortunadamente, es muy sencilla: hay que vivir cumpliendo la voluntad del Señor en nuestra vida. Y ¿cuál es Su voluntad? Que correspondamos a Su amor y nos amemos unos a otros como Él nos ama (ver Jn 15, 12). Que ahí donde estamos todos los días, en nuestra particular situación como miembros de una familia, de una comunidad, de la Iglesia, procuremos que sea Su amor cuanto inspire nuestros pensamientos, palabras, acciones y omisiones.

Como pedimos en la Oración Colecta de la Misa dominical: “Señor, despierta en nosotros el deseo de prepararnos a la venida de Cristo con la práctica de las obras de misericordia...”. ¿Cuáles? Por ejemplo las que enlista el Catecismo como ‘corporales’, entre las que está compartir los propios bienes (casa, vestido y sustento) con quienes los necesitan, y ‘espirituales’, entre las que se cuenta perdonar, consolar, soportar a otros con paciencia, orar por todos...

¿Qué tal si en este Adviento de veras nos preparamos ‘como Dios manda’ a celebrar la venida del Señor, pero no sólo la pasada sino la futura, y nos proponemos realizar cuando menos una obra de misericordia (espiritual y corporal) cada día, comenzando hoy, como quien dice ya?

Esperado inesperado

Si viviera en nuestro tiempo y alguien le preguntara: ¿a qué te dedicas?, podría responder con toda veracidad: ‘soy movedor de tapetes’, y no porque lo suyo fuera el flete de alfombras, sino porque acostumbra pronunciar encendidos discursos que siempre dejan a sus oyentes comentando: ‘ahora sí que me movió el tapete’. Es Juan el Bautista, a quien el Evangelio que se proclama este domingo en Misa nos lo presenta rodeado de una multitud que acude a escucharlo y a ser bautizada por él.

¿Quién es Juan el Bautista, qué sabemos de él? Por el Evangelio de San Lucas sabemos que Juan es hijo de Zacarías y de Isabel, parienta de María; que lo concibieron cuando ambos eran de edad avanzada (ver Lc 1, 5-25) y que desde su nacimiento se dijo que sería ‘profeta del Altísimo’ que iría “*delante del Señor para preparar sus caminos anunciando a su pueblo la salvación y el perdón de sus pecados*” (ver Lc 1, 76-77).

Fiel a la vocación que recibió de pequeño, lo vemos ahora hecho un hombre que invita a la gente a convertirse, es decir, a arrepentirse de sus pecados y a cambiar el rumbo de su vida para reorientarlo hacia Dios, y a sumergirse en el Jordán para expresar su deseo de purificarse y empezar una nueva vida.

Resulta muy significativo que esta vocación suya personal coincide con algo que las Sagradas Escrituras habían

anunciado desde antiguo: que antes del día del Señor, aparecería de nuevo un gran profeta como Elías (profeta del Antiguo Testamento), para convertir los corazones, (ver Eclo 48, 1-4.9-11; Mal 3,23). Pues bien, Juan es el nuevo Elías, es el último de los grandes profetas (después del cual ya no hace falta ni uno más porque ha llegado Aquel que todos esperaban).

¿Cómo se sabe que Juan es el nuevo Elías? Mateo nos lo hace saber de dos maneras: la primera, en el Evangelio de hoy, cuando nos describe que Juan vestía “*túnica de pelos de camello y cinturón de cuero*” (Mt 3,4). No es que el evangelista se haya vuelto repentina e inexplicablemente ‘cronista de modas’ describiéndonos el atuendo del Bautista, sino que quiere mostrar que Juan vestía igual que Elías (ver 2Re 1,8), y más adelante en el mismo Evangelio, será el propio Jesús quien se refiera a Juan y deje en claro que lo considera el nuevo Elías (ver Mt 11, 13-14; 17, 10-13).

Así pues, la vocación de Juan como profeta precursor es indudable, y la ejerce como sus antecesores, hablando con suma claridad y valentía. En el Evangelio de hoy vemos cómo adapta su discurso a sus oyentes. A unos, a los que probablemente les ve buena voluntad y pureza de intención, se limita a exhortarlos a convertirse, anunciándoles que está cerca el Reino de Dios; a otros, entre quienes abundan los que se limitan a practicar una religiosidad vacía y superficial, de ritos externos solamente, confiados en que por pertenecer al pueblo elegido ya han asegurado su salvación, les pone los pelos de punta diciéndoles que no se hagan ilusiones y amenazándolos con que si no dan frutos de conversión les sucederá como al árbol seco que es cortado y arrojado al fuego. Cabe aquí hacer un alto para comentar que este discurso no está limitado a los fariseos contemporáneos de Juan. No se puede leer pensando: ‘¡que feo les dijo, qué bueno que no estábamos ahí!’, porque sí estamos: lo que dice nos atañe también a nosotros; por algo la Iglesia nos lo presenta en este tiempo de Adviento, cuando faltan tres semanas para disponernos a celebrar la venida del Señor.

Las palabras del Bautista nos invitan a revisar cómo estamos viviendo nuestro cristianismo. Si también nos hemos hecho la ilusión de que para salvarnos basta con pertenecer a la Iglesia fundada por Cristo e ir un ratito a Misa el domingo, porque no es así. Estamos llamados a dar frutos, de amor, de paz, de perdón, de justicia, y si hay áreas en las que no los estemos dando (por ejemplo en el área familiar, o laboral, o comunitaria), revisar por qué y cambiar lo que haga falta para reorientar nuestros pasos hacia Dios.

Dice Mateo que Juan es esa voz de la que hablaba el profeta Isaías, que nos invita a preparar el camino (como quien dice reorganizar nuestra geografía interior) para que el Señor pueda venir a nuestro encuentro (ver Mt 3,3). Y antes de que alguien piense asustado que no le gustaría que ese temible Señor al que anuncia Juan venga a su encuentro porque suena demasiado castigador (con eso de que trae el biello en la mano para arrojar la paja al fuego que no se apaga, ver Mt 3,12), hay que aclarar que mientras que Juan, fiel a su estilo de último de los profetas a la usanza del Antiguo Testamento, anuncia que detrás de él viene uno que nos asusta por iracundo y justiciero, la realidad es que Jesús se deslindó de esa imagen desde el inicio, a tal grado que en cierto momento Juan le manda preguntar si de veras es Él el que ha de venir o hay que esperar a otro (ver Mt 11, 2-3), porque a Juan no le cabe en la cabeza que Aquel de quien esperaba casi con urgencia que viniera a arrojar a los malos al castigo eterno, venga en cambio a anunciar el amor, el perdón, la misericordia de Dios. Juan anuncia que ya el hacha estaba puesta a la raíz del árbol seco, lista para cortarlo, pero usando su misma imagen, cabría decir que efectivamente fue puesta el hacha a la raíz de un árbol, pero no para destruirlo sino para convertirlo en la cruz desde donde el Señor habría de asumir las culpas de todos y redimir los pecados del mundo.

En esta segunda semana de Adviento se nos plantea la urgente necesidad de conversión, pero ojo: no motivada por el miedo que despierta el discurso amenazador de Juan el Bautista, sino motivada por el gozo de saber que el Señor viene, no como era de temer y de esperar, a condenarnos, sino

a rescatarnos: prueba de ello es que eligió ponerse en nuestras manos, de la manera más vulnerable e indefensa del mundo, como un recién nacido, para venir a ofrecernos no el castigo merecido sino la inmerecida salvación.

Expectativas rebasadas

¿Alguna vez has sentido como que Dios te ha defraudado porque algo que esperabas que hiciera por ti o algo que le pediste con todo el corazón no sucedió? ¿Alguna vez te ha dado la impresión de que Dios está demasiado ocupado como para resolver lo que a ti te está pasando?, ¿le pides y le pides y no ves los resultados anhelados? Quizá entonces has sentido también una mezcla de desconcierto, frustración, desamparo y tal vez hasta desesperanza, y quizá te has preguntado por qué no te responde e incluso has llegado a creer que no le importas o, peor aún, que te has equivocado al confiar en Él. Puede suceder. Cuando menos da la impresión de que esto fue lo que le sucedió a Juan el Bautista, según lo que nos cuenta el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 11, 2-11).

Consideremos esto: ante las multitudes que acudían a escucharlo y a ser bautizadas por él, Juan anunció la venida del Reino y del Mesías esperado, el enviado de Dios. Luego, cuando descubrió que éste era Jesús seguramente se puso feliz pues lo sentía muy cercano: recordemos que sus madres, María e Isabel, eran parientas y amigas, así que cabe suponer que ambos compartieron muchos momentos de convivencia desde su más tierna infancia. Entonces sucedió que Juan fue encarcelado injustamente cuando Jesús comenzó a predicar y a realizar milagros, y cabe pensar que quizá el Bautista esperaba que su primo le hiciera el milagro de sacarlo de la cárcel. Pero

no sucedió. Y pasaron los días y él siguió encerrado en una celda oscura, y quizá entonces comenzó a preguntarse por qué Jesús, que era capaz de calmar tempestades, curar enfermos y devolver la vida a los muertos, no hacía nada por él, su pariente y amigo de toda la vida. Lo mismo que probablemente muchos se preguntan hoy: ¿Por qué Dios no hace nada para evitar que tenga que sufrir esa enfermedad, esa injusticia, esa pérdida de un ser querido, esa situación insostenible que tengo que enfrentar todos los días?, ¿por qué Dios no hace nada? ¿qué pasa?, ¿es o no es Todopoderoso?

En el Evangelio vemos que Juan envía a unos mensajeros a preguntarle de su parte a Jesús: “¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?” (Mt 11, 2), una pregunta que expresa incertidumbre ante un Señor que no responde siempre como uno espera, que no resuelve siempre los asuntos de la manera o con la rapidez con que uno quiere que los resuelva; una pregunta que quizá surge de un alma que se siente como presa en la oscuridad de un sufrimiento que parece no tener sentido ni final. ¿Eres Tú Aquél en el que puedo poner mi esperanza o debo ponerla otra parte?, ¿puedo confiar en Ti o mejor en algo o alguien más?

Quizá muchos no se atreverían a hacer semejante pregunta porque les parecería irrespetuosa por desconfiada, pero qué bueno que el Bautista sí se animó a hacerla, porque gracias a ello descubrimos dos cosas: la primera es que al Señor no le molestan los preguntones, no manda fuego del cielo a consumir a los que buscan respuestas, todo lo contrario, hace lo posible por contestarles (aunque cabe aclarar que no siempre sus respuestas son como y cuando uno esperaría), y en segundo lugar porque Jesús fue tan contundente que no dejó lugar a dudas: le respondió al profeta con lenguaje de profeta. Dijo: “*Vayan a contar a Juan lo que están viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el Evangelio*” (Mt 11,4-5), como quien dice: vayan a contarle a Juan que se están cumpliendo los signos que confirman que soy el Esperado por los siglos, vayan a contarle a Juan que estoy cumpliendo lo que anunció el profeta Isaías

(ver Is 35, 1-6.10; bellissimo texto que se proclama como Primera Lectura este domingo).

¿Qué significa esta respuesta de Jesús? ¡Algo que sin duda llenó de alegría el corazón del Bautista y que debe alegrarnos profundamente a nosotros también! (por algo este Tercer Domingo de Adviento es llamado ‘Gaudete’ o Domingo de la Alegría): que el Señor sí es Aquél en el que podemos poner nuestra esperanza, que sí es Aquél en quien podemos confiar, y que aunque a veces nos parezca que no está haciendo nada por nosotros, está haciendo infinitamente más de lo que jamás nos hubiéramos atrevido a esperar: porque vino a liberarnos no de un sufrimiento pasajero, sino de pasar la eternidad sufriendo; porque vino a darnos no una alegría que se acaba sino una que no terminará jamás.

Podemos imaginar el gozo y la paz que sintió Juan el Bautista cuando sus discípulos transmitieron las palabras de Jesús. Comprendió que lo que había esperado era demasiado poco comparado con lo que Jesús le ofrecía, no sólo a él sino a todos, en todo tiempo y lugar. Juan quizá se hubiera conformado con ser rescatado de la oscuridad de su celda, pero Jesús vino a rescatar no sólo a un hombre, sino a la humanidad entera de la oscuridad del pecado y de la muerte. ¿De qué le hubiera servido ser salvado de la cárcel si no hubiera habido eterna salvación? ¿De qué serviría que un ser querido sanara o no muriera en un momento dado, si más tarde lo perdiéramos irremediabilmente? ¿De qué nos serviría que se cumpliera cuanto deseamos en este mundo si fuera pasajero?

Consideremos esto la próxima vez que nos veamos tentados a pensar que el Señor no está haciendo suficiente por nosotros y aprendamos a captar cómo cuanto hace rebasa nuestras más atrevidas expectativas, porque no satisface sólo la efímera inmediatez de un para mí, aquí y ahora, sino que se ofrece para todos y para siempre...

Compromiso ineludible

¿Cómo reaccionarías si de pronto te dieras cuenta de que por circunstancias completamente fuera de tu control te han elegido para realizar una tarea sumamente importante, difícil y delicada, cuyo resultado afectará a todos los seres humanos de todo tiempo y lugar? ¿No te daría susto?, ¿no te aterraría la idea de hacer un mal papel o, peor aún, de cometer un error de fatales consecuencias? ¿No lo pensarías dos veces y quizá querrías declinar la oferta porque luego de meditarlo mucho concluirías que no eras capaz de asumir semejante compromiso?

Pues probablemente eso mismo le sucedió a San José.

Considera esto: Él, como buen judío conocedor de las Sagradas Escrituras, sabía que Dios había prometido enviar al Mesías, a Aquel que vendría a salvar a Su pueblo, que ya era tiempo de que llegara, y que todas las jovencitas esperaban ilusionadas poder concebir al esperado Salvador, del cual el profeta Isaías había anunciado que nacería de una virgen (ver Is 7,14). Entonces un día se da cuenta de que María, la doncella con la que iba a casarse y a la que sin duda no sólo amaba entrañablemente sino respetaba y admiraba por sus extraordinarias cualidades, estaba embarazada. Cuenta San Mateo que ante este hecho José “*como era un hombre justo, no queriendo ponerla en evidencia, decidió dejarla en secreto*” (Mt 1,18). Algunos interpretan esto de una manera muy superficial, dando por sentado que José dedujo que María tenía

algún amorío por ahí, que le era infiel, que se había entregado a otro, y como no quiso acusarla de adulterio, pues el castigo era que la mataran a pedradas, decidió irse y dejar que la gente pensara lo que quisiera. Me parece que semejante idea es totalmente descabellada. Y para explicar por qué baste con poner este ejemplo: ¿no te ha pasado que dices: ‘yo por esa persona pondría mi mano al fuego’, para significar que le tienes a alguien tal confianza o que tienes tal seguridad en que te va a responder como esperas que serías capaz de poner tu mano al fuego sabiendo que no dejaría que te quemaras? Pues si eres capaz de decir eso por un ser humano pecador que puede defraudarte, ¿cuánto más sería capaz José de poner ‘la mano al fuego’ por María? Aquella que fue concebida sin pecado, la llena de gracia, la inmaculada que nunca cometió falta alguna, sin duda tenía una mirada tan limpia, luminosa, transparente, y tal pureza y rectitud en todos sus pensamientos, palabras y acciones que era absolutamente imposible que alguien creyera que podía haber cometido semejante falta, mucho menos que lo creyera José su futuro esposo que la conocía mejor que nadie.

Así pues, nada de vulgarizar el asunto haciendo parecer a José como un ‘malpensado’ y a María como alguien de quien se podía pensar mal. No. Aquí cabe suponer que pasó algo muy distinto, algo como lo que se planteaba al principio: que José se dio cuenta de que María había sido la elegida por Dios para dar a luz al Mesías y le dio miedo ser parte de este decisivo proyecto divino que habría de cambiar la historia no sólo de su pueblo sino del mundo entero. José no se sintió digno, no se creyó capaz, temió fallar. Su decisión de alejarse estuvo inspirada por el mismo temor y humilde reverencia que haría a Pedro exclamar: “*¡Apártate de mí, Señor, que soy un pecador!*” (Lc 5,8) cuando se dio cuenta de que estaba ante Aquel cuya sola Palabra obraba milagros.

Lo que dice Mateo de que como José “*era hombre justo y no quiso ponerla en evidencia pensó en dejarla en secreto*” (Mt 1, 19) podría interpretarse en el sentido de que siendo él un hombre justo, entendido esto como que vivía buscando cumplir la voluntad de Dios, quiso respetar lo

secreto del asunto y no poner en evidencia que ella sería la Madre de Aquél al que todos esperaban, pero como no se creyó merecedor de participar en semejante honor, decidió irse. Dice San Mateo que entonces un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “*No temas recibir a María como esposa porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo*” (Mt 1,20). Se suele interpretar esta frase en un sentido explicativo: como si el Ángel tranquilizara a José haciéndole ver que María no le fue infiel sino que concibió por obra del Espíritu Santo. Pero quizá debería leerse como una frase corrida en la que se da por hecho no que José piensa mal, sino que ya sabe que María ha concebido sin intervención humana y como eso le da temor es animado por el ángel a no dudar en acoger a la que ha concebido por intervención divina. Como quien dice: ‘que no te dé temor que ella haya concebido por obra del Espíritu Santo, no dudes por ello en casarte con ella, deja de sentirte indigno, es voluntad de Dios que tú participes de esto, que te cases con María, que críes nada menos que al Hijo de Dios’.

¡Qué diferente resulta esta interpretación! No sólo porque honra a todos los involucrados, sino porque nos sirve para iluminar nuestra propia experiencia y descubrir que no importa cuán indignos nos sintamos, cuán incapaces nos creamos de realizar algo que Dios nos encomiende, y temamos fallar, Él tiene fe en nosotros. Y ahí donde estamos, en la particular situación de cada uno como miembro de una familia, de una comunidad, de un país, con nuestras cualidades y defectos, capacidades e incapacidades nos invita a asumir un papel activo en Su proyecto de salvación para el mundo, nos anima a recibirlo en nuestro corazón y en nuestra casa, y a compartirlo con todos. No nos queda más que liberarnos, pues, de todo temor, dejar atrás la destructiva ‘auto-desconfianza’ y aceptar el compromiso de hacer lo que nos corresponda para realizar el plan de Dios: que en el mundo reine en verdad el amor, el perdón, la justicia, la tolerancia, la fraternidad, la paz; que no sólo en Navidad sino todos los días podamos alegrarnos y celebrar, como José y María, al Emmanuel, al “*Dios-con-nosotros*” (Mt 1, 23).

Feliz obediencia

¿Cómo vives la obediencia a Dios? ¿Tienes la disponibilidad de cumplir realmente Su voluntad sea la que sea?, ¿te has planteado alguna vez: ‘si me pide esto, eso sí que no lo haría’?

Se puede medir tu grado de fe por cómo respondes cuando percibes que Dios quiere que hagas algo que no quisieras hacer. Si tienes una fe débil metes reversa más rápido que pronto, decides dejarlo a un lado y hacer lo opuesto a lo que te ha pedido. Si tienes igual fe en ti que en Él quizá trates de regatear (‘bueno, ni Tú ni yo, mira te ofrezco cumplir parte de lo que me pides, pero también Tú sé razonable, bájale a Tus exigencias...’), o quizá te dediques a darle recetas, sugerirle las opciones que te parezcan más convenientes. En cambio si tienes fe firme, si realmente te fías de Dios no tienes más que una reacción a lo que Él pide: una respuesta afirmativa inmediata, un decir sí sin chistar, sin peros ni pretextos.

No es fácil tener una fe así. Por ejemplo, ante lo que narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 2, 13-15.19-23), seguramente no falta el que piensa: ‘Pues yo que José le hubiera dicho al ángel: A ver, a ver, un momentito, vamos aclarando esto, ¿me estás pidiendo que deje mi trabajo, nuestra casa, a mi familia y a la de María, nuestros amigos, nuestro ambiente de toda la vida, y la despierte a estas horas para avisarle que hay que salir huyendo de emergencia a un lugar lejano en el que no tenemos a nadie conocido, ni casa

ni trabajo, vamos ni siquiera hablamos la lengua, y que nos establezcamos allá quién sabe cuánto tiempo, sólo porque Herodes quiere matar al Niño? ¿No han pensado que sería más fácil que Dios mande un rayo que achicharre a Herodes y asunto concluido?’ Otro con ánimo igualmente belicoso quizá consideraría que hubiera respondido: ‘Mejor dile al Señor que nos envíe unas buenas legiones de ángeles con espadas flamígeras, y ¡¡nos vamos con todo contra Herodes!!, ¡faltaba más!, ¡¡con gusto le entro a los cocolazos!!’. Y todavía quizá haya por ahí alguien que considere que si hubiera estado en el lugar de María, cuando José la despertó para contarle lo que le dijo el ángel en sueños, le hubiera contestado: ‘No es posible que Dios quiera que Su Hijo salga huyendo a la medianoche, eso no fue un sueño, tuviste una pesadilla, cálmate, tómate un vaso de leche tibia y vuélvete a dormir’.

Quizá estas respuestas alternativas a muchos les sonarían lógicas y razonables, y lo serían, pero a los ojos del mundo, no a los de Dios. Y afortunadamente como José y María eran verdaderamente fieles a Él y les bastaba con que les pidiera algo para obedecerlo al instante con la absoluta certeza de que lo que les pedía era lo mejor y no tenían que solicitar explicaciones ni poner en tela de juicio Su mandato, se levantaron a plena noche para tomar lo más indispensable y sin tiempo para resolver todos los posibles pendientes, (como por ejemplo encomendar su vivienda a alguien, y si acaso lo tenía, el taller de José, y avisar a familiares y amigos, sabiendo y lamentando que su repentina y prolongada ausencia seguramente los dejaría perplejos y angustiados), salieron presurosos hacia un destino del que no sabían nada más que esto: que sería para bien porque Dios así lo disponía.

Alguno podría preguntar: ‘Bueno, y ¿qué se consiguió con semejante obediencia?’ La respuesta sólo la conoce Dios. Nosotros podemos sólo intuir que debido a que Jesús tuvo que huir a Egipto, habrán recibido incontables gracias los egipcios, habitantes de un país en el que los antepasados de Jesús habían sido esclavos y del que habían salido perseguidos, y que ahora, gracias a que lo acogía a Él era abundantemente bendecido.

Podemos sólo deducir que gracias a que Jesús tuvo que dejar Su patria, todos los que por una u otra razón tienen que abandonar su hogar o su país: los refugiados, los inmigrantes, en especial los indocumentados, los damnificados, en fin, todos los desposeídos, pueden identificarse con Él, saber que en sus tribulaciones, el Señor no los contempla ajeno o indiferente, sino que sabe, porque lo vivió en carne propia, lo que se siente salir huyendo e irse a vivir a un lugar en el que se tiene que empezar de cero.

Podemos sólo enterarnos de lo que dice San Mateo: que la huída a Egipto también sirvió para que se cumpliera una profecía anunciada en la Sagrada Escritura (ver Os 11,1).

Podemos saber poco, pero basta para dejar establecido que cumplir la voluntad del Señor, aunque pida algo que de momento parezca incomprensible, doloroso o difícil, es sin ninguna duda, lo auténticamente lógico y razonable porque implica darle un voto de confianza a Aquel que todo lo creó, ve más allá de nuestros límites de tiempo y de distancia y sabe siempre sin equivocarse qué es lo mejor para todos.

En este domingo en que la Iglesia celebra a la Sagrada Familia, te propongo que te sientes en soledad y silencio a contemplar las figuras de algún Nacimiento, y dejes que te penetre su atmósfera de quietud. Mira despacio la serena expresión de cada uno, y aprovecha para orar. Pide a José y a María que sean tus maestros, que así como seguramente enseñaron a Jesús la obediencia al Padre, te la enseñen también a ti. Luego mira a Jesús y dale las gracias porque renunciando a los privilegios de Su divinidad aceptó hacerse Hombre y padecer igual que nosotros el vivir en un mundo donde impera la injusticia, el odio, la destrucción. Míralo y alégrate de tener un Dios que nunca actúa con prepotencia sino prefiere el camino de la humildad y de la mansedumbre; que en lugar de destruir a Sus enemigos, les da oportunidad de recapacitar y arrepentirse; que en lugar de responder con violencia se deja despojar y perseguir, que a nuestra tiniebla respondió con Su luz, y a nuestro pecado haciéndose pequeñito y poniéndose en nuestras manos. Míralo y pídele que te ayude a aprender de Él lo que aprendió de San José y de Su Madre: que la paz

verdadera sólo surge cuando un corazón sabe amoldarse a la sabia y amorosa voluntad del Padre.

Recuperar el asombro

¿Cómo hubieras reaccionado si en la noche de Navidad uno de tus parientes hubiera invitado a unos amigos suyos recién llegados de un país muy lejano y exótico, y que cuando éstos hubieran visto el Nacimiento y preguntado de qué se trataba, se hubieran maravillado tanto al oír la respuesta que de pronto hubieran empezado a dar saltos de alegría, a bailar, a lanzar vivas y exclamaciones de gozo y así se hubieran pasado toda la noche ante la escena de Belén? Quizá hubieras pensado que estaban locos; quizá le hubieras dicho a tu pariente: ‘a ver si les dices a tus cuates que ya le bajen a su relajo, a poco nunca habían visto un Nacimiento, ni que fuera para tanto’; quizá hubieras pedido que les explicaran que habían sido invitados a cenar, y que por su culpa ya se estaban enfriando los romeritos; quizá te la hubieras pasado intercambiando miradas y cejas levantadas con otros miembros de la familia igualmente hambrientos, impacientes e incómodos; quizá te hubieras propuesto exigirle a tu pariente que nunca pero nunca más los volviera a invitar.

Pero qué tal si no hubiera sido así. Qué tal si la emoción de estos extranjeros no hubiera sido molesta sino hubiera tenido un efecto inesperado: el de hacerte ver con nuevos ojos algo que ya has dado por sentado. Entonces tal vez te hubiera pasado como le sucedió a un señor que se había aburrido de su casa y decidió venderla y le pidió a un amigo que le ayudara a redactar un anuncio para los avisos

clasificados. El amigo escribió: ‘vendo acogedora casita en calle arbolada; dos habitaciones llenas de luz, cocina funcional, hermoso jardín al frente, zona muy tranquila.’ Leer ese anuncio le ayudó al vendedor en ciernes a ver su casa con nuevos ojos y cobrarle renovado aprecio, por lo que desistió de venderla.

Ayuda mucho que alguien de fuera nos ayude a ver desde su punto de vista, como por primera vez, las cosas a las que nos hemos habituado. Quizá con esa intención la Iglesia nos narra cada año la historia de unos personajes que emprendieron un viaje larguísimo y seguramente agotador con tal de ir a adorar a ese Recién Nacido cuyo nacimiento conmemoramos cada veinticinco de diciembre con una fiesta en la que suele suceder que se le da más importancia a otras cosas (la cena, el brindis, los regalos, los adornos, el arbolito) que a Él. Tal vez la Iglesia nos los pone delante cada enero, dentro del tiempo navideño, como para que nos tiren de la manga y nos digan: ‘¡Despierten!, ¡dénse cuenta de que están pasando por alto lo verdaderamente importante! Nosotros vinimos de muy lejos para adorar a Aquél a Quien ustedes tienen ¡aquí mismo, en su Iglesia, en su hogar, en su corazón, todos los días, a todas horas! ¡No se acostumbren a Su presencia, no la den por hecho, no la olviden, no la dejen a un lado porque es lo más valioso que tienen, lo único que vale la pena, aquello por lo que nosotros estuvimos dispuestos a dejarlo todo con tal de encontrarlo! No sean como esos ‘expertos’ que cuando preguntamos a Herodes dónde debía nacer el Rey, supieron informarle perfectamente pero ¡no nos acompañaron a ir a verlo! Nos quedamos pasmados ante su indiferencia, nos sorprendió que fueran capaces de recordar y recitar perfectamente sus Sagradas Escrituras pero ¡sólo de dientes para afuera, sin dejarse mover por ella! No sean ustedes así, no desperdicien el encuentro, no se limiten a conocer con la mente que les ha nacido un Salvador, sin que ello estremezca hasta el fondo su corazón. No se limiten a contemplarlo conmovidos como figurita en un pesebre y a olvidarse de Él en persona, ¡ábranse al don extraordinario de Su Presencia, aprovechen los regalos increíbles que tiene para

ustedes cuando se acercan a Él en la oración, en la escucha de Su Palabra, en los Sacramentos!, ¡sacúdanse el tedio, recuperen el asombro y no lo pierdan nunca más!’

Quizá para que nos digan todo esto los sabios de Oriente nos los presenta cada año la Iglesia en la Solemnidad de la Epifanía. Ojalá sepamos captar su mensaje y, como ellos, aprendamos a ver lo extraordinario en lo ordinario, y al contemplar al Niño Jesús no nos limitemos a lo bonito o anecdótico, sino profundicemos en el gozo inmenso que supone el que Dios, el Autor de todo cuanto existe, el Rey del Universo, se haya compadecido de nuestras miserias y haya venido a rescatarnos de ellas, haciéndose uno de nosotros.

Ojalá sepamos imitarlos en su notable disponibilidad para dejar lo que sea con tal de postrarse ante Aquel a quien debemos todo, y ofrecerle oro, en reconocimiento a que es Rey; incienso, en reconocimiento a Su divinidad, y mirra, en anticipación a Su muerte por nosotros. Regalos para el Rey de reyes, Dios y Hombre verdadero.

Ojalá aceptemos esta muda invitación anual a replantearnos la historia de los Reyes Magos y a no considerarlos simples personajes de cuento, cuyo sólo papel consiste en inspirar el nombre de una sabrosa rosca de frutas secas que se merienda con chocolate caliente y mantener a algunos niños despiertos, quién sabe si de susto o de emoción, ante la idea de que entrarán a la casa con todo y caballo, camello y, peor, elefante, trayendo, pero no a todos, los regalos que olvidó el tal ‘Santa Clós’.

Ojalá no los tengamos por simples muñecos pintorescos que sacamos y guardamos cada año en una caja, sino sepamos descubrir la gran verdad que su historia encierra: que la salvación que Dios ofrece es para todos y que el Señor pone constantemente señales ante nosotros esperando que les prestemos atención y nos dejemos mover por ellas para tener - y mantener- un encuentro personal con Aquél cuya Luz está siempre en el horizonte para alumbrarnos el camino.

Dignidad

¿Qué es la dignidad?, ¿cómo la definirías? ¿Qué te hace considerarte digno de algo?, ¿qué hace que califiques algo de ‘indigno’? Tómame un momento para considerarlo...

El diccionario define la dignidad como sinónimo de respeto. Solemos pensar que hay que defender la propia dignidad por encima de todo pues lo más penoso que le puede pasar a uno es perderla. La pregunta es: ¿cómo saber dónde están los límites entre dignidad e indignidad?

El Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 3, 13-17) ofrece una respuesta. Se trata de un texto que sigue al que se proclamó hace poco, el Segundo Domingo de Adviento. Ese día veíamos a Juan el Bautista que invitaba a la gente a la conversión, bautizaba a los que se habían acercado arrepentidos a confesar públicamente los pecados que habían cometido, y les anunciaba que detrás de él vendría Aquel que no sólo los bautizaría con agua como él, sino con Espíritu Santo y fuego (ver Mt 3, 1-12). Ahora, en continuidad con esa escena, este domingo vemos que entre los que se acercaron a ser bautizados en el Jordán estaba Jesús.

La primera reacción ante esta noticia es de asombro e incredulidad. Nos preguntamos cómo es que Jesús, el Hijo de Dios, el que nunca pecó, se puso entre los pecadores. Según el concepto del mundo de lo que es digno o indigno se podría considerar que ni Juan era digno de bautizar a Jesús ni

formarse entre pecadores correspondía a la dignidad del Hijo de Dios. Más bien cabría esperar que la cosa hubiera sido al revés y que Juan y los demás hubieran sido bautizados por Jesús. De hecho parece que el propio Juan se planteó esto mismo, pues le dijo a Jesús: “*Yo soy quien debe ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a que yo te bautice?*” (Mt 3, 14).

Lo que contestó Jesús resulta muy revelador: “*Haz ahora lo que te digo, porque es necesario que así cumplamos todo lo que Dios quiere*” (Mt 3, 15). Sus palabras responden a la cuestión que se planteaba al inicio sobre cómo saber qué es lo realmente digno y lo indigno. Queda claro que hacer lo que Dios quiere siempre es digno, aunque de momento sintamos pena, temor o renuencia a hacerlo. Él jamás nos pediría que hiciéramos algo en contra de nuestra dignidad de hijos Suyos. Entonces, no importa si el mundo no siempre está de acuerdo, incluso no importa si nosotros mismos no siempre estamos de acuerdo, hay que hacerlo. Por ejemplo Juan se sentía indigno de bautizar a Jesús, pero era lo que Dios quería que hiciera y lo hizo. Jesús sabía que sería criticado por mezclarse con los pecadores en el Jordán y por ser bautizado por Juan, pero era lo que Su Padre quería que hiciera (dicen algunos teólogos que para solidarizarse con nosotros y también para santificar así las aguas de nuestro Bautismo), y por eso lo hizo.

Así pues, cuando Dios nos pida algo de lo que no nos creamos dignos (por ejemplo participar en algún servicio o apostolado), no debemos salirle con un: ‘¿cómo me pides esto a mí?, ¡si no tengo méritos!’, sino que debemos imitar el ejemplo de Juan, que accedió al instante con la confianza de que el plan de Dios rebasa nuestra lógica pero es infinitamente preferible a todo lo que desde nuestra pobre perspectiva se nos pudiera ocurrir, y además Él siempre nos da Su gracia para cumplir lo que nos manda. Y también cuando nos sintamos tentados a no hacer algo que Dios quiere que hagamos (como dar un servicio, perdonar, ser mansos y humildes) porque nos parece (equivocadamente) que es algo indigno para nosotros, olvidemos los falsos orgullos e imitemos a Jesús, que aceptó hacer algo aparentemente indigno de Él (ser bautizado entre pecadores) porque sabía que sería para bien y porque Su Padre

así lo quiso. Y eso no atentó contra Su dignidad, todo lo contrario: luego de ser bautizado Jesús escuchó la voz de Su Padre que lo llamó Su “*Hijo muy amado en quien tengo Mis complacencias*” (Mt 3, 17).

Se puede concluir de todo esto que lo más digno en este mundo siempre será hacer lo que nuestro Padre del cielo nos pida, no sólo porque sin duda será lo mejor para nosotros, sino también porque tendremos la dicha filial de haberlo complacido.

Testigos

Siempre me pasa lo mismo. Antes de cerrar las tapas de las cajotas y cajitas de cartón en las que guardo el Nacimiento, la corona de Adviento, un mini arbolito de pino y diversas decoraciones navideñas que durante esta temporada fui poniendo por la casa, doy una última vuelta por ésta para asegurarme, mediante una según yo minuciosa inspección, de que no se quede ningún adorno fuera. Debo confesar que esto no me gusta, me hace sentir como ese viejito cascarrabias que odiaba la Navidad, el tal Scrooge de la obra de Charles Dickens, pero ni modo, alguien tiene que hacerlo y me toca a mí. Parafraseando al Eclesiastés cabría decir que como todo tiene su momento, hay un tiempo para poner los adornos y un tiempo para quitarlos, y no hay de otra (ni modo de hacer como una persona de la que supe que deja su arbolito puesto en la sala todo el año, qué horror. No sólo es antilitúrgico y antipedagógico, sino que para cuando llega la época de disfrutarlo está tan ‘visto’ y tan polvoriento que ya nadie le hace caso).

Una vez que termino la ingrata tarea con lo que considero una eficacia que si él no fuera de por sí verde, haría poner verde de envidia al mismísimo Grinch (me refiero al simpático personaje de los dibujos animados basados en el cuento original del Dr. Seuss, no al sobreactuado de la adulterada versión que nos endilgó Hollywood hace unos años), cierro todas las cajas y voy y vengo llevando una por

una al fondo de la covacha de triques, donde las acomodo en precaria torre, cierro la puerta esperando no escuchar un estrépito detrás, guardo la llave y doy por terminada la tarea.

Entonces en un momento dado del que nunca se sabe el cuándo pero sí que sucederá inevitablemente, quizá en unas horas, en varios días o hasta en semanas, cuando menos me lo espero, voy por la casa quitada de la pena y ¡zas! mis ojos captan el brillo pícaro de una esferita roja medio escondida en un estante, o una flor de nochebuena de tela que asoma de un florero; una vela de muñequito de nieve que me mira risueño desde un candelabro.

Antes me chocaban estos descubrimientos extemporáneos por la lata de tener que volver a abrir la covacha de los triques, localizar la respectiva caja, casi siempre la de más abajo de la torre, moverlas todas, abrir la correspondiente, guardar ahí el adornito, cerrarla, apilarlas todas de nuevo y esperar que no haya que hacer esto mismo otra vez. Ya no. De un tiempo a esta parte, estos inesperados hallazgos me hacen mucha gracia, los considero una especie de travesura del Niño Jesús, un guiño Suyo para que ahora que estamos empezando el tiempo ordinario, no se me olvide la Navidad, no crea que es una temporada que ya pasó y a la que se le puede empaquetar para no acordarse de ella hasta el próximo diciembre, sino que sea consciente de que la Navidad sigue aquí porque Aquel que le da sentido ha venido a quedarse entre nosotros.

Este año dejé fuera sin querer una estrellita de plástico fluorescente que había colgado en la ventana arriba del Nacimiento. No la había notado hasta que, cuando creí que ya había yo terminado de quitar todo y ya me iba a ir a dormir, apagué la luz, y entonces su tenue brillo me hizo advertirla y detenerme un momento a agradecer su mudo pero luminoso testimonio.

¡Ah!, ¡cómo nos hacen falta los testigos!, ¡cómo necesitamos que haya quien nos ponga delante de los ojos lo que a veces se nos escapa, lo que fácilmente pasamos por alto!

Quizá por eso en el Evangelio que se proclama en Misa este Segundo Domingo del Tiempo Ordinario (ver Jn 1,29-34)

la Iglesia nos vuelve a presentar a Juan el Bautista para que nos dé un testimonio vital y ¡vaya que lo hace!

En primer lugar llama a Jesús el “*Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo*” (Jn 1, 29), es decir, lo señala como el Salvador que viene a rescatar del pecado a la humanidad entera. Que no quepa duda de que Aquel que fue bautizado entre pecadores no es uno de éstos, que Él vino a este mundo a quitar el pecado. Luego dice que Jesús ya existía antes que él (ver Jn 1, 30). Quienes saben que Isabel su madre tenía seis meses de embarazo cuando María concibió a Jesús (ver Lc 1, 36), comprenden que no se está refiriendo Juan a quién nació primero, sino a una existencia más allá de la de este mundo, se está refiriendo a la existencia eterna de Jesús, de Aquel que vive desde siempre y para siempre. Es algo muy fuerte lo que afirma Juan, nada menos que ¡la divinidad de Jesús! Y todavía lo reafirma diciendo que quien lo envió a bautizar con agua (no aclara quién lo envió, quizá Juan, al igual que su padre Zacarías, y que José y María, recibió de un Ángel del Señor el anuncio de su vocación) le dio una señal para saber reconocer al que vendría a bautizar con Espíritu Santo, señal que se cumple en Jesús y razón por la cual Juan da testimonio de Él. Llama la atención que dos veces dice Juan, refiriéndose a Jesús: “*yo no lo conocía*” (Jn 1, 31a.33a). ¿Por qué dice eso si es muy probable que ambos se hubieran visto cuando niños pues sus respectivas madres además de parientas seguramente eran amigas? Quizá porque no se refiere a conocer como se entiende en este mundo, sino a un conocimiento íntimo, profundo, espiritual, inspirado por Dios. Dice Juan que no lo conocía, sino hasta que lo vio, cabría añadir, con su mirada de fe.

A estas alturas del año, cuando hace semanas que han pasado las fiestas, se reanuda la vida cotidiana y se puede caer en el desánimo de tener que emprender la llamada ‘cuesta de enero’, con todo lo que ello implica (¡ay los gastos!, ¡ay la dieta!, ¡ay el fin de las vacaciones!), la Iglesia te invita a no permitir que la luz de la Navidad se apague en tu corazón, a darte cuenta de que Jesús sigue aquí, cerca de ti, y a buscar de veras conocerlo para, como Juan, poder luego proclamar

gozosamente ante un mundo que lo necesita mucho pues corre siempre el riesgo de permitir que lo ordinario lo haga olvidar lo extraordinario: “*yo lo vi y por eso doy testimonio*” (Jn 1,34).

Encuentro, invitación, respuesta

¿ A dónde?, ¿por qué?, ¿para qué?, ¿cuánto tiempo?, ¿qué exigirá de mí?, ¿será para siempre?, ¿y si no me gusta?, ¿habrá vuelta atrás? Todas estas preguntas pudieron hacerle pero no se las hicieron. Eligieron callar, confiar, atreverse a hacer la prueba, correr el riesgo porque les parecía que en verdad valía la pena. Ellos no lo sabían de cierto entonces, lo intuían apenas; hoy nosotros ya lo sabemos: no se equivocaron. ¿A qué me refiero? A lo que narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa. Dice que cuando Jesús vio a Simón y Andrés, que echaban las redes en el mar, les dijo: “*Síguenme y los haré pescadores de hombres*” (Mt 4,19), que “*ellos inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron*” (Mt 4,20); y que más adelante invitó a otros dos hermanos, Santiago y Juan, quienes igualmente “*dejando en seguida la barca y a su padre, lo siguieron*”(Mt 4,22). Aquí hay por lo pronto, tres elementos sobre los que vale la pena reflexionar con relación a nuestra vida: un encuentro, una invitación y una respuesta.

Un encuentro

Decía el otro día un sacerdote que no cree en la fe de quienes no han experimentado en algún momento de su vida un

encuentro personal con Jesús, y quizá no le falta razón. Puede haber alguien que ha nacido en una familia creyente, que en su infancia fue al catecismo, se aprendió de memoria muchas oraciones, y asiste a Misa cada domingo, pero si no tiene una relación personal con Jesús, vive una fe rutinaria, vacía, motivada sólo por la costumbre, que le vuelve fácil presa de doctrinas engañosas que pueden apartarle de la Iglesia. En cambio si ha descubierto a Jesús vivo y presente en su vida, si tiene con Él una relación personal, cercana, si lo ve no como un Dios lejano sino como un Amigo fiel, entonces todo cambia. El encuentro con Él en la Eucaristía; el diálogo sabroso con Él en la oración; la lectura de Su Palabra adquieren verdadero sentido y Jesús deja de ser una idea nebulosa y se convierte en Alguien tangible, cercano, familiar, que no sólo conoce íntimamente todo lo que le sucede sino que se interesa por ello e interviene siempre para bien. Alguien tan amado que es imposible de olvidar y mucho menos de abandonar...

Una invitación

Jesús nos hace siempre una misma invitación: ‘sígueme’. ¿Qué implica el seguimiento? Evidentemente ir detrás de Él; dejar de pretender, como muchas veces hacemos, que sea Él quien vaya detrás de nosotros bendiciendo lo que sea que se nos ocurra hacer. Es a Él a quien debemos seguir. ¿A dónde? A dondequiera que vaya. Cuando era chica había un juego que se llamaba ‘lo que hace la mano, hace la tras’, que consistía en formarse en fila india y hacer lo mismo que hiciera quien iba al frente: si saltaba, saltar, si corría, correr, si cantaba, cantar... Pues bien, el seguimiento de Jesús es algo semejante. Hay que aprender a ir detrás de Él imitando Sus gestos, Sus actitudes. Ello puede resultar a veces incómodo y aún difícil porque Él tiene la costumbre de ir a donde no siempre nos gusta seguirlo: por ejemplo, en una reunión familiar, seguro irá a sentarse a platicar con el pariente ‘sangrón’ que nos cae gordo; en el trabajo sin duda se le ocurrirá consecuentar a quien nadie soporta; en la calle sin duda se detendrá a ayudar a alguien de

quien normalmente nos desentenderíamos, pero si lo seguimos e imitamos descubriremos asombrados una dicha inesperada que entibiará nuestro corazón, romperá su frialdad, desterrará sus tinieblas...

Notemos que cuando Jesús invitó a estos pescadores a seguirlo, les prometió hacerlos “*pescadores de hombres*” (Mt 4,19). Es evidente que no estaba hablando literalmente, no se refería a que ahora se dedicarían a atrapar gente en sus redes para merendársela a las brasas o al mojo de ajo. Estaba hablando en forma figurativa. Les estaba proponiendo transformar lo mismo que hacían para darle un nuevo sentido: ponerlo al servicio del Reino. Ya que eran pescadores, ahora lo serían para captar, en la gran red del amor de Dios, a todos los hombres.

Hay gente que teme que si le abre la puerta de su vida a Dios Él le pedirá que haga algo totalmente extraño; no es así. Dios aprovecha siempre las cualidades y capacidades de las personas, y lo único que pide es que las pongan al servicio de Su Reino. Seguirlo no necesariamente implica dejar lo que se hacía sino hacerlo siguiéndolo a Él, es decir, procurando imitarlo en Su misericordia, en Su paz, en Su bondad, en Su comprensión, en Su justicia. No importa si lo que haces es atender público, manejar un vehículo de pasajeros, cuidar a un enfermo o criar una familia, si lo haces siguiendo a Jesús, poniendo tus pies sobre Sus huellas, estarás colaborando con Él a edificar Su Reino en tu mundo cotidiano y verás cómo todo se transforma y sientes nuevos bríos, renovada alegría, mayor amor, paciencia y tolerancia, en suma, una disposición nueva verdaderamente cristiana porque su fuente y su sostén vendrán de Cristo.

Una respuesta

Los cuatro pescadores dieron una respuesta radical a la invitación de Jesús: lo dejaron todo al instante por seguirlo; captaron que estaban ante una oportunidad única y que si la dejaban pasar podría no presentarse otra vez: la de experimentar una plenitud como no la habían conocido nunca.

Hasta ahora quizá habían vivido su vida tranquilos, habían ejercido su oficio con gusto, se habían sentido satisfechos, habían creído ser felices. Pero luego de que su corazón fue tocado por la mirada y las palabras de Jesús comprendieron que algo fundamental les había faltado y que la verdadera felicidad estaba en seguirlo a Él, que si lo dejaban ir les quedaría una soledad, un vacío en el alma que no podrían llenar.

Encontrarnos con Jesús y decir sí a la invitación puede llevarnos por sendas inesperadas, pero no hay que temer, serán sin duda luminosas; no hay que olvidar que seguimos a Aquel de quien el Evangelio dice, citando a Isaías, que vino a nuestra tierra de sombras para hacer resplandecer sobre nosotros Su luz... (ver Is 9,1; Mt 4,16).

Dichosos de a de veras

¿Eres feliz? Se hizo esta pregunta a mucha gente. Una gran mayoría contestó de inmediato que no, y dio como razón la falta de salud, de seguridad económica o de algún ser querido. Muchos otros confesaron que jamás se habían preguntado si eran o no felices, y de entre éstos, varios coincidieron en no saber qué responder: ‘bueno, así feliz feliz, pueeeees, no sé, a veces sí, a veces no, no sé, depende...’. Sólo unos cuantos se atrevieron a decir que sí, aunque de éstos hubo quienes respondían casi con pena, como disculpándose por ser felices cuando hay tantos que no lo son, y otros que lo hacían con cierta aprensión, como temiendo que si afirmaban mucho su felicidad la pondrían en riesgo y les caería el ‘chahuistle’ por andar de presumidos.

Tal parece que la felicidad es considerada algo muy difícil de alcanzar y más difícil de mantener. ¿Por qué? Porque se le busca en las cosas de este mundo, y la felicidad mundana es siempre insuficiente y pasajera, podría compararse con la llama de una velita, que sirve un rato, por ejemplo durante un apagón, pero alumbra mortecinamente y no dura mucho. Más aún, el mundo ofrece también falsa felicidad (como la que produce la droga, el alcohol, el consumismo, el dar rienda suelta a los instintos), que es como la llama de un cerillo: relumbra intensamente un instante pero se agota rápidamente y quema a quien se aferra a ella.

Uno no puede menos que preguntarse: ¿acaso es posible la felicidad auténtica y duradera en esta vida?, y de ser así, ¿qué hay que hacer para conseguirla, para que su llama no

se apague ni haga daño, sino se mantenga siempre iluminando y entibiando el corazón? El Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 5, 1-12) ofrece la respuesta a través de una escena inolvidable: Jesús subió a un monte, (recordemos que Dios solía manifestar Su voluntad a Su pueblo desde un monte), se sentó (postura que adoptaban los maestros para dar su enseñanza); los discípulos se acercaron a Él (recordemos que Él los eligió, que la iniciativa viene siempre de Dios, pero que también se requiere la disponibilidad de uno, abrirse a Su mensaje y acercarse a Él), y entonces Él les dio una enseñanza fundamental, les reveló nada menos que las pautas para alcanzar verdadera felicidad. Y antes de que alguien crea que se trata de una receta fácil, cabe aclarar que no es así. Fiel a Su costumbre de poner los valores del mundo de cabeza, el Señor nos hace replantearnos totalmente lo que quizá hasta ahora creíamos que era la fuente de la felicidad, y nos invita a abrir mente y corazón para descubrirla como menos hubiéramos imaginado...

A diferencia de los que anuncian que la felicidad está en las posesiones materiales, en tener mucho dinero, importancia y poder, Jesús declara que los verdaderamente dichosos son los “*pobres de espíritu*”, aquellos que no han puesto su corazón en las riquezas sino en Dios, y lejos de sentirse seguros y satisfechos por lo que tienen, reconocen su indignidad, su necesidad de Él y viven con la mirada permanentemente vuelta hacia Él y las manos abiertas para recibir lo que Él quiera darles.

A diferencia de los que promueven la felicidad superficial que se expresa en una carcajada producto de la frivolidad y el egoísmo, Jesús declara dichosos a “*los que lloran*”, a los que no viven en una burbuja de inconciencia y frivolidad, sino que con corazón sensible y compasivo son capaces de dolerse de los males ajenos y lamentar también, con corazón contrito, sus propios pecados.

A diferencia de quienes creen hallar su felicidad imponiéndose por la fuerza e incitan a la violencia y a la venganza, Jesús declara dichosos a “*los sufridos*” es decir, a “*los mansos de corazón*”, a los que no permiten que su

corazón albergue otro afán que el de hacer el bien aun a quien les haga un mal.

A diferencia de los que quieren convencerse de que la felicidad está en desentenderse de las injusticias a su alrededor (‘no es mi problema’), Jesús declara dichosos a “*los que tienen hambre y sed de justicia*” y trabajan por conseguirla.

A diferencia de los que se la pasan, según ellos felices, criticando, juzgando, condenando, Jesús declara dichosos a “*los misericordiosos*”, a los que ponen su corazón en las miserias de otros y procuran comprenderlos y perdonarlos, y les promete que obtendrán misericordia.

A diferencia de los que piensan que la felicidad está en ser salirse con la suya mediante intrigas e hipocresías, Jesús declara dichosos a “*los limpios de corazón*”, a los que con rectitud y pureza de intención lo hacen todo sólo por amor a Dios y a los hermanos.

A diferencia de los que creen que la felicidad está en hacer y ganar guerras, Jesús declara dichosos a “*los que trabajan por la paz*”, por edificarla en su propio corazón, familia, comunidad, país.

A diferencia de los que imaginan que la felicidad consiste en ‘no hacer olas’ y nunca alzan la voz para denunciar lo que está mal, Jesús declara dichosos a “*los perseguidos por causa de la justicia*”, a los que se atreven a incomodar y molestar a otros por dar testimonio de la verdad.

Y a diferencia de los que consideran que la felicidad está en recibir la alabanza y aprobación del mundo, Jesús declara dichosos a los que son injuriados, perseguidos y calumniados por Su causa, es decir por su fe en Él, por atreverse a dar un testimonio cristiano y defender con firmeza los valores evangélicos; más aún, los invita a alegrarse hasta dar saltos de contento porque afirma que les espera un premio grande en el cielo.

Es evidente que la felicidad que anuncia Jesús no es fácil de alcanzar, pues para obtenerla hay que mantenerse a contracorriente del mundo, pero a diferencia de la que éste ofrece, la de Jesús no sólo no termina nunca, sino que verdaderamente colma el corazón; ahí tenemos como muestra

a los santos, los ‘dichosos’ por excelencia, cuyas vidas son muy diversas pero coinciden en algo: si les hubieran preguntado si eran felices, aun en medio de enfermedades, luchas y dificultades, todos sin excepción hubieran contestado con un rotundo ¡sí!, pues experimentar la dicha a la manera de Jesús, es vivirla a plenitud y sin que nada ni nadie la pueda arrebatár.

Pruebas

Conozco a varias personas que afirman no ser creyentes o haberlo sido y haber perdido su fe. Y he escuchado muchas veces los argumentos que dan para su incredulidad. Es por ello que me llamó la atención descubrir ecos de esos argumentos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (tómate un momento para leer Mt 4, 1-11).

Cuando lee uno este texto, normalmente fija la mirada en Jesús con el fin de aprender de Él a superar las tentaciones pues, toda proporción guardada, son similares a las que enfrentamos nosotros todos los días, a nivel personal y comunitario. Sin embargo ahora quisiera proponerte que pongamos la mirada, o mejor dicho el oído, en otra parte: en las palabras que el diablo le dice a Jesús, pues hay en ellas resonancias de tres cuestiones que suelen plantear los no creyentes para justificar su falta de fe, por lo que vale la pena abordarlas y tratar de darles respuesta. Estas tres cuestiones son:

1. Si Dios existe y si, como dicen, es Bueno, ¿por qué permite que haya hambre en el mundo?

En su libro ‘Jesús de Nazaret’, el Papa Benedicto XVI escribe: ‘¿Hay algo más trágico, algo más opuesto a la creencia en la existencia de un Dios Bueno y Redentor de la humanidad, que el hambre mundial? ¿No debería ser ésta la

primera prueba para el Redentor ante la mirada del mundo y a favor de éste, darle pan para terminar con toda hambre?’ El Papa relaciona esto con la primera prueba a la que el diablo pretende someter a Jesús: “*Si eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes*” (Mt 4, 3) y da una amplia respuesta, pero antes de comentar algunos puntos de ésta, cabe hacer notar que Dios creó el mundo con una superabundancia de recursos que podrían alcanzar y sobrar para que nadie pasara hambre. No es culpa Suya que unos cuantos acaparen esos recursos y despojen a otros. Y si alguien se pregunta por qué entonces Dios no hace nada contra los acaparadores, habría que responderle que el hecho de que no los fulmine con un rayo o los desaparezca de la tierra no significa que no haga -o vaya a hacer- algo al respecto, pero a Su tiempo, respetando siempre la libertad humana, y dando a todos oportunidad de arrepentimiento y conversión.

Volviendo a lo que plantea el Papa en su libro, él parte de lo que el propio Jesús contesta al diablo: “*No sólo de pan vive el hombre sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios*” (Mt 4,4), y explica que a la exigencia de pan Jesús no respondió abusivamente buscando saciar Su propia hambre, sino respondió, por una parte, en la multiplicación de los panes, para dar de comer a una multitud que primero tuvo hambre de Su Palabra, y luego en la Eucaristía, dándose Él mismo como alimento para el mundo, Pan que verdaderamente alimenta al hombre, que es para todos, que no se agota nunca y que nos da, no una vida que termina, sino vida eterna.

2. A ver, si Dios existe que haga que suceda -o no suceda- esto que le exijo ahoritita mismo

Hace poco salió en un diario la trágica confesión de un periodista que decía que como un día sufrió una situación muy traumática en la que Dios no le respondió como esperaba, dejó de creer en Él. Su caso es muy común. Son muchas las personas que se la pasan poniendo a prueba al Señor buscando que compruebe que es Dios. En el Evangelio dice que el diablo llevó a Jesús a lo alto del templo de Jerusalén y le dijo: “*Si*

eres Hijo de Dios, échate para abajo, porque está escrito: Mandará a Sus ángeles para que te cuiden” (Mt 4,6). Quienes quieren obtener a voluntad una espectacular intervención divina se decepcionan cuando ésta no sucede; no comprenden que el hecho de no recibir la respuesta que esperan no prueba que Dios no exista sino más bien que Sus pensamientos están muy por encima de los nuestros, y que como sólo Él puede ver por encima del tiempo y del espacio, sabe y permite lo que realmente es mejor para nosotros, aunque de momento nos desconcierte. Le dice Jesús al diablo: *“No tentarás al Señor tu Dios”* (Mt 4,7), es decir, no lo pondrás a prueba. No nos corresponde a nosotros andarle poniendo ‘cuatros’ a Dios sino abandonarnos confiadamente a Su Providencia.

3. Creería en Dios si me conviniera...

Mucha gente estaría dispuesta a creer en Dios si Él sirviera a sus intereses. Les encantaría que Él se prestara a avalar cuantas causas se les ocurrieran. Vienen a la mente los que hacen las guerras, los que bajo pretexto de defender libertades y derechos, arrasan con libertades y derechos, sin duda todos ellos querrían tener a Dios a sus pies, enarbolando sus banderas. Sus pretensiones se asemejan a las del diablo que le promete al Señor darle los reinos del mundo (ja ja como si le pertenecieran) a cambio de que se postre y lo adore (ver Mt 4,9). A esto responde Jesús: *“Al Señor tu Dios adorarás y sólo a Él darás culto”* (Mt 4,10). Nadie ni nada puede pretender hacer de Dios una especie de ‘genio de la lámpara mágica’ para que salga sólo cuando se le mande y obedezca siempre. Dios está por encima de todo y de todos y quienes se niegan a creer en Él porque no quieren someterse a Su voluntad se engañan creyendo que están mejor así, no lo están: se han condenado a sí mismos a una vida en soledad y sin sentido.

Como se ve, la escena evangélica no sólo trata de tres pruebas a las que el demonio quiso someter al Señor, sino de tres pruebas que mucha gente considera como claves para poder creer o no en Dios. Pidamos a Aquel que es la Verdad, a Aquel que venció todas las pruebas, que haga brillar Su luz y

dé a todos Su gracia para disolver las dudas y desandar los caminos que alejan de Él.

Sin lugar a dudas

¿Has sentido alguna vez una duda que te ha cimbrado el alma como un terremoto? ¿Pusiste toda tu confianza en alguien o en algo y no resultó como esperabas? Quizá te comprometiste con una persona pensando que sería para toda la vida o dejaste un buen trabajo por otro que parecía mucho mejor, quizá incluso tuviste que irte lejos de tu familia, del lugar donde vivías, y de pronto algo te hizo comenzar a pensar que cometiste un error garrafal, que te equivocaste rotundamente. Es devastador y deja a quien pasa por esto sintiendo que se quedó, como dicen por ahí, ‘colgado de la brocha’.

Algo así pudo haberles sucedido a los apóstoles. Conocieron a Jesús, les fascinaron Sus palabras, les cautivó Su mirada, Su actitud; Su coherencia. Con emoción consideraron que era el Mesías, el Enviado de Dios prometido por los profetas, y lo dejaron todo por seguirlo. Ciertamente que quizá algunos imaginen que a Pedro no le costó mucho dejar a su suegra...pero tendrán que reconocer que a Santiago y Andrés sí les habrá costado dejar a su padre, y además una buena posición económica. Pero no les pesó porque la salvación que esperaban trajera el Mesías sobrepasaba con mucho cualquier pérdida o renuncia.

Lo veían curar enfermos incurables, calmar tempestades, revivir muertos. Se sentían felices y agradecidos de ser Sus discípulos. Y entonces un día, Él les da una noticia

que los deja pasmados y que amenaza con hacer añicos toda la confianza y las esperanzas que tenían puestas en Él. Les anuncia que lo van a rechazar, perseguir y mandar matar los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas. Es un aviso ¡inaudito! Considera esto: Pedro y los demás discípulos eran judíos que toda su vida habían obedecido y respetado lo que decían los jefes de su pueblo. Así les enseñaron sus papás y a éstos sus papás y así por generaciones y generaciones. No les cabía en la cabeza que el Mesías, enviado de parte de Dios a salvar a Su pueblo, pudiera ser rechazado precisamente por sus dirigentes. ¡Tenía que ser un error!, o ¿acaso se habían equivocado al creer en Jesús? Una terrible grieta comenzó a abrirse resquebrajando su confianza. Cuenta el Evangelio que el propio Pedro respondió: “*¡De ningún modo te sucederá eso!*” (Mt 16,22), a lo que Jesús le replicó duramente comparándolo con el demonio que quería tentarlo a seguir los criterios del mundo y no los de Dios (ver Mt 16, 23).

En ese contexto se sitúa la escena que nos narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 17, 1-9). Sabiendo cómo se sienten Sus apóstoles, las dudas y el pesar que albergan en lo hondo de su corazón, Jesús lleva consigo a los cuatro que son más íntimos, a los primeros que llamó y a quienes les permite acompañarlo en momentos decisivos, sube con ellos al monte (recordemos que a lo largo de la historia del pueblo de Israel, Dios se manifestaba desde un monte) y les da lo que podríamos calificar como una ‘probadita de Gloria’. Se transfigura ante ellos: adquiere una luminosidad, un resplandor que no es de este mundo. Entonces a Su lado, conversando con Él aparecen dos personajes, Moisés y Elías, cuya presencia resulta muy significativa. Ver a Moisés, el líder que sacó al pueblo de la esclavitud de Egipto, hablando con Aquel que viene a liberar a la humanidad de la esclavitud del pecado y de la muerte; a Moisés, que recibió de Dios las tablas de la ley, hablando con Aquel que viene a proponer una ley perfecta, la del amor; a Moisés, cuyo rostro resplandecía cuando hablaba con Dios en el monte, hablando con Aquel que es la fuente de ese resplandor, con Aquel que es la Luz del mundo, y ver a Elías, que representa a todos los

profetas, a aquéllos enviados de parte de Dios, hablando con Aquél en Quien se cumplen todas las promesas anunciadas desde antiguo, sin duda fortalece la confianza de los cuatro apóstoles. Qué importa que los expertos en la ley de Moisés vayan a rechazar a su Maestro, si ¡el propio Moisés lo apoya!; qué importa que los expertos en las profecías quieran matarlo, si ¡el profeta Elías en persona respalda Sus palabras!

Esta escena extraordinaria, conocida como la ‘Transfiguración’ ofrece un tremendo consuelo a los apóstoles. ¡Ay, los apapachos de Dios! Quien los experimenta quisiera quedarse acurrucado ahí para siempre. Tal vez por eso Pedro propone construir unas chozas. Le parece que ahí en el monte todo es perfecto, luminoso, pacífico, una realidad ideal en la cual sería gratisimo permanecer. Pero la vida del creyente no es evasión sino inserción en un mundo que está muy lejos de ser celestial. Y hay que bajar a él y hacer lo que se pueda para edificar allí el Reino de Dios.

Los apóstoles son envueltos por una nube (recordemos que en el camino por el desierto hacia la tierra prometida, Dios se manifestaba y les mostraba el camino entre nubes) y se escucha la voz del Padre, ¡mayor aval no podía haber! Y lo que dice prueba, por encima de toda duda, que Jesús no es sólo un líder como Moisés, ni un gran profeta como Elías, ni siquiera un hombre especial como creían que sería el Mesías, es nada menos que Su Hijo amadísimo en Quien tiene Sus complacencias (ver Mt 17,5) y por eso les pide algo muy importante: que lo escuchen.

El principal mandamiento de la ley judía empezaba diciendo: ‘*Shemá Israel*’, “*escucha, Israel*”(Dt 6,4). La nueva ley del nuevo pueblo de Dios consiste también en escuchar, ahora a Jesús, Dios hecho Hombre. Escucha que implica un seguimiento al que no hay que temer y del que no hay que dudar, aun cuando se sufran dificultades; no hay que olvidar que cuando Jesús anunció que sería rechazado y matado, también anunció que resucitaría. Los apóstoles se atoraron en lo primero, les dio miedo y pasaron por alto lo segundo. Nosotros tengámoslo siempre presente, especialmente en este

tiempo de Cuaresma, porque nos encaminamos a conmemorar no sólo el Viernes Santo, sino ¡la Pascua!

Con Jesús se tiene la certeza de que se sigue a Aquel que no sólo no defrauda sino que ofrece como recompensa la dicha eterna. Podemos equivocarnos al confiar en las cosas de este mundo, pero jamás nos equivocaremos si escuchamos y seguimos a Jesús, Hijo Amadísimo del Padre.

De cántaro a manantial

¿Te ha sucedido alguna vez encontrarte con alguien que te ha cambiado la vida tan radicalmente que cuando lo recuerdas te das cuenta de que podría hablarse de un ‘antes de’ y un ‘después de’ ese encuentro? De algo así nos habla el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 4, 5-42).

Empieza contándonos San Juan que Jesús estaba cansado por el camino. Qué cercano sentimos a Jesús cuando padece lo mismo que nosotros: fatiga, calor, sed. Su cansancio es muestra de que quiso venir a compartir nuestra condición humana, pero no sólo en un sentido solidario, como para sentir lo mismo que sentimos, sino sobre todo para hacerse cercano, y salirnos al encuentro. Hace notar el evangelista que Jesús se sentó ‘sin más’, como para dar a entender que así de pronto le dio al Señor por sentarse en el pozo. No parece que fuera porque ya no podía dar paso, pues si Sus discípulos todavía tenían ‘cuerda’ para ir al pueblo a buscar comida, cuanto más Él que era joven y fuerte. No, más bien aquí cabe pensar que Su prisa por sentarse se debió a que quería estar ahí en ese preciso momento, disponible para una persona que se aproximaba al pozo y a la que quizá ya había divisado a lo lejos. Dice el Señor en el profeta Isaías: *“Me he hecho el enconradizo de quienes no preguntaban por Mí”* (Is 65, 1). Donde tú no lo esperas Él sí te espera a ti...

Dice San Juan que era mediodía, hora que representa dos cosas muy distintas. Para la mujer era el único momento en que podía ir por agua, pues temprano en la mañana iban las demás mujeres, que seguramente no la veían con buenos ojos y quizá la hacían sentir mal con sus miradas y cuchicheos, por lo cual de plano prefería aguantar calorón que humillación.

Con respecto a Jesús, el mediodía es lo más opuesto a la noche, que en el Evangelio de San Juan representa el pecado. El mediodía es la máxima luz, la mayor claridad, la hora en que Jesús revela Quién es. Dijo Zacarías que nos visitaría “*el sol que nace de lo alto para iluminar a los que habitan en tiniebla y en sombra de muerte*” (Lc 1, 78-79), pues bien, he aquí a esta mujer envuelta en sombras visitada por Aquel que es la Luz del mundo. Qué significativo resulta este encuentro entre la mujer pecadora, aquella cuya vida es oscura, y Aquel que viene a iluminar y desterrar toda tiniebla.

Afortunadamente esta mujer tiene necesidad y gracias a esa necesidad se encuentra con Jesús. Si se hubiera sentido satisfecha se hubiera perdido el encuentro decisivo. El Señor te sale al encuentro en tu necesidad. La mujer no sólo sentía sed, sino quizá pena por su vida y por la manera como era criticada; necesitaba no sólo agua sino consuelo, esperanza, perdón. Y lo encontró. El Señor te espera ahí por donde tienes que pasar. Si tienes que pasar por un dolor, te acompaña; si tienes que pasar soledad, se mantiene junto a ti; si tienes que pasar una crisis, no se aparta de tu lado. Y hace todo lo posible para que te des cuenta de Su presencia.

En este caso vemos que Jesús tomó la iniciativa del diálogo. A pesar de que sabía lo que ella pensaba de los judíos, y que le respondería con un sarcasmo o un cortón, ello no lo detuvo. Nunca lo detiene. Dice San Juan en una de sus cartas que “*Dios nos amó primero*” (1Jn 4,19). Él siempre da el primer paso, es un Enamorado que nunca te contempla indiferente, que no quiere dejar pasar la oportunidad de acercarse a ti. Eso sí, hay que decir que cuando Jesús entra en tu vida, espera una respuesta tuya, pero no te preocupes porque no pide imposibles. No le dijo a la mujer que le preparara un banquete, le pidió simplemente un poco de agua de la que ella

se disponía a sacar. El Señor sólo pide de ti lo que sabe que le puedes dar. Y cuando se lo das te lo devuelve multiplicado. ¡Nadie le gana en generosidad! A cambio de agua de pozo le ofreció agua viva, en pago de su esperanza en el Mesías le reveló que ¡era Él! Conmueve imaginar la emoción que debe haber tenido Jesús al hacerlo. Y conmueve también que no eligió como destinatario de tan asombrosa revelación ni al más docto escriba ni al sumo sacerdote ni a uno de los ancianos más respetables del pueblo sino a una mujer y para colmo pecadora; alguien que por ambas situaciones no valía nada a los ojos de Sus contemporáneos, alguien a quien no hubieran ellos escogido como testigo ni de broma. ¡Ah!, es que el Señor no comparte nuestros duros juicios sobre quién tiene más méritos y quien menos. El siempre ve lo mejor de nosotros mismos, y no lo poco que hemos dado sino lo mucho que todavía podemos dar...

Dice San Juan que cuando la mujer se fue al pueblo dejó el cántaro. De este detalle se pueden deducir muchas cosas: en primer lugar, que ya no le hacía falta porque su sed principal había quedado saciada. Qué curioso, ella se regresó sin cántaro y Jesús se quedó sin hambre. Cuando se tiene un encuentro como éste, lo que antes parecía importante ¡pasa a un segundo plano!

También se puede inferir que la mujer tenía prisa por llegar al pueblo a contar lo que le había pasado. Cuando se tiene un encuentro con el Señor no cabe dejar para después el compartirlo, hay una urgencia inaplazable por dar testimonio.

Y por último también cabe pensar que ese cántaro que quedó ahí sobre el pozo junto a Jesús, es un símbolo de que ella había ya puesto su necesidad, su sed, en manos de Aquel que era el Único que podía ofrecerle “*un manantial capaz de dar la vida eterna*” (Jn 4,14).

Al final sucedió algo extraordinario: la mujer se volvió testigo creíble. Ya no importó su pasado, su mala fama, nada. Había algo en ella nuevo, luminoso, que se percibía y movía a otros a creerle y a buscar lo que ella anunciaba. Su testimonio era eficaz porque animaba a otros a ir hacia Jesús. Y es que no basta que a uno le hablen de Él, no basta conocerlo ‘de oídas’

Sólo cuando se tiene un encuentro personal con el Señor se puede ser testigo veraz y afirmar, como nos cuenta San Juan que afirmó la gente de ese pueblo y ojalá también nosotros. *“Ya no creemos por lo que tú nos has contado, pues nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que Él es, de veras, el Salvador del mundo”* (Jn 4,42).

Noche de día

Cuando uno lo contempla con atención no puede menos que preguntarse: ‘¿qué pasa aquí?, ¿cómo es que abajo está tan oscuro si el cielo está tan luminoso?’ Se trata del provocativo cuadro ‘El imperio de las luces’ (L’Empire des Lumières) del pintor surrealista francés René Magritte, obra en la que bajo un cielo azul cuyas blancas nubes no hacen sino acentuar su diurna claridad, se adivina por su contorno un paisaje arbolado sumido en la negrura, al centro del cual está una casa frente a la que un mortecino farolito arroja algo de luz. El cuadro plantea un aparente imposible, pero luego de leer el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 9) se descubre que desgraciadamente sí es posible permanecer en la noche aunque haya amanecido.

San Juan dedica todo un capítulo a narrarnos un suceso en el que vemos cómo se cumple lo que anunció en el prólogo de su Evangelio: *“La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre...Vino a su casa y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en Su nombre...”* (Jn 1, 9.11-12).

Todo comienza cuando Jesús pasa junto a un ciego de nacimiento. Los discípulos le hacen una pregunta dando por hecho que el ciego está así porque se lo merece, y Jesús les hace ver que no es así, que a diferencia de lo que creían Sus contemporáneos, una enfermedad, una discapacidad no debe

ser considerada como castigo por los pecados sino como posibilidad para que se manifieste el amor y el poder de Dios. Como prueba de ello, Jesús hace lodo, unta los ojos del ciego, lo envía a lavarse y cuando éste obedece, queda curado.

A partir de aquí, podría decirse que sucede algo semejante a lo que sucedería si hubiera personas en el paisaje del cuadro: una mirando hacia arriba y las demás hacia abajo; mientras más luz percibe la que mira hacia lo alto, menos ven los que se empeñan en no alzar la vista. La curación del ciego, que debía haber despertado en la gente alegría y alabanzas a Jesús, provoca en cambio inquietud, dudas, recelo, enojo. Interrogan al ex-invidente quienes lo conocían, que no pueden creer que sea el mismo que antes caminaba a tientas; luego lo cuestionan los fariseos, que no quieren admitir que quien lo curó sea enviado por Dios, pues ellos tienen una idea muy estrecha de lo que puede y lo que no puede hacer Dios; también sus padres son examinados, y luego de nuevo él, y, curiosamente, conforme va respondiendo, va avanzando en su fe, va razonando, sacando conclusiones lucidísimas (como por ejemplo, que si Jesús no viniera de Dios no tendría ningún poder para curar a un ciego de nacimiento), lo cual molesta e impacienta a sus interrogadores al grado de que lo echan fuera.

Entonces se vuelve a encontrar con Jesús, Él le revela Quién es y el hombre responde en total sumisión y adoración. Qué extraordinario, tal pareciera que la luz de sus ojos fue iluminándolo también por dentro y haciéndolo pasar de la ignorancia, de un primer “no lo sé” que respondía cuando le preguntaban acerca de Jesús, a la rotunda afirmación “*Creo, Señor*” con la que le expresa su total adhesión a Aquel gracias al cual ahora no sólo se le han iluminado los ojos sino el alma.

Ahora será como ese farolito del cuadro de Magritte, lámpara encendida que busca romper la densidad nocturna. De él ya puede afirmarse lo que dice San Pablo en la Segunda Lectura: “*En otro tiempo, fueron tinieblas, pero ahora, unidos al Señor, son luz*” (Ef 5, 8).

Qué distinta la actitud de todos los otros, de los que se han dedicado a acosarlo con sospechas, suspicacias e incluso insultos, de los que lo han interrogado sin ganas de descubrir

la verdad, de los que cuando les ha dicho la verdad la han rechazado. Los puede uno imaginar como habitantes del tenebroso paisaje surrealista, yendo y viniendo con la espalda encorvada por el peso de sus miedos y prejuicios y la mirada puesta en un camino que creen conocer pero que no logran distinguir porque se empeñan en mantenerse mirando hacia abajo sin levantar jamás la mirada para dejar que les penetre la claridad que viene de lo alto, sin permitir que se cumpla en ellos lo que dice el salmista: “*Tu luz nos hace ver la luz*” (Sal 36, 10).

Al final, el lector de este Evangelio descubre algo muy curioso: que el que al inicio estaba ciego terminó viendo perfectamente y en él se cumplió lo que dijo Jesús: se manifestó la gloria de Dios. En cambio los que al empezar parecía que veían en realidad eran y quedaron ciegos, pero con una ceguera mucho peor que la de aquél, pues como en su soberbia no aceptaban tenerla no admitían remedio. Dice Jesús: “*Si estuvieran ciegos, no tendrían pecado; pero como dicen que ven, siguen en su pecado*” (Jn 9, 41).

No hay cosa más triste que vivir neciamente en la noche cuando ha llegado el día; hallar a Aquel que es Luz del mundo y mantenerse a oscuras.

Agua, luz, vida

“Uy, qué chiquita está la Lectura de hoy”, recuerdo haberle comentado a mi mamá un día, cuando yo era chica y estaba hojeando el Misalito mensual antes de ir a Misa. Ella me respondió algo que me llamó la atención y se me quedó grabado: ‘lo que cuenta no es lo largo sino lo sustancioso’.

Recordé sus palabras hoy en que dentro del Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 11, 1-45) viene lo que es considerado el versículo más breve de toda la Biblia, pero ¡qué sustancioso! ¿Sabes cuál es? “*Jesús lloró*” (Jn 11, 35).

¡Qué conmovedor resulta descubrir al Señor tan humano que se emociona, que se entristece, que es capaz de llorar por la muerte del amigo, que se deja contagiar por el dolor de sus seres queridos! Alguien podría preguntarse: ‘¿pero por qué lloró si ya sabía que lo iba a revivir?’.

Podrían darse dos respuestas a esto; la primera la ofrece San Juan: “*porque los amaba*” (ver Jn 11,5). La segunda, se deduce porque el evangelista dice que antes de llorar “*se turbó profundamente en su interior*” (Jn 11, 33), y en el original emplea un verbo que significa algo así como un estremecimiento de ira. ¿Cómo entender esto? Como una reacción lógica de Jesús ante el poder destructivo de la muerte. Recordemos que ésta es Su enemiga y que Él vino a vencerla. No es de extrañar que le enoje que el hombre creado por Él sea destruido. Se descubre que la razón por la que aceptó encarnarse, por la que quiso venir a compartir nuestra

condición humana no fue nada más la obediencia al Padre, que desde luego lo fue, sino el amor infinito que siente por nosotros y Su deseo de rescatarnos del pecado y de la muerte.

Qué consolador resulta comprobar que no le somos indiferentes a nuestro Dios, que si ha querido hacerse hombre es porque le importamos, porque nuestros dolores le duelen, nuestras angustias lo preocupan, nuestros asuntos le interesan. Y para ofrecernos consuelo, respuesta, esperanza se hizo cercano, y ¿de qué modo!

En estos tres últimos domingos, antes del próximo Domingo de Ramos, se han proclamado en Misa tres pasajes tomados del Evangelio según San Juan que vistos en conjunto resultan muy significativos porque en los tres Jesús da a conocer algo fundamental de Sí mismo que muestra el modo extraordinario como ha respondido a nuestra más honda necesidad.

Hace quince días, junto a un pozo, se reveló como Agua Viva. Todos tenemos sed, ¿cuál es la tuya?, ¿de qué tienes sed?, ¿de compañía?, ¿de que te amen sin condiciones?, ¿de que te acepten como eres? ¿De qué tienes sed?, ¿de que te comprendan sin juzgarte?, ¿de que te perdonen tus caídas, tus errores, aquello que quizá sientes que no tiene perdón? ¿De qué tienes sed? El Señor te invita a poner tu cántaro en Sus manos porque sólo Él puede saciarla.

Hace ocho días Jesús se reveló como Luz del mundo, como Aquel que puede no sólo devolverte la vista sino iluminar tu camino. ¿En qué ceguera has estado viviendo, en qué tiniebla? ¿Qué quisieras ser capaz de ver?, ¿el rostro de otros como hermanos y no como enemigos?, ¿el camino por donde debes ir para ya no andar dando vueltas y vueltas por esas sendas falsas que sólo te desgastan y extravían?, ¿la belleza de una realidad que quizá hasta ahora te ha parecido sin sentido y gris? ¿Qué quisieras poder ver? ¿La mano que el Señor no ha dejado de tender hacia ti para ayudarte a no tropezar o a levantarte si has caído? El Señor se reveló como el Único que puede abrir tus ojos para que ya no vayas a tientas y a golpes por la existencia sino puedas mirar por dónde vas y

avanzar con el paso firme y alegre de quienes han dejado atrás la oscuridad.

Hoy el Señor se revela como la Resurrección, como Aquel que es capaz de remediar lo que parecía irremediable y abrirle una salida a todo sepulcro. Si has perdido un ser querido al que extrañas terriblemente y al que querrías volver a ver, si te atormenta el miedo de morir, si has pensado que después de este mundo ya no hay nada, el Señor te anima a comprender que si Él fue capaz de devolverle la vida a Lázaro tiene el poder de hacer mucho más por ti y por los tuyos: resucitarlos para la vida eterna, invitarlos a una vida nueva que no tenga final y en la que ya no habrá dolor ni llanto ni injusticia ni nada de lo que nos agobia en este mundo.

Dice Jesús: *“El que cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo aquel que está vivo y cree en Mí, no morirá para siempre. Crees tú esto?”* (Jn 11, 25-26). No cabe más que responder con un gozoso ¡sí! y sentir que se renueva nuestra energía para aprovechar estos últimos días cuaresmales como un tiempo privilegiado para prepararnos a ir a Su encuentro a saciar nuestra sed más profunda, recobrar la luz de los ojos y la esperanza en el corazón. Y ya sabemos que nuestros pasos nos llevarán a acompañarle al cenáculo, al Huerto de los Olivos, al Calvario, a la cruz y a un sepulcro de roca, pero sabemos también que no todo terminará allí: el manantial de Aquel que es Agua Viva no se agotará; el resplandor de Aquel que es Luz del Mundo no se extinguirá; Aquel que es Dueño de la Vida no será derrotado por la muerte.

Viacrucis para rezar en familia por las familias

Iniciar con un acto de contrición. Luego pedir al Señor la gracia de aprovechar este viacrucis para orar por todas las familias.

Al inicio de cada estación, el que dirige dice: ‘Te adoramos, Oh Cristo y te bendecimos’. Todos responden: Porque por Tu santa cruz redimiste al mundo y a nosotros, pecadores, amén’.

Al final de cada estación, se reza Padrenuestro, AveMaría y Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Si se realiza el Viacrucis al aire libre, por ejemplo en una calle o parque, se pueden marcar previamente las estaciones con algún símbolo que indique cuál corresponde. Si se hace en un mismo lugar dentro de la casa, los miembros de la familia pueden ir alternándose para sostener un crucifijo en las manos.

PRIMERA ESTACIÓN
Jesús es condenado a muerte

(leer Mc 14, 55-64)

Señor: Quienes te condenaron a muerte querían deshacerse de Ti. Te pedimos por las familias que se ven tentadas a hacer lo mismo para deshacerse de un bebé concebido, de un pariente desahuciado o anciano. Transforma su corazón, enséñalas a amar y celebrar toda vida, desde su concepción hasta su fin natural.

SEGUNDA ESTACIÓN
Jesús carga con la cruz

(leer Jn 19, 16b-17)

Señor: Queremos encomendarte a todas las familias que aceptan cargar una cruz que otros no aceptarían, como cuidar a uno de sus miembros con alguna discapacidad, adoptar una criatura enferma, vivir con poco pero honestamente. Bendícelas y ayúdalas a seguir hallando en Ti su fuerza para continuar por el camino del bien.

TERCERA ESTACIÓN
Jesús cae por primera vez

(leer Sal 38, 10-14.16-18)

Señor: Te pedimos por todas las familias en las que uno o más de sus miembros han caído en alguna adicción de la que no son capaces de salir y que afecta a cuantos lo rodean. Dales Tu mano para levantarse, Tu fortaleza para recuperarse y Tu gracia para no volver a caer.

CUARTA ESTACIÓN
Jesús se encuentra con Su Madre

(leer Sal 85, 9-12)

Señor: Te pedimos por todas las madres que solas deben sacar adelante a sus familias, en especial las solteras, viudas y aquellas cuyos maridos o hijos están ausentes por diversas causas. Las encomendamos a Tu Madre amadísima para que las proteja y auxilie con su maternal ternura y poderosa intercesión.

QUINTA ESTACIÓN

Jesús es ayudado a llevar la cruz

(leer Mc 15, 21)

Señor: Te pedimos por todas las familias que, como Cireneos, ofrecen su ayuda desinteresada y generosa para ayudar a familias que pasan alguna necesidad. Socórrelas para que puedan continuar con su labor de caridad fraterna y bendice abundantemente su buen corazón.

SEXTA ESTACIÓN

La Verónica limpia el rostro de Jesús

(leer Is 50, 6-7).

Señor: Te pedimos por las familias desunidas, cuyos miembros no muestran interés de unos por otros. Ayúdalos a tener, como la Verónica la sensibilidad realizar gestos quizá pequeños pero llenos de amor, para que cada miembro de la familia se sienta siempre atendido, escuchado, comprendido y, sobre todo, amado.

SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez

(leer Sal 35, 15-16)

Señor: Te pedimos por todas las familias en las que uno o más de sus miembros han caído en la delincuencia y viven fuera de la ley o están en la cárcel. Dales Tu luz para ayudarlos a descubrir Tu presencia en sus vidas y tener una verdadera conversión, y Tu amor y fortaleza para emprender una vida nueva y no volver a caer.

OCTAVA ESTACIÓN
Jesús habla a las hijas de Jerusalén

(leer Lc 23, 27-31)

Señor: Ponemos en Tus manos amorosas a todas las familias cuyos miembros están tristes, deprimidos, desanimados o desesperanzados. Ayúdalos a encontrar en Ti el sentido redentor de sus sufrimientos y el ánimo para vivir con gozo y gratitud lo que venga cada día sin perder la paz o la esperanza.

NOVENA ESTACIÓN
Jesús cae por tercera vez

(leer Sal 55, 17-19.23)

Señor: Te pedimos por aquellos que han caído en la violencia intrafamiliar, tanto agredidos como agresores. Ayúdalos a encontrar la ayuda que ambos necesitan para salir de esa situación; que ocupes Tú el centro de su vida, y seas la fuente de su unión, paz y armonía.

DÉCIMA ESTACIÓN
Jesús es despojado de Sus vestiduras.

(leer Jn 19, 23-24).

Señor: Queremos pedirte por todas las familias que han tenido que separarse y cuyos miembros viven lejos como migrantes o refugiados, despojados de sus derechos y víctimas de la discriminación, la persecución, la guerra o la violencia.. Socórrelos y ayúdalos a experimentar Tu providencia amorosa.

DECIMOPRIMERA ESTACIÓN
Jesús es clavado en la cruz

(leer Lc 23, 33-36a)

Señor: A Ti, que desde la cruz fuiste capaz de perdonar lo imperdonable, te pedimos por las familias cuyos miembros están peleados entre sí. Sana sus corazones fracturados y

sostenlos con Tu amor para que en Ti hallen el ejemplo y la fuerza para superar todo rencor e intolerancia.

DECIMOSEGUNDA ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz

(leer Lc 23, 44-46)

Señor: Queremos pedirte por toda familia con miembros alejados o sin fe que te ven en la cruz sin creer que diste la vida para rescatarlos del mal y de la muerte, y nunca se sienten verdaderamente amados ni hallan sentido a lo que viven. Ayúdalos a abrirte la puerta de su corazón para dejar entrar Tu luz, Tu verdad y Tu paz.

DECIMOTERCERA ESTACIÓN

Jesús es bajado de la cruz

(leer Mc 16, 42a.43-46a)

Señor: Te encomendamos a todas las familias cuyos miembros lloran la muerte de algún ser querido. Ayúdalas a comprender que Tú derrotaste la muerte; que encuentren en Ti el consuelo y la esperanza de reunirse algún día con él en la vida eterna.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN

Jesús es puesto en el sepulcro

(leer Mt 27, 59-60)

Señor: Te pedimos por nuestra familia y todas las familias del mundo. Que tengamos siempre presente que bajaste a la realidad más negra del hombre, el sepulcro, para iluminarlo y abrirle una salida, así que en toda situación que nos toque enfrentar, por dolorosa o difícil que sea, saldremos adelante tomados de Tu mano.

La Pascua en familia

Cuando uno ve que la Pascua prácticamente se ha escapado de la feroz comercialización que se desata alrededor de la Navidad, no puede menos que alegrarse, y sin embargo como todos los extremos son malos, no puede también dejar de lamentar que ésta, que es la fiesta más grande del cristianismo, pase casi desapercibida en una gran cantidad de hogares católicos. Dice San Pablo que si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe (ver 1Cor 15,12-20).

Es verdad, si Cristo no hubiera cumplido Su promesa más extraordinaria: resucitar al tercer día (y con ello demostrar que son verdaderas todas Sus palabras, que Él es Dios, que vino a derrotar el pecado y la muerte, que está con nosotros hasta el fin del mundo y que nos llama a una vida eterna), repito, si no hubiera cumplido esa promesa, sería inútil tener fe en Él. Pero no es inútil puesto que ¡en verdad resucitó! y ¡eso lo cambia todo!, ilumina todo lo que vivimos, alegrías y tristezas, encuentros y pérdidas; todo adquiere sentido gracias a Su Resurrección.

Así pues, resulta lógico que la Iglesia celebre la Pascua como la mayor de todas las celebraciones del año, pero y, ¿cómo la festejamos en familia? ¿Nos limitamos a pasarla como cualquier otro domingo? ¿Consideramos que basta con comprar huevitos de chocolate para los niños y los no tan niños? Si la respuesta es afirmativa, conviene replantearse el

asunto y ponerle creatividad para decidir, en familia, una manera de celebrar la Pascua que, como algunos rituales navideños, sea algo que se realice año con año, se vuelva una hermosa y esperada tradición y, sobre todo, ayude a todos los miembros de la familia a vivir a mayor profundidad y con gran alegría lo que significa la Resurrección en su propia vida.

Si necesitas un empujoncito para idear modos de celebrar, se presentan a continuación algunas sugerencias sencillas que pueden ser tomadas como punto de partida para que desarrolles ¡muchas más!

1. Piensa en alguna manera de decorar tu casa para que se viva la ‘Pascua florida’. No hay que gastar mucho, las flores de papel o de tela son bellas y puedes guardarlas para aprovecharlas cada año.

2. Así como se pone en un sitio destacado el Nacimiento o el arbolito de Navidad, pon en sitio destacado el cirio que llevaste a la Vigilia Pascual.

3. Si arreglas de manera especial la mesa en Navidad, busca también algún modo de poner algo en la mesa para simbolizar la alegría de la Pascua. Quizá un arreglo especial con flores y velas blancas al centro.

4. Que así como en Navidad hay platillos especiales que sólo se preparan y saborean en esa fecha, así en tu casa haya algo sabroso y especial que sólo se coma en Pascua.

5. Como alguna vez se ha sugerido, se puede hacer un ritual muy significativo que ayuda mucho a la integración de la familia: Sus miembros se sientan en círculo y ponen el cirio pascual encendido al centro. Se leen dos textos bíblicos (por ej: Jn 8,12 y Mt 5, 14-16) que mencionan que Jesús es Luz del mundo y nos llama a nosotros a iluminar el mundo con Su luz. A continuación se elige a uno de los ahí presentes para que todos los demás se vayan turnando para expresarle de qué manera comunica esa luz del Señor, de qué modo ha contribuido a iluminar a la familia (mencionar sus cualidades, algo bueno que ha hecho, etc.). Todos deben decir algo y no se vale decir: ‘yo digo lo mismo que fulano’; cada uno debe mencionar algo nuevo. Terminada la ronda, se empieza de nuevo con otro miembro de la familia y así con todos.

Bien hecho este ritual resulta estupendo, porque deja a cada uno sintiéndose apreciado y querido. Resulta todavía mejor si alguien va anotando en papelitos individuales lo que se dice de cada uno y luego pone el papel correspondiente dentro de un huevito de Pascua (un cascarón de huevo vacío y decorado que lleve el nombre de la persona y lo pone en el sitio que esa persona ocupará en la mesa, como decoración y regalo.

No caben más sugerencias, pero ojalá éstas te sirvan para inventar tus propias tradiciones familiares para celebrar la Pascua de manera especial el Domingo de Pascua y su ‘octava’ y también para buscar algo significativo que realizar durante los cincuenta días que dura el gozoso tiempo pascual. ¡Feliz Pascua!

Ustedes no teman

Si lo vendieran en aerosol sería un paralizante de lo más efectivo, pues puede dejar completamente inmóvil a cualquier persona en el momento y lugar que sea, sin importar su tamaño o condición.

Se trata del miedo, una de las emociones más ‘engarrotadoras’ que existen. Cabe aclarar que no estoy hablando de ese miedo que podríamos llamar saludable, pariente cercano de la prudencia, que nos impide cometer alguna acción que nos ponga en riesgo; ése es un miedo positivo que sin duda ha conservado o salvado muchas vidas. No. El miedo al que me refiero, en cambio, no aporta nada bueno porque se presenta como una emoción agobiante, pesimista, sombría, que oscurece el ánimo, nubla la mirada, impide avanzar. La gente presa de este miedo se la pasa imaginando posibles situaciones desastrosas que por lo general sólo suceden en su imaginación: si tiene cuarenta años se preocupa de qué le pasará cuando tenga ochenta; si tiene hijos se angustia pensando qué será de sus nietos; si tiene salud se inquieta anticipando qué hará cuando se enferme, si está enferma le aterra empeorar o morir; si tiene dinero le agobian las deudas que podría contraer si se le acaba; si no lo tiene desespera de conseguirlo; si goza de compañía le aflige la idea de hallarse un día en soledad, y cuando disfruta de cierto bienestar se acongoja preguntándose qué hará cuando le vaya

mal. ¿A dónde conducen todos estos temores? A perder la paz y la capacidad de acometer la vida con decisión, gozo y osadía. Por ello resulta significativo que en todos los relatos de la Resurrección haya un llamado a no tener miedo.

En el Evangelio según San Mateo que se proclama en esta Pascua (ver Mt 28, 1-10) el Ángel que está sentado sobre la roca del sepulcro abierto y vacío, les dice a las mujeres que habían llegado con intención de embalsamar el cadáver de Jesús: “*vosotras no temáis*”, no sólo en el sentido de no temer al verlo (después de todo no todos los días se tiene la oportunidad de toparse con un mensajero celestial) sino cabe pensar que también en un sentido más amplio: de no tener miedo aunque estén viendo lo que les pasó a los soldados, tremendos hombres supuestamente muy valientes, que a la mera hora se quedaron como muertos del puro susto (eso provoca el miedo en las personas, que queden como muertas); no tener miedo aunque no tengan a la vista a su Señor (imaginemos lo desoladas que se han de haber sentido, después de haber convivido tanto tiempo con Jesús, cobijadas por Su mirada amorosa y Su presencia protectora, ahora que según ellas lo han perdido), y, lo más importante: no tener miedo de ir a dar la buena noticia de Su Resurrección, de convertirse en testigos de Aquel al que consternadas vieron flagelado, y coronado de espinas morir clavado en una cruz, y del que ahora saben que ha vencido a la muerte, tal como lo prometió.

Hay que hacer notar que el Ángel enfatiza esto, que Jesús cumplió lo prometido. Y luego les dice: “*Eso es todo*”, quizá para darles a entender que no se deben quedar allí paradas esperando otro mensaje, pero también quizá para implicar que lo que les acaba de anunciar es ‘TODO’ en el sentido de que es el mensaje más importante, lo que hay que saber, lo fundamental, el todo que compone nuestra fe: que Jesús vive, que resucitó, que cumplió puntualmente la más maravillosa promesa de todos los tiempos.

Las palabras del Ángel tienen una resonancia actualísima para nosotros, que igual que esas mujeres estamos rodeados de gente que ha quedado como muerta por el miedo a

la violencia, a la crisis económica, a la incertidumbre acerca del futuro; nosotros, como ellas, quizá nos vemos tentados a dejarnos atemorizar, pero entonces escuchamos el mensaje del Ángel: “*ustedes no tengan miedo*”, como quien dice, dejen el miedo para los que viven sin fe; dejen el miedo para los que no conocen al Señor o creen que fue simplemente un gran hombre que murió en una cruz; dejen el miedo a otros, ustedes no tengan miedo, levanten la cabeza y salgan del sepulcro vacío a dar noticia de que en el mundo hay esperanza, de que no importa lo que nos toque vivir, por difícil o doloroso que sea, pues Aquel que derrotó al pecado y a la muerte todo lo puede y siempre interviene a favor nuestro.

Llama la atención que San Mateo dice que las mujeres se alejaron presurosas llenas de alegría, pero todavía con temor. Como que no les bastó el anuncio del Ángel para recobrar por completo la calma. Entonces el Señor mismo les salió el encuentro. ¡Ah!, es que en la vida del creyente, no basta oír hablar de Dios, aunque sea a un mismísimo Ángel, para desterrar el temor del corazón, hay que encontrarse con Él, tener un encuentro personal en Su Palabra, en la oración y sobre todo, en la Eucaristía.

El Señor saluda a las mujeres y les pide que no teman, y ahí sí San Mateo no vuelve a mencionar que siguieran con miedo, sólo dice que fueron a dar la buenísima noticia de la Resurrección, la misma que resuena este domingo en la Iglesia en todo el mundo: ¡Resucitó!, ¡Vive! ¡Aleluya!

Se terminaron las razones para el miedo; ahora sabemos que Aquel que vive desde siempre, vive para siempre y que así como nos ha sostenido en Sus manos amorosas desde antes de que nació, así nos seguirá sosteniendo hasta que nos encontremos cara a cara con Él en la vida eterna. Por ello, no hay nada que temer. Puedes tener la absoluta seguridad de que Aquel que ha vencido sobre toda tiniebla tiene el poder para protegerte de todo mal, sea que te libre de él o que te dé una fuerza invencible para enfrentarlo y superarlo.

En esta Pascua, tú como las mujeres, deja que el Resucitado te salga al encuentro para invitarte a dejar atrás todo desasosiego o inquietud, a caminar por la vida alegre y

confiadamente bajo Su luz y a convertirte en testigo gozoso de Su Resurrección.

Perdón de Dios

Si una persona hace algo malo y se arrepiente y le pide perdón a Dios, ¿cómo puede tener la absoluta certeza de que Dios de veras la ha perdonado?, ¿cómo puede saber que en realidad recibió el perdón y no solamente se lo imaginó?, ¿cómo puede estar totalmente segura de que puede olvidarse ya de ese pecado cometido y que éste no reaparecerá algún día marcado con rojo en una especie de ‘lista negra’ del ‘buró celestial’ como deuda todavía pendiente de un pecador irremediabilmente condenado por ‘moroso’?

El Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 20, 19-31) ofrece una respuesta. En él nos cuenta San Juan que al anochecer del día de la Resurrección, Jesús les concedió a Sus discípulos el poder de perdonar los pecados; en otras palabras, nos narra el momento feliz en que Jesús instituyó lo que conocemos como el Sacramento de la Reconciliación (la Confesión). Para comprender cómo este Evangelio responde aquella interrogante revisemos cinco aspectos:

1. Cabe empezar por hacer notar que Jesús no sólo da a los apóstoles la capacidad de perdonar ‘ofensas’, algo que podría hacer cualquiera, sino ‘pecados’. Recordemos esa escena cuando Jesús dijo al parálitico que le habían llevado entre cuatro que le perdonaba sus pecados y algunos ahí presentes se indignaron pensando que cómo se atrevía a decir algo que sólo

corresponde a Dios. No creían que Jesús fuera Dios pero Él lo demostró curando al paralítico (ver Mc 2,1-12). En la escena que nos ocupa ahora no hay ya ninguna duda de la divinidad de Jesús. Helo aquí Resucitado. Está claro que si tiene poder sobre la muerte, lo tiene también sobre el pecado.

2. Sorprende que esté dispuesto a otorgar semejante poder a unos hombres simples y débiles. Fíjate en qué momento se les apareció: cuando estaban muertos de miedo, encerrados a piedra y lodo. A estos miedosos, que no han entendido nada, que están bien lejos de ser súper-apóstoles o santos, les regala el Señor un don extraordinario e inmerecido. ¿Por qué? Entre otras razones quizá porque al Señor le gusta poner tesoros en vasijas de barro, y ¡qué bueno que así sea! Quienes dicen: ‘¿yo por qué tengo que ir a confesarme con un padre que también es pecador?’ no se ponen a pensar que en lugar de reclamar deberían agradecer, pues el hecho de que el confesor tenga miserias, le permite comprender y compadecerse de otros iguales a él. Si fuera perfecto quizá sería duro y justiciero, exigiendo a todos una perfección imposible de alcanzar.

3. Junto con la capacidad de perdonar pecados no les da la de adivinarlos. Así pues, ¿cómo se suponía que los apóstoles sabrían cuáles pecados perdonar y cuáles no? ¿tendrían que echar un volado?, ¿un ‘de tin marín’?, ¿tomar un curso de telepatía por correspondencia? Nada de eso. Sólo escucharlos. Así de simple. ¿Por qué organizó así las cosas Jesús? ¿Para darles a los confesores, como algunos sospechan, un gran poder sobre la gente al enterarse de sus secretos? No, qué disparate. Lo hizo, como todo lo que hace, para asegurarse de que el pecador obtuviera algo maravillosamente sanador: el poder desahogarse con otro ser humano y saber que éste jamás contará lo que se le ha platicado. Considera este ejemplo: si una persona comete una infidelidad y la confiesa a su cónyuge, quizá destruya su matrimonio; si la confiesa a una amistad se arriesga a que ésta lo divulgue; en cambio si la confiesa a un sacerdote tiene la seguridad de que todo quedará en secreto. Y no sólo eso, sino que además recibirá consejo, ayuda para

reconstruirse interiormente y, junto con el perdón de Dios y de la Iglesia, una gracia sobrenatural que le ayudará a no volver a caer en aquello de lo que se confesó.

4. Es significativo que dos veces antes de otorgar a Sus apóstoles la capacidad de perdonar los pecados, Jesús les comunica Su paz como un don que ellos reciben para compartirlo a su vez. No se puede negar que éste es el primer fruto que se recibe al confesarse. Sólo quien ha hecho una buena confesión ha experimentado esa paz que no se parece a ninguna otra, mezcla de alegría y alivio, de recibir un borrón y cuenta nueva, quitarse un peso de encima y, sobre todo, de saberse en renovada amistad con el Señor.

5. Por último hay que subrayar algo extraordinario: que Dios mismo permita que otros perdonen en Su nombre las ofensas que se han cometido contra Él. Considera esto: si alguien te ofende gravemente, lo más probable es que querrías que el ofensor te pidiera perdón a ti, no que otro lo perdonara por ti. Delegar esta capacidad es algo inaudito. ¿Por qué lo hace Jesús? Porque sabía que ya no estaría físicamente en este mundo como había estado hasta ese momento, y quiso dejar a los apóstoles (y obviamente también a los sucesores de éstos para que esto no se terminara cuando aquellos murieran), la capacidad de perdonar en Su nombre para que los seres humanos de todo tiempo y lugar pudiéramos recibir incesante, palpablemente y a raudales la misericordia divina.

He aquí pues la respuesta a la interrogante que se planteaba al inicio. ¿Cómo saber que de veras Dios te ha perdonado? Lo sabes cuando acudes al Sacramento de la Reconciliación, instituido y otorgado por Cristo a Sus apóstoles y a los sucesores de éstos, que se ha venido ejerciendo en la Iglesia desde el inicio del cristianismo hasta nuestros días y así continuará hasta el fin del mundo.

Sólo cuando te confiesas y al final el sacerdote levanta su mano y te absuelve y te bendice en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, te inunda la consoladora

seguridad de que Dios de veras te ha perdonado; te desborda el gozo, la gratitud y la paz de sentirte como el hijo pródigo, en el abrazo de un Padre misericordioso que te ha salido al encuentro para cubrirte de bendiciones y hacer fiesta por tu regreso a casa.

Emaús

No recuerdo haber visto este episodio en ninguna película sobre Jesús, pues éstas suelen terminar cuando Él resucita (y algunas ni eso, por ejemplo ‘Jesucristo Superestrella’ y ‘Godpsel’ dejan al espectador con la errónea idea de que el Señor quedó muerto en el sepulcro), y sin embargo cada vez que se le menciona, vienen a mi mente escenas tan vívidas como si la hubiera visto muchas veces. Me refiero a lo sucedido en Emaús según lo narra el Evangelio de San Lucas que se proclama este Tercer Domingo de Pascua en Misa (ver Lc 24, 13-35). ¿A qué se debe esto? A que hace años durante unos Ejercicios Espirituales de San Ignacio, el padre propuso que cada uno fuera a algún rinconcito tranquilo para hacer lo siguiente: buscar este pasaje en la Biblia, leerlo varias veces hasta empaparse bien de su contenido y luego cerrar los ojos y visualizarlo con la mayor cantidad de detalles posible, por ejemplo, cómo era el lugar, los alrededores, el clima, los sonidos, los colores, los aromas, los personajes de los que ahí se hablaba, etc. Se trataba de seguir el consejo de San Ignacio de Loyola de meterse a fondo en la escena evangélica para dejar de verla como mero espectador ajeno y convertirse uno en participante comprometido. El padre dijo: ‘se trata de ver esta escena como un director de cine que la filma para una película’.

Así pues, me puse a imaginar una toma desde lo alto que abarca una llanura verde de colinas ondulantes atravesada por un camino de tierra rojiza que va serpenteando y por el cual se ve a lo lejos y de espaldas a los dos discípulos de Jesús

que caminan cabizbajos, cargando sendos morrales dentro de los cuales seguramente llevan bártulos de trabajo, evidencia de su intención de volver a algún antiguo oficio en vista de que Su Maestro -y sus esperanzas- han muerto. En eso la cámara se les va acercando, los rodea y los toma de cerca y de frente pero entonces ya no son dos, son tres los que vienen caminando. Nadie sabe de dónde salió el otro... Luego vienen los diálogos y después la toma nuevamente se aleja para mostrar todo el paisaje, ahora con un bello atardecer de fondo. Llegan así a un pequeño poblado cuyas casas blancas reflejan ese azul morado del cielo que comienza a oscurecer. En algunos ventanucos hay algo de luz. Los discípulos invitan al Señor a quedarse, entran a una habitación austera, rústica, y cuando al partir el pan lo reconocen, se levantan gozosos, se dan un abrazo de alegría y al voltear ya no lo ven. Ha desaparecido. Salen entonces a la carrera a desandar sus pasos por un camino que ahora luce plateado bajo una luna llena; ya no temen que sea de noche, ya no llevan sus bártulos que han quedado olvidados, tirados en el suelo de la casa; no los necesitan porque no tendrán que volver a sus oficios de antes, tienen algo nuevo que hacer: convertirse en testigos de la Buena Nueva pues el Señor ¡ha resucitado!

Hasta aquí lo que me imaginé sobre el relato de Emaús. Y ¿tú?, ¿cómo te imaginas esta escena? Date un tiempo y averígualo. Es una experiencia muy enriquecedora.

Y ya entrados en este tema valga otra recomendación: Procura hacer siempre esto mismo con el Evangelio que se proclama en Misa. Escúchalo con los ojos cerrados para poder ir contemplando en tu interior lo que ahí se narra. Alguien podría preguntar, ¿y esto para qué sirve? Desde luego no para emular a los del ‘Túnel del Tiempo’ (serie televisiva del ‘año de la canica’ en la que un par de científicos viajaban en el tiempo e irrumpían casi siempre inopinadamente y de cabeza en medio de escenas cruciales de la historia de las que tenían que ser urgentemente rescatados), sino porque el meterte así en el Evangelio te permite que éste se te grabe mejor para tenerlo presente cuando necesitas recordarlo, así como apreciar aspectos que quizá te pasarían desapercibidos si sólo lo leyeras

(especialmente si caes en la tentación de leerlo distraídamente...).

Del relato de Emaús hay mucho que comentar, pero no cabe aquí más que hacer notar tres puntos particularmente significativos.:

1. Que es otra prueba más de que los apóstoles no inventaron la Resurrección pues ni siquiera les cabía en la cabeza que ello fuera posible. Y tampoco esperaban ver a Jesús Vivo, o hubieran estado muy atentos a examinar a todos los que cruzaran su camino preguntándose ¿será Él? Pero ni cuenta se dan de que es el Resucitado el caminante que se les ha unido. Queda claro que la Resurrección fue para ellos un hecho extraordinario que cambió su vida.

2. Que aquí se ve que aprendieron del Señor el modo cristiano de interpretar el Antiguo Testamento: ver cómo se refiere a Jesús todo lo anunciado y prometido en las Sagradas Escrituras, método que hasta entonces no se les había ocurrido y que partir de ese momento comienza a ser usado por los apóstoles (como se aprecia en los discursos de Pedro y de Pablo), y sus sucesores hasta nuestros días.

3. Que cuando nos embarga el desaliento y la pena, como sucedió a esos dos discípulos, nos volvemos incapaces de darnos cuenta de que el Señor marcha a nuestro lado. Por eso nunca permitamos que la tristeza y las preocupaciones de esta vida nos nublen el ánimo y la mirada y nos impidan percibir la presencia de Aquel que es el Único capaz de hacer arder nuestro corazón y llenarlo de esperanza, de Aquel que siempre acepta quedarse con nosotros cuando anochece, es decir, cuando nuestra vida se llena de sombras, cuando pasamos por momentos difíciles, tristes, dolorosos.

De este relato maravilloso podemos sacar la consoladora conclusión de que el Señor nunca nos deja solos. Está presente en todo momento, en Su Iglesia y en los hermanos. Qué alivio saber que hoy, al igual que ayer, como lo dice bellamente la V/a Plegaria Eucarística, tenemos un Dios

que “está siempre con nosotros en el camino de la vida” y “como hizo en otro tiempo con los discípulos de Emaús, Él nos explica las Escrituras y parte para nosotros el Pan”.

La puerta

Poner en el piso superior de una casa o edificio una puerta que abría al vacío era un recurso que solía ser muy empleado en películas cómicas. Provocaba risa ver que algún ‘encarrerado’ la abriera sin fijarse, se siguiera de frente y ¡zas!, desapareciera de golpe. También hacía reír ver una puerta que abría a una pared de ladrillos contra la cual se estrellaba algún despistado.

En cambio en la vida real no es cosa de risa abrir puertas que pueden ocasionar caídas o golpes, aunque por desgracia es algo muy común. ¿A qué me refiero? Se realizó una encuesta para preguntar a jóvenes y adultos cuál era el primer recurso al que acudían cuando estaban en problemas o necesitaban consuelo, en otras palabras cuál era la primera puerta a la que tocaban en caso de apuro. Sus respuestas resultan muy significativas.

En primer lugar se descubrió que numerosas personas suelen cruzar antes que nada la puerta que podríamos llamar de la evasión. Por ejemplo la de un centro comercial, de un cine, de un ‘antro’, de un gimnasio, de cualquier sitio en el que se puedan sumergir en una actividad que les permita olvidar momentáneamente su problema, aunque no resolverlo. Esta puerta ofrece también una evasión muy peligrosa, la de la adicción (por ejemplo al alcohol, a la droga, a la pornografía). El problema es que a quien entra por ella le sucede como en esas películas de terror en las que de pronto la puerta se cierra

violentemente dejando al protagonista atrapado en un aterrador encierro del que ya no consigue salir por sí mismo.

En segundo lugar se descubrió que gran cantidad de gente toca en una puerta que podría calificarse como engañosa. Por ejemplo la que conduce a gurús, guías esotéricos, talismanes, cursos novedosos de nombres rimbombantes, libros de autores exóticos que prometen soluciones que en realidad no lo son. Traspasar esta puerta es comenzar a recorrer un laberinto que se oscurece más a medida que se avanza por él.

En tercer lugar se detectó que abundan quienes tocan primero en la puerta del saber humano, en busca del apoyo de parientes, amigos, terapeutas. Sin embargo muchos reportaron que la respuesta recibida les pareció insuficiente, limitada, y otros confesaron dolidos que se toparon contra una inesperada y sorprendente falta de ayuda que los dejó muy decepcionados.

Por último se descubrió algo sumamente alentador: que son considerables las personas que logran llegar ante la puerta correcta, ante ésta que Jesús prometió se abriría para quien tocara en ella (ver Lc 11, 9-10), y de entre quienes cruzaron su umbral cabe mencionar que ni uno solo dijo haber quedado defraudado. ¿De qué puerta se trata? La respuesta nos la da el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 10, 1-10), en el cual Jesús afirma: *“Yo soy la puerta; quien entre por Mí se salvará”* (Jn 10,9). ¿Qué significa esto? Que en medio de todas las puertas falsas que nos rodean hay una verdadera, hay una que sí conduce a la luz, hay una que no se compara con ninguna otra porque ofrece soluciones auténticas, caminos que no esclavizan, consuelo que no tiene límites. Esa puerta se llama fe en Jesús, y quien la atraviesa experimenta el inigualable alivio de comprobar que de Su mano se puede enfrentar cualquier problema sin temor y encontrarle el sentido y la salida; que en Su Palabra se hallan respuestas luminosas que ayudan a caminar y nunca extravían a quien las sigue; que a Su lado se experimenta la paz como en ninguna otra parte y que quien acude a Él puede confiarle todas sus preocupaciones y tener la absoluta seguridad de que Él resolverá todo de la

mejor manera, es decir, conforme a Su misericordia y sabiduría infinitas.

Conocer las diversas contestaciones que se dieron a la encuesta invita no sólo a considerar qué hubiéramos contestado nosotros y, más interesante aún: por qué, sino también a tomar conciencia de que vivimos como metidos en la escena de una de esas películas de enredos en las que de pronto la cámara se queda fija tomando un pasillo en el que abundan las puertas por las que entran y salen, salen y entran en rápida sucesión personajes que van y vienen, buscando sin encontrar, confundidos, equivocados, extraviados, y que estamos a tiempo de darnos cuenta de que, al igual que con lo que se comentaba al inicio, estos ires y venires pueden resultar divertidos en la pantalla, pero en la vida real es un gran riesgo introducirse por puertas falsas porque puede suceder que un día una de éstas se cierre repentinamente detrás de nosotros dejándonos atrapados en una situación cuyas consecuencias seguramente no tendrán nada de risible.

El Camino, la Verdad y la Vida

Hay una frase tremendamente audaz que sólo ha sido pronunciada una vez en toda la historia, porque nadie más que quien la pronunció es capaz de respaldar en los hechos lo que dicha frase afirma. Jamás ningún filósofo, pensador o líder religioso, social o político, por grande que haya sido, se ha atrevido a decir las palabras de Jesús que nos presenta el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 14, 1-12): “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*”.

Repasemos despacito estas tres afirmaciones:

“Yo soy el Camino”

Hay quien dice que todas las religiones son iguales y que todos los caminos llevan a Dios. Pero esto no es cierto porque a Dios no se le encuentra de abajo hacia arriba, sino de arriba hacia abajo, es decir, el hombre no puede descubrir por sí mismo cómo llegar a Dios; si Él no se lo revela. Lo bueno es que Dios se ha dignado revelarnos Quién es. Es el Camino, Aquel que nunca nos extraviará, desbarrancará o decepcionará. Seguirlo es ir a lo seguro. Una amiga me decía el otro día: ‘pero es que yo no puedo creer que sólo haya un camino, el cristianismo, que Dios se haya limitado a un solo lugar’. Le respondí: ‘no lo veas como limitación sino como punto de partida’. Desde que quiso encarnarse tenía que tocar tierra en algún punto

específico. No para quedarse ahí, sino para desde ahí llegar a los últimos rincones del planeta. Pero El es el único Camino. Por eso dice Jesús: “*nadie va al Padre sino por Mí*” (Jn 14,6b). Eso significa que toda salvación pasa por Él, a través de Él, y que gracias a Él aun los no creyentes podrán salvarse si lo siguen, aunque no lo sepan, al caminar en el amor, la justicia, la paz.

Quizá parezca que hay muchos caminos, pero no son enteramente confiables. Algunos están empantanados, otros llenos de abrojos, otros más sólo conducen a un despeñadero. Así como cuando va uno al campo de excursión y agradece encontrar un senderito de tierra firme por el cual andar en planito en lugar de cansarse yendo por un terreno disparejo a campo traviesa y corriendo el riesgo de meter el pie en un hoyo o pisar una culebra, así en la vida espiritual, es un descanso saber cuál es el Camino y también que Aquel que te invita a recorrerlo te acompaña en todo tu trayecto y te sostiene de principio a fin (ver Mt 28, 20b).

“Yo soy... la Verdad”.

Vivimos desgraciadamente bombardeados por mentiras. Nos mienten los políticos, los medios de comunicación, los amigos, los conocidos y hasta los familiares. Podríamos caer en la tentación de no confiar ya en nada ni en nadie, o peor, en el cinismo de considerar que, como dice el dicho: ‘en este mundo traidor, nada es verdad ni es mentira, todo es según el color del cristal con que se mira’, como quien dice, que cada uno debe y puede fabricarse su propia verdad, la que le acomode mejor en cada circunstancia, cambiándola conforme haga falta. Así, cada persona se regiría por una verdad suya particular, sin importar que ésta fuera distinta u opuesta a la de otros. Pero vivir de ese modo necesariamente conduce al error. Lo ideal es poder creer en alguien o en algo que nunca nos defraude. Sin embargo cabe preguntarse: ¿es eso posible? La rotunda respuesta que nos da la Palabra de Dios es ¡¡Sí!! Podemos creer en Jesús. Él es el Veraz, es Aquel de quien dice la Escritura que “*nunca hubo engaño en Su boca*” (ver 1Pe 2,22).

Él es la Verdad. ¡Cuántos líderes han dicho una cosa y hecho otra!, ¡cuántos han engañado y engañan a sus seguidores! No Jesús. Todo lo que dijo es verdad. Se cumplió, se cumple y se cumplirá. ¡Qué tranquilidad da saber que en un mundo en el que impera la falsedad y el relativismo, hay una Verdad, así con mayúscula, en la que podemos confiar ciegamente con la absoluta certeza de no resultar timados ni desilusionados! Auténtica vacuna que nos libra de contagiarnos del ambiente falaz que nos rodea.

“*Yo soy...la Vida*”.

En una época como la actual, inmersa en lo que el Papa Juan Pablo II llamaba ‘cultura de la muerte’, qué alivio saber que en Jesús tenemos Vida. No sólo entendida como la existencia en este mundo o la promesa de la vida futura, sino también entendida como algo que ilumina todas y cada una de las pequeñas opciones y decisiones que tomamos cotidianamente. Él nos rescata de nuestras tendencias de muerte, de la inmovilidad del pecado, de dejar morir la esperanza, de enterrar nuestros sueños. ¡Qué alegría contar con Alguien que te da la vida, te enseña a vivirla verdaderamente y, por si fuera poco, te invita a compartirla eternamente con Él!

Como se ve, es un regalo para el alma poder ir tras las huellas de Aquel que es *el Camino, la Verdad y la Vida*. Con razón comienza este Evangelio dominical diciendo: “*No pierdan la paz. Si creen en Dios, crean también en Mí*” (Jn 14,1), otra afirmación que sonaría descabelladamente presuntuosa si no fuera porque la dijo Aquel que resucitó y con ello demostró que realmente es el único Camino que conduce a la salvación, la única Verdad que no cambia ni se desmorona, la única Vida por la que vale la pena vivir, en otras palabras, el Único capaz de sembrar en nuestro corazón no sólo auténtica paz sino la más viva esperanza.

Obras son amores

Quizá has oído acerca de un famoso malabarista que un día anunció que caminaría por la cuerda floja (quién sabe por qué se llama ‘floja’ si está bien restirada), de la azotea de un altísimo rascacielos a la azotea de otro, sin red y por encima de una transitada avenida de Nueva York. Esto llamó muchísimo la atención y el día del evento se cerró la calle al tráfico y se reunió una enorme multitud deseosa de ver el espectáculo. Cuando llegó el malabarista fue aclamado por todos. Preguntó a la multitud: ‘¿Creen que puedo atravesar de un lado al otro por la cuerda floja?’ ¡¡¡Síiiiií!!! -respondieron al unísono. Complacido, tomó el elevador hasta el último piso, salió, se paró al borde de la azotea mientras abajo los espectadores contenían la respiración y comenzó a caminar sobre la cuerda, asegurando su balance con ayuda de un largo palo que sostenía horizontalmente en las manos. Hubo momentos de tensión en los que pareció que perdería el equilibrio, pero logró llegar al otro lado. La gente aplaudió emocionada. El malabarista bajó a la calle. Recibió más ovaciones. Entonces en un dramático gesto, aventó el palo al suelo y anunció. ‘Ahora voy a cruzar sin usar el palo’, y preguntó: ‘¿Creen que puedo cruzar sin el palo?’ ¡¡¡Síiiiií! -contestó muy entusiasmada la muchedumbre. De nuevo el hombre subió por el elevador, llegó a la azotea, se paró al borde y caminó por la cuerda sin el palo hasta pasar al otro lado. La gente palmoteaba frenéticamente, gritaba bravos, aclamaba su valor y pericia. Una vez más bajó el equilibrista a la calle. En esta ocasión llevaba una silla de madera. Anunció:

‘Ahora voy a cruzar por la cuerda floja sosteniendo esta silla’. Y preguntó: ‘¿Creen que puedo cruzar llevando la silla?’ ‘¡¡¡¡¡Síiiiiiiii!!!-gritó la gente. Dijo él: ‘¿Quién de ustedes quiere subirse a la silla?’ Entonces se hizo un silencio sepulcral y quienes hacía unos segundos lo vitoreaban desviaron la mirada y enmudecieron.

Vino a mi mente esta anécdota ahora que vi al Papa aclamado por una multitud en Nueva York. Me pregunté: ‘¿Cuántos de los ahí reunidos están realmente dispuestos a hacer lo que les pide? ¿Cuántos están dispuestos a arriesgarse a seguir a Cristo, pase lo que pase, y a poner en Él -y no en cosas como el dinero, el poder, el placer- su auténtica esperanza? Recordé una estadística que uno de los comentaristas de la televisión había dado a conocer poco antes. Dijo que una parte importante de quienes responden ‘católica’ ante la pregunta: ‘¿cuál es su religión?’, responden también que no la practican. Cabe entonces suponer que muchos de los que siguieron con interés la visita del Papa y escucharon sus mensajes, probablemente pensaban para sí que las palabras que pronunció sobre la necesidad de hacer oración personal y litúrgica, frecuentar los Sacramentos, defender los derechos humanos, desterrar el odio en el corazón, etc. eran hermosas e interesantes y valía la pena escucharlas pero no necesariamente cumplirlas. Las oyeron como se oye un bello discurso, pero no se sintieron personalmente interpelados, no se dijeron a sí mismos: ‘eso lo dice el Papa ¡por mí!, me concierne ¡a mí!, así que ¡vale más que haga caso!’ Quisieron pensar que lo decía por otros y dejaron a esos otros a responsabilidad de obedecer.

Esto es muy lamentable, pues prestar atención a lo que dice el Papa no es simplemente un deber de cortesía hacia un hombre mayor que se tomó el trabajo de ‘atravesar el charco’, no. Es escuchar al Vicario de Cristo, a Aquel que lo representa en este mundo. Permitir que lo que dice entre por un oído y salga por otro implica no sólo desoírlo a él sino a Aquel que inspira sus mensajes, a Aquel que nos pide no sólo escucha sino compromiso, no sólo amor sino cumplimiento de Su voluntad.

Al inicio del Evangelio que se proclama este domingo en Misa, se nos presentan estas palabras de Jesús: “*Si me aman, cumplirán Mis mandamientos*” (Jn 14, 15) y al final, éstas otras: “*El que acepta Mis mandamientos y los cumple, ése me ama*” (Jn 14, 21). Se plantea aquí una cuestión fundamental: No basta amar al Señor, hay que dar el paso a seguirlo. No quiere que te conformes con amarlo, sino que te esfuerces en obedecerlo. No le interesa que haya una muchedumbre que lo aclame sino personas que estén dispuestas a comprometerse con Él. Espera de ti no sólo que le des tu corazón sino que lo amoldes al Suyo.

Nos toca cumplir muchas cosas pequeñas: horarios, normas de urbanidad, señales de tránsito, reglamentos, órdenes en el trabajo, etc. y lo hacemos porque ello nos permite vivir y convivir con otros. Pues bien, cumplir lo que nos manda Dios es lo más grande que podemos hacer y lo mejor, pues no sólo hace más gozosa nuestra vida en este mundo, sino nos garantiza llegar un día a vivir y convivir eternamente con Él.

Recordemos que luego de declarar que quien cumple Sus mandamientos lo ama, afirmó Jesús: “*Al que me ama a Mí, lo amará Mi Padre, Yo también lo amaré y me manifestaré a él*” (Jn 14, 21)

Contigo

¿No te ha pasado que con tal de estar con alguien a quien amas o aprecias mucho soportas alguna circunstancia que muchos considerarían desagradable y a ti no sólo no te molesta sino incluso hasta te parece bien?

Es algo que se ve todos los días.

Le ocurre, por ejemplo, a esos novios que se están larguísimo rato felices cuchicheando y mirándose a los ojos encaramados en algún sitio incómodo que a ellos les parece el paraíso; le sucede a esa familia que disfruta muchísimo su ‘día de campo’ sin que se lo arruine el hecho de que rodeando su pedacito de pasto pasen veloces y rugientes los coches; lo vive el chamaquito que voluntariamente se ‘desmañana’ un sábado con tal de acompañar a su papá a realizar algún tedioso encargo; le acontece a ese matrimonio de viejitos que sacan un par de sillas para sentarse juntos a tomar tantito sol a la puerta de su vivienda en una calle transitada y ruidosa; lo siente ese amigo que está dispuesto a acompañar a otro en un agobiante trayecto en el pesado tráfico por el gusto de estar juntos y platicar; lo experimenta, en fin, cualquiera que sólo ve lo bonito de una situación que podría catalogarse como fea porque a su lado está alguien que ilumina su vida, que le hace verlo todo con buenos ojos.

Es indudable que por amor o incluso por amistad se puede asumir de buena gana lo que sin estos elementos jamás se aceptaría. Cabe pues pensar que si hubiera una manera de

vivirlo todo con una persona amada o amiga al lado, se la pasaría uno de maravilla.

A los ojos del mundo esto no parece posible: no se puede negar que hay numerosos momentos en la vida en los que no podemos contar con la presencia de nuestros seres queridos, por más buena voluntad que éstos tengan y nos quedamos y nos sentimos en la más triste soledad. ¡Ah, pero entonces leemos el Evangelio que se proclama este domingo en Misa y descubrimos gozosos que en realidad no estamos solos! Dice Jesús: “*Sepan que Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo*” (Mt 28, 20). ¿Qué significa esto? Que podemos tener la absoluta certeza de que contamos siempre, en todo sitio y tiempo nada menos que con la presencia del Amado, del Amigo, de Aquel que es verdadera Luz en nuestra vida, y eso lo transforma todo, lo embellece todo, lo hace todo no sólo soportable sino disfrutable pues le da sentido, dirección, esperanza.

San Francisco de Sales insistía en la importancia de practicar lo que él llamaba ‘conciencia de la presencia divina’ y que consiste en recordar frecuentemente, a lo largo del día, que el Señor está a nuestro lado, que estamos en Su presencia. Sentirnos acompañados por Él nos hace vivirlo todo de otra manera; nos permite encontrar algo interesante en lo aburrido; hallar en todo tema para una sabrosa -aunque sea breve- conversación íntima y silenciosa con Él; descubrir la posibilidad de ofrecerle amorosamente lo sencillo, lo cotidiano, lo doloroso y lo alegre, e ir tejiendo a lo largo de la jornada una trama de charlas, ofrendas y pequeños y continuados gestos amorosos que le dan nuevo sentido a lo que vivimos y afianzan nuestra cercanía con Él.

Decía, lamentándose, San Agustín al Señor “Tú estabas conmigo pero yo no estaba contigo”, es decir, por vivir con la mente puesta en mil cosas no captaba la única que valía la pena. Y es que si nos pasa desapercibida la presencia divina en nuestra vida diaria, si no nos demos cuenta de que está siempre a nuestro lado y nos limitemos a captarla un ratito los domingos (y eso si acaso), no sólo corremos el riesgo de ir apartándonos de la luz y empezar a recorrer caminos de

oscuridad y desesperanza, sino que perdemos la oportunidad de vivir lo ordinario de manera extraordinaria, pues así como todo se vive mucho mejor cuando lo vivimos al lado de quien amamos, así nuestras actividades, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, por insignificantes que parezcan, pueden convertirse en algo maravilloso y en verdadero camino de santidad, si las vivimos con la plena conciencia de que Dios está a nuestro lado, que no nos abandona nunca y está siempre dispuesto a sostenernos, consolarnos y mostrarnos el camino mejor.

Decía San Francisco de Sales que hay que ser como ese niño que camina de la mano de su papá, y aunque todo lo distrae, todo le llama la atención, toca las cosas y juega con ellas, a cada rato levanta la mirada para ver a su papá, para sonreírle, para captar si lo tiene contento, si puede o no hacer algo que se le ha ocurrido. Tiene, como quien dice, una mano en el mundo y la otra en la de su papá, y así puede disfrutar cuanto lo rodea y avanzar alegremente sintiéndose seguro y protegido.

El Señor te anuncia que está contigo, y está esperando que vuelvas tu mirada hacia Él, que está ¿lo percibes? a tu lado ahora mismo, en este mismo instante...

Caídos que levantan

Nada ayuda tanto a comprender a otra persona como haber pasado por lo mismo que ella está pasando. Quien ha tenido cierta enfermedad, entiende muy bien los síntomas de quien la padece. Cuando alguien ha experimentado la pérdida de un ser querido, sabe lo que siente estar de duelo. El que ha enfrentado una crisis económica, conoce de primera mano el agobio que ésta provoca. Si se ha sufrido una caída se tiene una idea muy clara de lo que vive quien también ha caído. Y así en todo. Haber pasado por determinada situación otorga una perspectiva que facilita ‘ponerse en los zapatos de otro’ y estar en posibilidades de ayudarlo mejor.

Hace tiempo estuvo en cartelera una película sobre un médico que solía tratar a sus pacientes con cierta soberbia y frialdad, haciéndoles sentir que eran ‘casos’, ‘números en un expediente’ y no personas con miedos y sentimientos. Y entonces un día él enfermó y tuvo que pasar por todos los estudios, hospitalizaciones y tratamientos a los que antes sometía a sus pacientes. Y experimentó de primera mano la ansiedad de saberse enfermo y tener que aguardar el resultado de un análisis; el miedo y la inseguridad de hallarse en un cuarto de hospital sometido a exámenes, la pena e incomodidad de tener que usar el mal llamado ‘cómodo’, los desagradables efectos secundarios del tratamiento, la molestia de ser despertado en la noche varias veces (¡¡despierte,

despierte, aquí le traigo su medicina para que pueda dormir!!). Y a partir de esta experiencia su manera de ver las cosas cambió diametralmente; se volvió más sensible, se humanizó. Y decidió incorporar, como parte del plan de estudios de sus alumnos, el vivir obligatoriamente una experiencia de hospitalización un fin de semana, para ver lo que se siente dormir en una cama que no es la propia, con luz prendida, con ruido constante afuera del cuarto, comiendo sin apetito alimentos nada apetitosos, y así poder tener el punto de vista del paciente y tener una mejor idea de cómo ayudarle.

Nada para alentar la compasión (es decir, el padecer con el otro, el hacer propios sus sufrimientos) como haberlos experimentado en carne propia.

Todo esto viene a colación porque en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa, nos narra San Juan ese momento extraordinario en el que Jesús les dio a Sus apóstoles el Espíritu Santo y les concedió poder perdonar en Su nombre los pecados (ver Jn 20, 19-23). ¿Qué significa esto? Que el Señor aplicó aquí ese principio sobre la compasión, y decidió enviar a pecadores a perdonar a otros pecadores. Y antes de que alguien objete y diga: ‘pero ¿cómo que envió a pecadores?, ¿si envió a San Pedro, a San Juan, a San Andrés, etc. a puros santos!’, hay que recordar que en ese momento estaban bien lejos de ser los santos que luego llegaron a ser. Hasta entonces eran hombres comunes y corrientes, iguales a todos, con los mismos defectos de todos, con errores y caídas como todos. Es maravilloso que el Señor los eligiera, pues ello garantizó que pudieran entender a quienes les perdonaban los pecados, pues ¡ellos mismos habían cometido muchos!

¿Te imaginas qué misericordioso confesor habrá sido Pedro? El que negó a Su Maestro y recibió de Él la delicadeza de hacerle patente Su perdón en un recado dirigido especialmente a él (ver Mc 16,7), sin duda tuvo palabras de comprensión y esperanza si alguno se fue a confesarle haber renegado de su cristianismo por miedo a ser perseguido o criticado. Y ¿qué decir de Natanael, que antes de conocer a Jesús tenía prejuicios sobre Él? (ver Jn 1,46), seguramente fue un confesor paciente con quien se confesaba de estar siempre

pensando mal de otros o juzgando por apariencias. Y ni hablar de Tomás, aquel que dijo que no creería en el Resucitado hasta no meter sus dedos en Sus llagas (ver Jn 20,25), aquí sí que no cabe duda de que si alguien fue a confesarle su resistencia a abrazar la fe, no se llevó una regañada sino un testimonio que lo invitó a dejar atrás la desconfianza y a reconocer a Cristo como su Dios y Señor.

Podrían citarse incontables ejemplos, pero basten estos para establecer la genialidad pedagógica del Sacramento de la Confesión que, como vemos en este Evangelio, Jesús instituyó, y que permite que se conjuguen a nuestro favor dos elementos contradictorios aparentemente incompatibles: el perdón que otorga Dios, Aquel que nunca cometió pecado, y el medio por el que nos llega ese perdón: un ser humano pecador.

Ya se ha comentado antes en este espacio que quien se niega a aprovechar este Sacramento alegando que no se quiere confesar con un pecador, no ha comprendido que esto lejos de ser algo indeseable es una maravilla, pues si los confesores fueran infalibles quizá verían a los penitentes por encima del hombro, se escandalizarían ante sus miserias y no sabrían qué aconsejarles para salir de ellas pues jamás las habrían experimentado. ¡Ah, pero gracias a Dios no es así!, y el haber caído les permite saber lo que se siente caer y no ver a los caídos con desdén desde lo alto sino cara a cara y con compasión. Y lo mejor de todo es que han recibido de Jesús el Espíritu Santo, cuya venida celebramos gozosamente en este Domingo de Pentecostés, que los ilumina y capacita no sólo para perdonar a los pecadores en el nombre del Señor sino para compartir con ellos la gracia divina que a ellos mismos les ha ayudado, una y otra vez, a levantarse.

Correspondencia

Quien ha visto sufrir a alguien a quien ama sabe que se sufre más que en carne propia, que se querría tomar el lugar de la persona amada para que ésta no tuviera que sufrir, y esto es particularmente cierto cuando el que sufre es un hijo. Por eso resultan particularmente impactantes y conmovedoras las palabras que Jesús dirige a Nicodemo (un fariseo que había acudido a consultarlo de noche porque tenía miedo de ser visto con Él) en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa: *“Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a Su Hijo Único”* (Jn 3,16).

Toma un momento para considerar lo que esto implica; déjate estremecer por este incalculable amor del Padre que lo hace ir contra toda lógica y entregar a Su Hijo Único, sabiendo lo que va a sufrir, con tal de salvar al mundo. Y, ojo, cuidado con entender esto del amor al ‘mundo’ como algo tan generalizado que por abarcar a una especie de ‘masa’ compuesta por millones que sólo pueden clasificarse en cifras anónimas no se dirige a nadie en particular, más bien es una manera de expresar el amor personalísimo de Dios por todos y cada uno de cuantos estamos metidos en este mundo, y es también una manera de entender el mundo en un sentido muy amplio, no sólo como de sitio en el que se vive sino como realidad que nos contamina de asuntos ‘mundanos’ que con frecuencia nos hacen olvidarnos de Dios, tropezar, caer, apartarnos de Su lado y perdernos (a pesar de la cual Él no

sólo no se aparta de nosotros ni nos da por perdidos, sino que nos ama tanto que ¡nos envía a Su Hijo!).

Atrévete a tomar esto de manera personal. Piensa que las palabras de Jesús pueden ser comprendidas como referidas al amor especial de Dios por ti personalmente. Mira cómo cambia la cosa si en lugar de ‘mundo’ te pones tú y permite que te cale hondo esta frase: “Tanto me amó Dios que me entregó a Su Hijo Único” ¿Te das cuenta? Cristo se hizo Hombre por ti; el amor infinito de Dios por ti es lo que está detrás de la razón por la que el Padre envió a Jesús, la razón por la que Jesús aceptó venir, la razón por la que el Espíritu Santo lo encarnó en el seno de María. ¿Con qué objeto? para que *“todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna”* (Jn 3,16). Esto significa que la venida del Señor, tiene un propósito, Su amor por ti tiene un propósito: Rescatarte del pecado y de la muerte, liberarte de todo aquello que te ata, que te hace caer, que no te deja ser verdaderamente feliz, que no te deja experimentar a plenitud la paz, la alegría, la libertad de los hijos de Dios, en una palabra: salvarte.

Ah, pero antes de echar al vuelo las campanas y sentir que gracias a este amor desbordado del Padre que te ha entregado a Jesús tienes garantizada la salvación y ya, pase lo que pase, eres ‘salvo’, como dicen algunos, sigue leyendo. Dice Jesús que el Padre no lo envió *“para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por Él”* (Jn 3,17), pero de inmediato añade: *“El que cree en Él no será condenado; pero el que no cree ya está condenado, por no haber creído en el Hijo Único de Dios.”* (Jn 3,18). ¿Por qué primero dice Jesús que no vino a condenar y luego afirma que sí hay quien se condena? Porque una cosa es que Él no condene y otra muy distinta es que la gente se condene sola. ¿Cómo puede alguien ‘auto-condenarse’? La respuesta está en la respuesta, válgase la redundancia. Es decir, la diferencia entre condenarse o no está en cómo se responde a la presencia de Dios en la propia vida: con o sin fe, entendida ésta no como una idea que no sale de la mente, un ‘creer’ que no afecta la propia existencia, sino como una respuesta positiva, un ‘sí’ que se le da al Señor con la mente y el corazón, y que se expresa en acciones concretas.

Eso de que el que cree no será condenado significa que el que corresponde a la iniciativa de Dios, se adhiere a Él, lo sigue y lo imita en el amor, la verdad, la justicia, la paz, vive edificando el Reino, habita ya en él, ¿cómo podrá ser condenado? En cambio el que no cree, es decir, el que se niega a corresponderle, a adherirse a Él, a aceptar Sus propuestas, el que no lo sigue ni lo imita, se condena solito porque al colocarse lejos de Aquel que es la Luz, necesariamente entra en la tiniebla.

El que no cree se condena porque le dice no a Dios. Quien dice no a Aquel que es el Camino, se condena a perderse; quien dice no a Aquel que es la Verdad, se condena a errar; quien dice no a Aquel que es la Vida, se condena a perecer; quien dice no a Aquel cuyo yugo es suave se condena a llevar sus propias cargas en soledad y a caer bajo su peso agobiante. En suma, quien se niega a entrar en el dinamismo del Padre que lo entrega todo, del Hijo que acepta darse por completo, del Espíritu Santo que comunica este infinito amor, se condena a sí mismo, pues rechaza la única mano que puede rescatarlo del extravío del mundo y llevarlo amorosamente hacia la salvación.

Lo primero es lo primero

‘Lo primero es lo primero’. Solemos usar esta frase para referirnos a que antes que nada hay que poner atención a resolver algo urgente, inmediato. Y lamentablemente muchos la emplean para expresar que se debe anteponer una necesidad material a una espiritual. Por ejemplo: ‘lo primero es lo primero, deja que me establezca bien y ya luego pensaré en ir a la parroquia’; ‘mira lo primero es lo primero, tomaremos unas buenas vacaciones y ya luego veremos si vamos a un retiro’; ‘lo primero es lo primero, deja que mis hijos terminen sus estudios y ya luego los meto a clases de Biblia’; ‘lo primero es lo primero, nomás que pase esta crisis y ya luego dedicaré tiempo a orar’.

El otro día en un programa de televisión platicaba un misionero católico su experiencia. Dijo que cuando llegó a la aldea que se le asignó decidió que lo primero era construir casas, edificar una escuela, un dispensario, una tienda. Pero encontró muchas dificultades porque entre la gente había envidias, chismes, pleitos, división, falta de solidaridad. Entonces decidió que en realidad lo primero debía ser hablarles de Dios, enseñarles que todos eran hermanos, hijos del mismo Padre, inculcarles el valor del amor fraterno, de la tolerancia y la ayuda mutuas; leerles la Palabra; prepararlos para la Reconciliación, para la Eucaristía. Lo hizo así y en poco tiempo notó un cambio, se fue dando un ambiente de paz, de alegría, de unión y camaradería que les permitió no sólo

hacer lo que había planeado al principio sino incluso ayudar a otras aldeas también. Este misionero descubrió a buena hora que lo primero no era lo que él había pensado sino lo que dice Jesús en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa: “*Busquen primero el Reino de Dios y su justicia*” (Mt 6, 6,33). ¿Qué significa esto? Que lo primero no puede ser lo del mundo sino lo de Dios. Ello no significa que no haya que trabajar en el mundo, ni significa que haya que cruzarse de brazos diciendo ‘Venga a nosotros Tu Reino’ y esperar que todo nos caiga del cielo. El Señor nos ha dotado de capacidades y talentos y espera que los pongamos en práctica. Lo de buscar primero el Reino de Dios y su justicia se refiere a darle prioridad a cumplir la voluntad de Dios; lo cual implica, por una parte, darse tiempo para conocerla (por ejemplo a través de la oración y de la lectura atenta y sabrosa de Su Palabra), y, por otra, cumplir de todo corazón lo que pide, por ejemplo, amar, perdonar, ayudar a otros. Esto parece, a los ojos del mundo, una pérdida de tiempo, un relegar en segundo plano lo importante, pero en realidad es lo mejor que se puede hacer.

Hace tiempo, en el funeral de una viejita que había sido muy querida en su comunidad, su sobrino platicaba que años antes, exasperado porque veía que su tía, que vivía de una frugal pensión, siempre estaba ayudando a otros y compartiendo lo poco que tenía, le dijo: ‘si no te aseguras un guardadito, ¿qué va a ser de tí cuando llegues a vieja y no tengas nada?, ¡nomás vas a dar lástima!’, a lo cual ella tranquilamente le replicó: ‘no estás considerando a Dios en esta ecuación. Pero yo te aseguro que el mismo Señor que me ha sostenido desde que nací, me sostendrá hasta que me llame a ir con Él al cielo. Y si yo me ocupo de Sus cosas, Él se ocupa de las mías; así ha sido y así seguirá siendo, lo creo y sé que no quedaré defraudada’. El sobrino tuvo que reconocer que así fue. A su tía nunca le faltó nada, y como había hecho tanto bien y tenía a tanta gente que la quería, muchos estuvieron pendientes de ella y la ayudaron de diversas maneras hasta que falleció. Fue un claro ejemplo de alguien que supo buscar el Reino y recibió todo lo demás por añadidura, tal como prometió Jesús.

¿Por qué no nos atrevemos a imitar su ejemplo? Porque hemos permitido que nos atemoricen las preocupaciones del mundo y hemos prestado oídos a quienes nos aseguran que éstas se disipan con dinero. Y así, en lugar de buscar primero el Reino de Dios, buscamos primero asegurar lo material. Sentimos que sólo así tendremos un futuro libre de preocupaciones. Craso error. Por más dinero que se acumule, éste no garantiza la vida ni puede comprar lo que verdaderamente vale la pena tener: el amor de Dios y de los demás, la verdadera alegría, la paz en el corazón. Quizá por eso en un mismo pasaje del Evangelio se reúne la advertencia de Jesús: “*no pueden ustedes servir a Dios y al dinero*” (Mt 6, 24) con Su invitación a no albergar preocupaciones por el futuro (ver Mt 6, 25-34). Decía San Francisco de Sales que, aparte del pecado, nada daña tanto el alma como las preocupaciones, especialmente las que tienen que ver con lo que todavía no sucede pero que uno imagina sucederá. Nos agobian, nos debilitan, nos hacen desconfiar de la ayuda divina, que nos parece demasiado lenta o intangible, y buscar urgentemente la ‘contante y sonante’. Pero cuidado, porque el dinero no sólo tiene la fatal característica de no ser de fiar (puede perderse o ser robado) sino también la de despertar una insaciable voracidad que vuelve a muchos esclavos suyos.

Cabe comentar que como todas las exhortaciones que nos hace Jesús, la de este domingo va encaminada a rescatar nuestra dignidad, a hacernos ver que somos hijos amadísimos de un Padre providente que vela por nosotros, que sabe lo que necesitamos y nos lo da en la medida en que nos hará un bien, nunca un mal. Y quiere que no vivamos preocupados para que no caigamos en la tentación de tratar de resolver nuestras preocupaciones haciéndonos servidores del dinero, pues el único Todopoderoso es el Señor, al Único que vale la pena buscar primero porque sabe lo que necesitamos y nos lo da, ya que, como Él mismo le dijo a Isaías, en la Primera Lectura que se proclama este domingo en Misa (ver Is 49,15), nos ama y nunca se olvidará de nosotros.

Roca o arena

El reportaje mostraba cómo, a más de un año de la tragedia que les inundó sus casas, un grupo de personas había logrado reconstruirlas y estaban luchando por salir adelante. El reportero se acercó a una señora cuyos niños jugaban en la calle y le preguntó: ‘¿Por qué siguen viviendo aquí?, ¿no les da miedo que otra vez les pase lo mismo?’. Ella respondió con un gesto de impotencia: ‘No nos queda de otra pues no tenemos recursos’. Y añadió: ‘Nomás esperamos que ojalá ya no haya más inundaciones’. Su respuesta era comprensible y tristemente real: cuando no se tienen los medios para poder cambiar una circunstancia desfavorable no hay más remedio que seguir en las mismas y aferrarse a la vaga esperanza de que todo salga bien. Pero entonces le preguntaron: ‘Y si sigue habiendo inundaciones, ¿qué harán?’, a lo que contestó: ‘Pues ahí sí que ver a dónde nos vamos, aunque dejemos aquí todo, pues qué otra, lo importante es salvar la vida.’ Su declaración muestra claramente que cuando nos acontece algo terrible que creemos no volverá a suceder, quizá podemos seguir igual que antes, confiando en que todo saldrá bien, pero si ese desastre se repite y se repite una y otra vez, entonces no es ya posible mantenernos como si nada, tenemos que buscar cambiar de situación urgentemente, por difícil que esto sea, porque la prioridad es salvarnos.

Esto, que aplica en el ámbito mundano, también aplica en el espiritual. Todos hemos tenido la devastadora

experiencia de haber sido embestidos por el pecado, pero a diferencia de la señora que espera que no le vuelva a suceder aquello que sufrió, nosotros tenemos que reconocer que el pecado que nos ha derribado en el pasado volverá a presentarse, y si ya caímos antes es muy probable que caigamos de nuevo, por lo que no podemos quedarnos en las mismas, tenemos que hacer algo concreto para evitar que esos embates terminen por destruirnos. Y ¿qué es eso concreto? Lo descubrimos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 7, 21-27).

En él Jesús comenta lo que sucedió a dos hombres cuando hubo una tremenda inundación que azotó contra sus respectivas casas. Uno la había construido sobre roca y la casa resistió, el otro la había construido sobre arena y fue arrasada. La conclusión es evidente: para evitar ser arrasados tenemos que asegurarnos de afianzar bien nuestro edificio espiritual, pero, ¿cómo se logra esto? Cimentándolo en Dios. Sólo Él es la Roca firme que garantiza que cuando suframos los embates que amenacen con derribarnos, logremos resistirlos. Ahora bien, ¿en qué consiste eso de cimentarnos en Dios? Jesús da a entender que consiste en escuchar Sus palabras y ponerlas en práctica (ver Mt 7,24-25). Antes ha dicho: *“No todo el que me llama ‘Señor, Señor’ entrará en el Reino de los Cielos sino el que cumpla la voluntad de Mi Padre”* (Mt 7, 21).

Vale la pena reflexionar sobre un punto: no basta llamarlo, no basta decirle o considerarlo el ‘Señor’, hay que escucharlo. Esto exige que hagamos un espacio en nuestra vida cotidiana para oír atentamente lo que Él tenga que decirnos; aprender a callar, a dejar que sea Él quien nos hable a través de Su Palabra, dedicar un tiempito diario para leer, por ejemplo, el Evangelio del día y dejar que lo que dice resuene en nuestro interior. Y luego, no basta tampoco escucharlo si permitimos que Sus palabras caigan en el vacío, hay que acogerlas, atenderlas, obedecerlas, tomarlas como algo que se dirige personalmente a nosotros, a cada uno, a ti. Que si son palabras sobre el perdón, nos sintamos personalmente llamados a perdonar; que si son palabras de reproche, nos sintamos

interpelados y procuremos corregirnos; que si son palabras de consuelo nos dejemos consolar.

Y no debemos olvidar algo muy importante: somos falibles y así como hemos caído, seguiremos cayendo, pero ello no es razón para darnos por vencidos de antemano o pensar, como la señora de la entrevista, que no tenemos recursos para cambiar. No. Como católicos, contamos con ayudas invaluable para 'reconstruirnos', por ejemplo el Sacramento de la Reconciliación, a través del cual recibimos el perdón de Dios y Su gracia para enmendarnos, y el Sacramento de la Eucaristía, que nos fortalece. Y también contamos con el valor de la experiencia: el recuerdo de nuestras caídas pasadas puede convertirse en algo muy positivo si lo aprovechamos para prevenir y evitar aquello que nos pueda hacer caer. Así como sería absurdo que el hombre del que habla el Evangelio reconstruyera su casa otra vez sobre arena, así resultaría absurdo que el que ha caído en cierto pecado vuelva a colocarse en la misma situación que lo hizo caer. Por ejemplo, quien ha caído en una adicción a la pornografía, ya no debe volver a ponerse a mirar material pornográfico; quien ha caído en el vicio del alcohol o las drogas, ya no debe frecuentar amistades o sitios que lo induzcan a tomar o a drogarse. Y así en todo. Conocer lo que nos hizo tropezar puede y debe servirnos para saber cómo evitarlo.

En la Primera Lectura (ver Dt 11, 18.26-28), se nos plantea que tenemos delante dos opciones: una bendición o una maldición, obedecer o desobedecer la voluntad del Señor. Como quien dice edificarnos sobre la Roca o sobre la arena. Escuchar o desoír Sus palabras. Ponerlas o no en práctica. Entrar en el Reino o quedar fuera...

Perdedores

Perdedor.

La palabra solía referirse a quien no ganaba en alguna competencia, pero de un tiempo a esta parte me he dado cuenta de que muchas personas la emplean en calidad de insulto: ‘¡eres un perdedor!’ , o, cuando menos, como adjetivo despectivo para dar a entender que cierta persona no es digna de consideración o respeto porque no ha obtenido determinados logros que se esperaban de ella, es ‘una perdedora’.

En un mundo que, como el nuestro, está frenéticamente orientado al triunfo, a obtener éxitos que causen asombro y admiración no es de sorprender pero sí muy de lamentar que se descalifique así a un semejante. Y es que usar este término implica un devastador desprecio hacia la otra persona derivado de una gran soberbia que da por hecho que el que habla es distinto a aquélla, es ‘triunfador’, y así le puede mirar por encima del hombro, desde la altura de un supuesto podium de ‘ganadores’ o ‘exitosos’ al que ha logrado -o cree que ha logrado- encaramarse.

El asunto es que resulta absurdo llamar a otro perdedor como si uno no lo fuera, ya que ¡todos lo somos! Sí, en este mundo es imposible no perder en algún momento dado. Nadie logra mantenerse en un ‘primer lugar’ por siempre. ¿Por qué negarlo, por qué tenerle tanto miedo al fracaso? Quizá porque la gente sólo aprecia a quienes ganan. Lo vemos, por poner un

ejemplo, entre los deportistas: si la figura aclamada ayer por sus triunfos consecutivos pierde hoy, posiblemente sus primeros fracasos sean todavía noticia, pero ella será olvidada mañana. Así pues, como en este mundo sólo los vencedores reciben aplausos mucha gente ha llegado a creer que no hay nada peor que perder y, cae en dos errores: un vano intento de deslindarse de los perdedores, ensañándose contra ellos (aquí aplica lo de la paja en el ojo ajeno, ver Mt 7,3) o empeñarse en afirmarse ‘campeona’ cuando no lo es (viene a la mente el caso de cierto político que decidió tomar un ‘ataje’ en un maratón y cruzó la meta con los brazos en alto dándose las de ganador y fue objeto de sarcásticas críticas). Ambas posturas son insostenibles, no queda más que asumir nuestra condición de ‘perdedores’ y aprender a reaccionar bien ante ella. ¿Cómo? Ante los fracasos de otros con misericordia (las Lecturas de este domingo nos llaman a ejercerla) y, ante nuestros fracasos, con la gozosa certeza de que somos queridos y apreciados aunque perdamos. Pero ¿es esto posible? ¡Sí!, y para muestra tenemos el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 9, 9-13).

En él se nos cuenta que Jesús invitó a un recaudador de impuestos a seguirlo. Para comprender el tremendo significado de esto cabe situarnos en contexto: en ese tiempo el pueblo judío estaba dominado por los romanos, que los gobernaban y cobraban impuestos. Podemos imaginar la ira y resentimiento que la gente sentía hacia sus dominadores y el coraje que le daba que hubiera judíos dispuestos a trabajar para ellos, no sólo por la total falta de solidaridad que implicaba ponerse al servicio de los enemigos sino porque además cometían abusos pues estaban autorizados para cobrar de más para sacar jugosas ganancias. El publicano era pues, lo que muchos llamarían ahora un ‘perdedor’, un hombre que había caído bajo aceptando una chamba que lo hacía despreciable a los ojos de sus contemporáneos. Cómo sería de malo el asunto que no sólo San Lucas, que suele tocar los temas con gran delicadeza en su Evangelio, sino incluso San Marcos, que se caracteriza por ‘claridoso’, no se atreven a decir que este publicano es nada menos que Mateo, el apóstol y evangelista, sino que optan por

mencionarlo por su otro nombre: Leví (ver Lc 5,27-32 y Mc 2,13-17). Es que nada bueno se pensaba ni se esperaba de un publicano. ¡Ah!, pero he aquí que frente a ese ‘perdedor’ pasa Aquel que no acepta las etiquetas negativas que colocamos a los demás y a nosotros mismos; que no se deja guiar por nuestros endurecidos criterios; que ve en todos lo mejor, nunca lo peor. Lo llama y Mateo, dejándolo todo, lo sigue. Se puede pensar que en un instante sabe comprender lo que diría Jesús más adelante, que de nada le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida (ver Mt 16, 26).

La situación de Mateo es la de todos nosotros. Al igual que él, todos hemos sido derrotados en nuestra lucha contra el pecado, todos podemos ser considerados ‘perdedores’, y ante esta realidad no tiene caso ni seguir aferrándonos ilusamente a la falsa noción de que los ‘perdedores’ son los otros ni llenarnos de culpa y de vergüenza pensando que no tenemos remedio. Sólo hay un camino, una solución: voltear la mirada hacia Aquel que viene hacia nosotros no sólo a pesar de que somos pecadores sino debido a que lo somos; mirar a Aquel que no vino por los que se sienten ‘lo máximo’ y creen que no lo necesitan, sino por los caídos, por los fracasados, por aquellos a quienes el mundo no juzga dignos de consideración pero a quienes Él considera muy dignos de atención, de cuidado, de amor. Nuestros fracasos no deben nunca hacernos sentir desanimados, con ganas de ‘arrojar la toalla’ y darnos por vencidos, porque para Jesús no somos nunca ‘perdedores’. Aun cuando perdamos muchas veces en nuestra lucha por alcanzar la santidad, aunque el ‘marcador’ nos sea muy desfavorable Él se mantiene en nuestra ‘porra’, sigue fielmente de nuestro lado, no se decepciona, no se desespera, no se va. No importa cuánto fallemos, jamás nos abuchea ni nos arroja cojines o jitomatazos; no deja nunca de creer en nosotros, de esperar nuestro triunfo, de confiar en que venceremos; cree en nosotros más que nosotros mismos, y nos ayuda a levantarnos.

Pidamos a San Mateo que nos enseñe a imitarlo en no temer reconocernos pecadores, es decir, ‘perdedores’, porque ahora sabemos que hay Uno que ha venido a buscarnos precisamente porque lo somos, y a Él no le importa cómo,

cuánto tiempo o por qué nos hayamos o nos hayamos perdido,
sino que nos dejemos ganar por Él...

Mirada, compasión y respuesta

Si tuviera que resumir en tres palabras el texto del Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 9, 36-10,8), elegiría: ver, compadecer y responder.

Ver

De entrada dice: “*al ver Jesús a las multitudes*” (Mt 9, 36), y vale la pena reflexionar sobre esto. Ese ver de Jesús no es un pasar la mirada sobre una masa informe, sin facciones, no es tampoco un mirar de reojo como hace mucha gente por ejemplo ante quienes les piden una ayuda o una limosna, pues no quiere enfrentar su mirada cuando se las niegan, no. Es un ‘*ver*’ con atención, es posar la vista en cada rostro y captar su expresión y lo que hay detrás de ésta: quizá tristeza, desánimo, dolor, desesperación. Es atreverse a detenerse en esas arrugas, en ese rictus de amargura, en esos ojos que interrogan, que quizá todavía se atreven a esperar y miran fijamente aguardando una respuesta...

Compadecer

Se nos dice que al ver Jesús a las multitudes “*se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y desamparadas, como ovejas sin pastor*” (Mt 9,36). Lo que Jesús ve lo mueve a compasión. ¿Qué es la compasión? No es sentir lástima, como

algunos equivocadamente creen. No es una especie de sentimiento de superioridad que te hace ver al que sufre hacia abajo y limitarte a ‘pobretearlo’. No. Compadecer significa ‘padecer con’, es decir, hacer tuyo el sufrimiento del otro, atreverte a sentir como él, ponerte en su lugar y experimentar como propio lo que le sucede.

No es fácil compadecerse, no es algo que se pueda hacer sin consecuencias. Deja una llaga en el alma, una herida que duele; deja un dolor que obliga a buscar alivio, pero ese alivio no llega en tanto no se sane lo que lo provocó. Es imposible compadecerse y desentenderse. Por eso tanta gente le huye a la compasión. Prefiere la lástima por cómoda y efímera. Lo malo es que un corazón que no se compadece es un corazón que no ama, y un corazón que no ama termina por endurecerse y echarse a perder. Jesús es todo amor y todo corazón, así que no puede evitar compadecerse. Y lo hace más intensamente que nosotros porque en nuestra compasión interfiere nuestro pecado, nuestro propio egoísmo, prejuicios, miedos, nuestra resistencia a dejarnos llevar por temor a no saber a dónde iremos a parar, en cambio como el de Él es un corazón puro, perfecto, sin pecado, todo lo siente a profundidad, sin barreras ni pretextos, por lo que Su compasión es una verdadera sacudida que lo estremece de pies a cabeza y lo mueve a hacer de inmediato algo al respecto.

Responder

Y he aquí algo muy sorprendente. La manera que tiene Jesús de responder ante esta multitud por la que se compadece no es hacer un milagro espectacular que resuelva los problemas de todos en un segundo, sino dar a Sus discípulos el “*poder para expulsar a los espíritus impuros y curar toda clase de enfermedades y dolencias*” (Mt 10,1) y lanzarlos a anunciar el Reino de Dios ejerciendo gratuitamente el poder que gratuitamente recibieron.

Es extraordinario que pudiendo hacerlo todo Él solo, Jesús opte por solicitar la colaboración de doce hombres que, por la lista que nos presenta San Mateo, sabemos que estaban bien lejos de ser los más preparados, los más inteligentes o los

mejores. Había unos que no sabían leer, otros que tenían mal carácter y por lo pronto sólo aspiraban a obtener algún buen puesto; uno que era despreciado por su anterior ocupación; alguno que según otro robaba lo que le encomendaban, y muchos con problemas de ‘actitud’ y numerosas dudas sin resolver, como quien dice un grupito de individuos sin currículum ni credenciales que los acreditaran para la labor que se les encomendó y, sin embargo, Jesús los envió y ellos fueron. ¡Qué maravilla!

Así como sucedió entonces sucede ahora. Jesús sigue mirando a las multitudes y sigue compadeciéndose de ellas porque hoy más que nunca están extenuadas y desamparadas como ovejas sin pastor.

Un amigo mío que padeció cataratas en ambos ojos que a lo largo de los años lo fueron dejando casi ciego, por fin un día se sometió a esa operación que bien puede ser catalogada como milagrosa y recuperó la vista, y me comentó: ‘lo que más me ha impactado es que ahora que no veo borrosas las caras me doy cuenta de que casi todas tienen una tremenda expresión de desánimo, de pesar, de cansancio, de amargura’. Su descripción encaja con lo que describe el Evangelio. Basta mirar alrededor y escuchar lo que las personas platican, para percibir su desazón, su miedo, su desamparo. ¡Ah!, ojalá nos atrevamos a verlas como las ve Jesús, y no sólo eso, ojalá también nos atrevamos a experimentar una compasión como la Suya, que nos mueva a sentir que es urgente que se les anuncie la buena nueva del Reino de Dios, y, por último, ojalá que, al igual que los apóstoles, nos sintamos personalmente llamados a responderles y, sin alegar que no tenemos el tiempo o la preparación suficientes, nos dejemos enviar y convertir así en la respuesta, gozosa y esperanzadora, de Dios para el mundo.

Que lo sepa el mundo

Te da miedo decir que eres católico?

Algunos quizá consideren que esta pregunta está fuera de lugar, pues ya pasó la cristiada; a otros tal vez les parezca rarísimo que se les haga semejante pregunta pues jamás en su vida han sentido que su fe los ponga en situación de asustarse, pues no tienen el menor problema por ser católicos ya que no se les nota en nada, no se diferencian de los demás, son igual de egoístas, igual de tramposos, igual de rencorosos que cualquiera, su supuesta fe no los hace distintos, no los mete en problemas.

Pero sin duda hay un grupo de creyentes a los que puede ser que sí les dé miedo decir que son católicos pues viven o trabajan en un ambiente en el que ostentarse como tales puede convertirlos en objeto de burlas e injusticias pequeñas y grandes. Por ejemplo: se ha sabido de numerosos miembros del personal de salud que por negarse a realizar abortos han sido hostilizados en sus trabajos y en no pocos casos han sido reasignados a puestos con inferior sueldo, o, de plano, despedidos. Y es que ser católico no significa solamente ir un ratito a estar (de cuerpo presente y mente ausente) en Misa el domingo, colgar un Rosario al espejo del coche o tener una imagen de la Virgen de Guadalupe en la casa o la cartera, no. Ser católico implica ir a contracorriente de un mundo que vive y promueve valores contrarios al Evangelio, implica atreverte a decir la verdad cuando se te pide o facilita mentir;

ser capaz de perdonar y devolver bien por mal cuando se te empuja al odio y la venganza; saber mantenerte humilde y proceder con honestidad y justicia cuando se te anima a escalar posiciones aplastando a otros con transas y abusos. Implica, en suma, aventurarse a vivir en continua contradicción con quienes se rigen por valores opuestos a los propios. Ello necesariamente provoca consecuencias que a muchos les da miedo enfrentar, razón por la cual prefieren renunciar a defender sus principios y su fe y conformarse con vivir sin ‘hacer olas’.

Como oportuna respuesta, en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 10, 26-33) Jesús insiste tres veces en que no hay que ceder a ese miedo. Da, como primera razón, que todo lo que ahora es oculto o secreto llegará a saberse. ¿Qué significa esto? Quizá pueda interpretarse como que el creyente no debe temer ser objeto de críticas, chismes, calumnias por parte de los enemigos de la fe, pues a su tiempo todo se sabrá, la verdad saldrá a flote, se descubrirán los abusos cometidos, será reivindicado quien haya sufrido por ser discípulo de Cristo. Así pues ante la oposición el creyente no sólo no debe replegarse ni callar sino alzar más la voz. Dice Jesús: *“Lo que les digo de noche, repítanlo en pleno día, y lo que les digo al oído, pregónenlo desde las azoteas.”* (Mt 10, 27), es decir, que no hay que temer que se sepa lo que uno cree, no hay que tener miedo a que se conozca, por ejemplo, que uno defiende la vida desde la concepción hasta la muerte natural, se opone a la pornografía y la violencia, y lucha por promover valores morales en su familia y comunidad. No hay que flaquear aun cuando por ello se pierdan amistades, empleos, libertades y hasta la vida. Jesús insiste en que no hay que tener miedo de quienes puedan matar el cuerpo, porque no pueden matar el alma (ver Mt10, 28). Como quien dice, hace muy mal negocio quien por conservar el cuerpo y su aparente bienestar, pone en peligro lo que verdaderamente importa, que es su alma.

Por tercera vez en un texto tan breve (lo cual lo hace todavía más significativo) insiste Jesús en que no hay que tener miedo, y pone varios ejemplos para hacernos comprender

que el Padre vela por nosotros, de lo que se deduce que no permitirá que nos pase nada que no sea para nuestro bien y salvación eterna.

Termina Jesús haciendo una seria advertencia: *“A quien Me reconozca delante de los hombres, Yo también lo reconoceré ante Mi Padre, que está en los cielos; pero al que Me niegue delante de los hombres, Yo también lo negaré ante Mi Padre, que está en los cielos”* (Mt 10, 32-33). ¡Es alto el precio de ceder a la tentación de ocultarle al mundo nuestra fe!, y ¡es grande también la recompensa de mantenernos firmes! Pidamos a Dios que nos conceda una fe fuerte y valerosa como la del profeta Jeremías, de quien vemos, en la Primera Lectura, que cuando estaba rodeado de enemigos que cuchicheaban y conspiraban contra él, lejos de atemorizarse y claudicar reforzó su confianza en Dios, afirmando: *“el Señor, guerrero poderoso, está a mi lado; por eso mis perseguidores caerán por tierra y no podrán conmigo; quedarán avergonzados de su fracaso y su ignominia será eterna e inolvidable”* (Jer 20, 11).

Compensación

‘**T**e cargo tu mochila...hago tu cama toda esta semana...te dejo que uses mi nuevo videojuego...te regalo la calcomanía que te gustó...te doy de mi chocolate...’

Escuché esta inusitada retahíla de ofertas mientras hojeaba una revista haciendo fila en un supermercado y volteé curiosa a ver de dónde provenía: de un niño como de diez años que se dirigía a su hermanita mayor, quien le escuchaba impávida, volteando para otro lado, haciéndose la remolona posiblemente para ver qué más podía obtener.

Comprendí que se trataba de una ofrenda de paz con la que el chamaquito quería conseguir el perdón de la niña, pues cuando ya no se le ocurrió qué más ofrecer concluyó con un conmovedor: ‘ay ya conténtate, ándale, por fa, ya no estés enojada...’, acompañado de una serie de cómicos gestos ante los cuales la aludida claudicó porque, como decimos en México, ‘le ganó la risa’. Así, todo acabó bien y los niños abrazados se fueron a esculcar un botadero de muñecos mientras su mamá y yo intercambiábamos miradas divertidas.

A los ojos de esta chiquilla, alguna ‘trastada’ que le hizo su hermanito ameritaba por lo visto muchas compensaciones para que ella pudiera perdonarlo. Eso me hizo preguntarme cuántas compensaciones ameritarán a los ojos de Dios nuestras ‘trastadas’.

Se puede encontrar una respuesta en el Evangelio que se proclama este domingo en la Misa vespertina de la vigilia de la Solemnidad de los Santos Pedro y Pablo Apóstoles (ver Jn 21, 15-19).

En él se narra un encuentro que tuvo Jesús Resucitado con Simón Pedro, el apóstol que en la Última Cena presumió de su adhesión al Maestro, minutos después lo dejó solo en el Huerto, salió huyendo cuando Aquel fue aprehendido y después negó enfáticamente ser discípulo Suyo no una ni dos sino ¡tres veces!, el que hizo algo mucho más grave que una ‘trastada’ infantil, algo que si nos lo hubiera hecho a nosotros probablemente consideraríamos imperdonable, algo para lo cual no imaginaríamos que pudiera haber compensación, y sin embargo, como se ve en ese encuentro, la hubo. Y no fue, como hubiera cabido esperar, costosísima, dificultosa o imposible de cumplir, no. Se trató de una compensación única, sencilla y sobre todo sanadora, que buscaba no sólo la reparación de la falta sino de quien que la cometió, buscaba restaurarlo en su integridad, sanar las fracturas que le provocó su vergonzosa caída y devolverle su dignidad. Se trató, simplemente, de esto: compensar el desamor con el amor.

Nos narra San Juan que Jesús le pregunta tres veces a Simón Pedro si lo ama. Y ante la respuesta triplemente afirmativa de éste procede a encomendarle Su rebaño.

Qué extraordinario que todo lo que Jesús espera de este apóstol para encargarle la delicada e importantísima misión de guiar a Su Iglesia sea su amor. No le exige temibles penitencias, no lo somete a aterradoras pruebas, no se hace el ‘difícil’ para ver qué le saca, no. Sólo le pide que lo ame, pero verdaderamente, con un amor que en esta triple proclamación se expresa hondo, profundo, arraigado de veras en el corazón.

¡Ah, qué consolador resulta saber que tenemos un Señor que cuando caemos no espera otra reparación que la de amarlo, lo cual nos hace bien primero a nosotros y resulta siempre dulce y fácil de cumplir!

Esto nos señala también el rumbo para superar no sólo nuestras faltas sino el desánimo pesimista que nos puede agobiar por haberlas cometido. Para Simón Pedro marcó un

borrón y cuenta nueva que le permitió empezar de ceros, y es lo mismo para nosotros. Compensar lo malo con lo bueno, desatenciones con atenciones, desafecto con afecto, indiferencia con deferencia, frialdad con ardor, he ahí una fórmula maravillosa para devolver la salud al alma y restaurar la amistad con el Señor.

San Francisco de Sales daba este sabio consejo: “Si en vez de andar regañándonos a nosotros mismos al recordar nuestras debilidades y miserias espirituales nos dedicáramos a llenar nuestro día de pequeños actos de amor a Dios, con esto conseguiríamos más energía para destruir nuestros pecados que con todos los suspiros de tristeza que podamos tener...No hay nada definitivamente perdido por haber empezado mal, con tal de que terminemos obrando bien.”

El Señor nos invita a obrar bien cada vez que obramos mal, nos invita a levantarnos cuando caemos, recomenzar cuando creemos que nos llegó el final. Y no se cansa de tendernos la mano, mirarnos amoroso y plantearnos no un reproche, no un ‘te lo dije’, sino una sola pregunta que nos abre siempre un camino a la esperanza: ‘¿Me amas?...

Sencillamente

En una entrevista comentó un empresario que en la enorme organización para la que trabaja, los ejecutivos fueron sometidos a una prueba para medir su estrés, y los resultados mostraron que la persona que ocupa la dirección no tenía altos sus niveles, a diferencia de sus gerentes y ejecutivos quienes parecían candidatos a un inminente infarto.

Esto les llamó mucho la atención y se animaron a preguntarle cómo es que llevando sobre sus hombros todo el peso de tener que tomar decisiones que afectan a miles y miles de empleados no vive en una tensión tremenda e insoportable. Les respondió serenamente: ‘Es que todo ese peso no lo llevo yo sobre mis hombros, sería una locura, lo lleva Dios’, y explicó: ‘Cada mañana dedico un tiempo a orar con mi agenda en la mano para ir encomendándole todo lo que enfrentaré: las juntas que tendré, las personas con las que me reuniré, las decisiones que habré de tomar. Cuando puedo ir también a Misa entre semana voy, o rezo un rato ante el Santísimo y siempre procuro leer Su Palabra para hallar respuestas. Luego, a lo largo del día, en medio de mis ocupaciones, aunque tengan muchas, con frecuencia me dirijo hacia Él y le pido: ‘ayúdame’, o ‘ilumíname’, con la plena seguridad de que lo hará. Y al final de mi jornada siempre me doy otro tiempo para orar, repasando lo que hice, dándole gracias por todo y pidiéndole Su ayuda para lo que tenga que hacer al día siguiente. Así vivo con gran tranquilidad y siempre me voy a

dormir plácidamente sabiendo que todo está en las mejores manos, las de Dios’.

Impresiona descubrir que una persona que ocupa un puesto tan alto tenga la sencillez de reconocer que por sí misma no puede nada, que todo lo que necesita para salir adelante le viene de Dios. Me hizo recordar lo que dice Jesús en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa: “*¡Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla!*”(Mt 11, 25).

Es interesante hacer notar que Jesús no pone como opuesto de sabios y entendidos a ignorantes o tontos, sino a sencillos. ¿A qué se refiere el Señor?, ¿de quién se puede decir, hablando de su carácter, que es ‘sencillo’?, de alguien que no se ‘cree mucho’, que no presume, y al que no le da pena reconocer sus errores o necesidades, pedir perdón o pedir ayuda. Un buen ejemplo es esa persona antes mencionada, pues a pesar de su importante cargo y de sus innegables conocimientos no se ‘cree mucho’, sino que sabe reconocer que sin Dios no es nada, sabe buscarlo con toda naturalidad y fiarse de Él completamente. ¿Cuál es el resultado de esto? Que no pierde la paz, que no va por la vida como el ‘pípila’, arrastrándose bajo un peso agobiante, sino que ha sabido hacer lo que pide el Señor al final del texto de este Evangelio dominical: “*Vengan a Mí todos los que están fatigados y agobiados por la carga, y Yo les daré alivio*” (Mt 11, 28).

¡Ah, si respondiéramos a esta invitación qué distinta sería nuestra existencia!, no viviríamos tensos, sumergidos en un torbellino de preocupaciones que nos arrastra, no necesitaríamos calmantes, terapias, no buscaríamos el alivio en donde no está. El problema es que nos falta el requisito indispensable para conseguir esto: la sencillez de corazón para dejar de complicarnos inventando pretextos y razones y tener en cambio la humildad de dejar al Señor al mando de nuestra vida.

Viene a la mente algo más que compartió esa persona (y que resulta significativo ahora que nos preparamos para celebrar en unos meses la Jornada Mundial de las Familias,

pues muestra la importancia de la fe íntima y simple que se aprende en casa). Dijo que aprendió a poner su seguridad en Dios desde su niñez, pues cada noche antes de irse a dormir, su papá se arrodillaba sencillamente para rezar ante el crucifijo que había sobre su cama. Y al ver a su papá así, pensaba: ¡qué grande debe ser Dios, pues mi papá, que es tan importante, se arrodilla humildemente ante Él!, y ¡qué confianza le ha te tener, pues lo hace descalzo y en pijama!’

Con la palabra en la boca

¿Alguna vez te han dejado ‘con la palabra en la boca’?, ¿querías decir algo y la otra persona se dio media vuelta o colgó el teléfono o simplemente se negó a escucharte? Es frustrante quedarte sin poder expresar tu pensamiento, sin desahogar lo que traías dentro, pero imagínate cuánto más frustración sentirías si supieras con absoluta certeza que lo que ibas a decir iba a salvar la vida de una persona muy querida o a ahorrarle un gran sufrimiento o a hacerle un enorme bien, pero ésta no quiso prestarte atención. Ver que le pasan cosas malas que hubiera podido evitarse si te hubiera dejado hablar es algo que sin duda te provocaría pena, impotencia, tristeza y hasta un poco de enojo. Ahora imagínate cómo se ha de sentir Dios, cuya Palabra es fuente de luz cuando por no quererla oír permanecemos a oscuras.

En el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 13, 1-23) Jesús habla de un sembrador que sale a sembrar semilla (es decir, Palabra de Dios), por dondequiera que va. De entrada eso ya habla de lo mucho que Él desea que Su Palabra llegue a todos y en todas partes, ¿por qué? porque como dice la Primera Lectura (ver Is 55, 10-11), Su Palabra es como semilla buena, siempre fértil y capaz de cumplir la misión a la que es enviada, ¿cuál? la de socorrernos, consolarnos, guiarnos hacia la salvación.

Nos cuenta Jesús qué sucede con ésa, Su Palabra fecunda:

Dice que algunas veces parece semilla que al caer es de inmediato comida por los pájaros, pues el diablo la arrebató del corazón de quien la escucha. Vienen a la mente los que la oyen, por ejemplo, en Misa permitiendo que entre por una oreja y salga por la otra, sin prestarle atención, sin dejarse mover o conmover por ella.

Dice que a veces la Palabra crece como semilla en suelo pedregoso y se seca por no tener raíz pues quien la escucha no profundiza en ella ni deja que arraigue en su corazón ni está dispuesto a afrontar el menor problema por su causa. Esto recuerda a quienes alguna vez se emocionan con algún bello texto de la Sagrada Escritura, se hacen el propósito de leer ésta con asiduidad y quizá hasta compran un bello ejemplar, pero luego de hojearlo alguna vez se topan con algo que no entienden o que les parece demasiado exigente, o bien reciben burlas de familiares o compañeros de trabajo por leer la Biblia y terminan por dejarla empolvando en un librero.

Dice también Jesús que a veces la Palabra crece como semilla entre espinos que la sofocan pues la persona que la escucha se deja distraer por otras cosas. Ello hace pensar en quienes ponen de pretexto un torbellino de actividades y asuntos urgentísimos para justificar no tener cabeza, ánimo o tiempo que ‘perder’ leyendo la Palabra.

En todos los casos hay un elemento común: la Palabra fue desaprovechada y quien la desaprovechó quedó por ello como un terreno estéril en el que no brotó ni flor ni fruto.

Finalmente dice el Señor que a veces, y casi podemos sentir la gozosa emoción en Su voz, la Palabra es como semilla que cae en tierra buena porque quienes la escuchan “*la entienden y dan fruto: unos el ciento por uno; otros, el sesenta, y otros el treinta*” (Mt 13,23).

Cabe considerar que se refiere a quienes se atreven a poner a Dios en el centro de sus vidas y aunque tengan muchísimos ‘pendientes’ saben dedicar un rato cada día no sólo para hablarle a Dios sino para escucharlo, para hacer silencio y abrir el corazón a lo que Él tenga que decir, para darle oportunidad de que responda a través de Su Palabra. Por poner un ejemplo, quizá leen despacio y atentamente en el

misal los textos bíblicos que se proclamarán en la Misa del día, y los meditan y saborean hasta encontrar algo que los ilumine y produzca en ellos abundantes buenos frutos de paz, amor, alegría, esperanza...

Al contar la parábola del sembrador Jesús afirmó que *“al que tiene se le dará más y nadará en la abundancia; pero al que tiene poco, aun eso poco se le quitará”* (Mt 13, 12).

Podemos interpretar esto no como referido a que habrá una injusta repartición de bienes materiales, sino a que quien reciba la Palabra y guste (en el amplio sentido) de ella descubrirá que cada vez la disfruta más, la entiende más claramente, la recuerda y aprovecha mejor, y da más y más frutos, y, por el contrario, quien se priva de ella será como quien deja de comer, que poco a poco va perdiendo el apetito hasta desfallecer.

Comentaba San Francisco de Sales que siempre prefería dejar hablar a los demás, porque él ya sabía lo que él diría, pero en cambio desconocía lo que otros podrían decirle, y no deseaba desaprovechar la oportunidad de aprender de ellos. Habría que aplicar esto con relación a Dios y procurar callar para escucharlo pues tiene siempre algo nuevo que decirnos o enseñarnos. No dejarlo nunca ‘con la Palabra en la boca’ sino más bien abrir nosotros la boca, pero no para hablar, sino para dejar que Él nos alimente con Su Palabra.

Cizaña vs trigo, mostaza y levadura

¿Alguna vez te has preguntado por qué Dios permite que haya gente mala que hace cosas malas?, ¿por qué no las barre de la tierra de una vez por todas o manda fuego del cielo que las achicharre? Si te lo has preguntado, quizá exasperadamente, no te pierdas las Lecturas que se proclaman en Misa este domingo porque ofrecen respuestas que quizá no habías considerado.

En el Evangelio Jesús cuenta acerca de un hombre en cuyo campo brotaron al mismo tiempo trigo que él había sembrado y cizaña que había sembrado un enemigo suyo, y cuando sus empleados le propusieron arrancar la cizaña se negó porque dijo que no quería correr el riesgo de que al arrancar la cizaña se arrancara también el trigo.(ver Mt 13, 24-30).

¿Te das cuenta? La primera razón que tiene Dios para no achicharrar a algún maloso es porque en una de éstas la achicharrada ¡te toca a ti! ¿Y a mí por qué?, dirás. Quizá estás pensando en que si los ejércitos modernos cuentan con las llamadas ‘bombas inteligentes’ que supuestamente caen en objetivos muy precisos sin dañar lo que está alrededor (lo cual como desgraciadamente se ha visto es falso), entonces Dios bien podría deshacerse de los malos sin tocar a nadie más, específicamente a ti. ¡Ah!, pero he aquí la cuestión: que no

estamos viviendo una telenovela en la que los malos son siempre malos y los buenos siempre buenos. A veces los buenos hacen cosas malas y viceversa. Entonces si cuando un bueno hiciera algo malo le cayera un rayo, quizá hace tiempo que a ti y a mí ya nos hubieran fulminado. Ah, ¿verdad? en nuestro afán de acabar con los malos se nos olvida que los malos no son los ‘otros’ sino que en muchas ocasiones desgraciadamente también nos queda ese calificativo ¡a nosotros! Y si Dios no nos destruye de un plumazo no es porque no pueda, sino por lo que dice bellamente la Primera Lectura (ver Sab 12, 13.16-19): porque elige gobernarnos con delicadeza.

Esto me recuerda algo que salió en la televisión el otro día: un reportaje sobre una leona que llevaba a sus cachorros por el cuello. Quién sabe cómo le hacía porque si se le hubiera pasado la mano (o mejor dicho el colmillo), les hubiera cercenado la aorta y se hubieran desangrado en segundos, pero los llevaba con tal cuidado que no les pasó nada. Así sucede con nosotros y Dios. Le dice el libro de la Sabiduría: “*Siendo Tú el dueño de la fuerza, juzgas con misericordia y nos gobiernas con delicadeza, porque tienes el poder y lo usas cuando quieres*” (Sab 12,18). Enfatiza que Dios elige ser delicado y misericordioso, ¿por qué?, lo dice también: porque quiere darnos tiempo a arrepentirnos. Ello nos invita a considerar dos cosas: la primera, que no sabemos cuánto tiempo nos dará, así que más nos vale aprovecharlo porque puede terminarse antes de lo que pensamos (y no digamos que no nos lo ha advertido, pues continuamente nos pide que estemos preparados porque no sabemos ni el día ni la hora). Y que mientras nos dure el tiempo, no estamos llamados a quedarnos de brazos cruzados mirando desanimados la abundancia de cizaña que nos rodea, sino a hacer nuestra parte para edificar el Reino confiados en que éste crecerá más que la cizaña. ¿Cómo lo sabemos? Porque además de presentarnos la parábola de la cizaña este domingo, la Iglesia incluyó otras dos que nos hablan de cómo el Reino de Dios se parece a una semilla de mostaza o a un poco de levadura, cosas

aparentemente insignificantes pero que llegan a aumentar su tamaño de manera impresionante (ver Mt 13, 31-11).

Entre paréntesis cabe comentar que si hubiéramos estado leyendo la Palabra en casa, quizá hubiéramos dado vuelta a la hoja y cerrado la Biblia al terminar de leer la parábola de la cizaña, pero algo muy rico que tiene el leer los textos bíblicos en Misa (además de en casa, desde luego), es que como se incluyeron también aquellas otras dos parábolas, eso nos obliga a preguntarnos por qué y a profundizar en lo que puede significar que se nos presenten juntas en un mismo contexto. Y una posible interpretación sería ésta: se nos está invitando a recordar que el Reino de Dios está siempre creciendo, siempre en expansión, por lo que no hay que desanimarse si es mucha la cizaña pues es más lo que está creciendo el Reino, no importa si parece que tiene un comienzo minúsculo y débil: lo anima Dios que, como dice la Primera Lectura, tiene todo el poder y toda la fuerza.

Así pues, dejemos de repelar por la maldad en el mundo (ya seremos todos llevados a juicio un día, como lo deja claro Jesús al final del Evangelio) y no caigamos en la tentación de desalentarnos pensando que si hacemos algo bueno en el campo del Señor ni se nota ni provoca ninguna diferencia; sí la provoca. No olvidemos que cada gesto de perdón, de amor, de comprensión, de bondad, de clemencia, de solidaridad aunque aparentemente sea insignificante es semilla de mostaza, es levadura que hace crecer el Reino, calladamente, poquito a poco, hasta llegar a transformarlo todo.

Recompensa cierta

¿Alguna vez has tenido que luchar y esforzarte muchísimo para lograr un sueño, una meta? Sin duda fue una experiencia que implicó sacrificar muchas cosas, pero sin duda consideraste que aquello a lo que aspirabas bien valía los sacrificios; si alguna vez te las viste ‘negras’ y empezaste a flaquear en tus propósitos, el recordar tu objetivo seguramente te ayudó a recobrar las fuerzas y seguir adelante con renovado brío; y cuando por fin alcanzaste aquello que te habías propuesto, ¡qué alegría y qué satisfacción! Si en esos momentos alguien se hubiera acercado a recordarte pesaroso todo lo que tuviste que dejar para llegar hasta allí, lo más probable es que le hubieras respondido que no importaba, que no era nada comparado con lo que habías conseguido.

Consideremos esto: ¿Qué atleta que acaba de ganar una medalla de oro en una olimpiada, y escucha emocionado el himno de su país, desde el podio de ganadores, se pondría a lamentar el tiempo que por entrenar no fue a divertirse con sus amigos? ¿Qué madre que toma en brazos a su recién nacido lamentaría en esos instantes lo fatigoso que resultó pasarse embarazada nueve meses? ¿Qué padre de familia que mira con orgullo a su hijo recibir por fin su título profesional se pondría en ese momento a pensar que fue una lástima haber tenido que trabajar y ahorrar tanto para pagar la carrera de su muchacho?

Se puede asegurar que no hay nadie que a la hora feliz de disfrutar el fruto de su legítimo afán mire hacia atrás

arrepentido por lo que tuvo que afanarse. Claro, ante el éxito obtenido es fácil justificar los esfuerzos realizados. Lo trabajoso es justificarlos -y mantenerlos-cuando todavía se está en medio de la lucha y las cosas se ponen difíciles y se teme que, como a veces lamentablemente sucede, por más que uno se empeñe todo sea en vano pues no se obtenga el resultado anhelado. Es muy ‘humano’ caer en la tentación de pensar que no vale la pena batallar por algo que quizá nunca se haga realidad. En este sentido, lo que dice Jesús al inicio del Evangelio que se proclama este domingo en Misa resulta sumamente alentador (ver Mt 13, 44-52).

Hace ver que en las cosas de Dios no sucede, como en las cosas del mundo, que al final todo quede en mera ilusión; sino que trabajar por el Reino es como hallar un tesoro enterrado en un campo o una perla finísima, se puede vender todo para comprar aquello con la absoluta seguridad de que realiza el mejor negocio.

Resulta conmovedor que el Señor tenga que hablarnos de tesoros y perlas para ver si entendemos nosotros los que tenemos los ojos demasiado puestos en las deslumbrantes pero chatas realidades de este mundo, que el Reino es lo único que realmente merece la pena. Es evidente que se da cuenta de que necesitamos que nos anime, porque como edificar el Reino requiere que renunciemos a cuanto le sea contrario, entre lo que se cuenta mucho de lo que el mundo actual promociona y ofrece; es indispensable aprender a decir no y a no ceder a la conveniencia, placer o comodidad del momento, lo cual nos puede poner en situaciones difíciles, sobre todo cuando nos vemos criticados, cuestionados o presionados por personas que no comprenden ni aprueban que no participemos de lo que consideran ‘se usa’, ‘está de moda’ o es ‘normal porque todos lo hacen’.

En estos tiempos en que mucha gente quiere recibirlo todo sin mover ni un dedo o en que mucha gente se agota por obtener logros que son efímeros y que no dejan nada en el alma, el mensaje de Jesús nos anuncia: que lo único por lo que vale la pena darlo todo es el Reino. Por dos razones: La primera, porque aquí no hay ninguna duda de si tu esfuerzo

obtendrá o no recompensa: puedes tener la absoluta seguridad de que sí la obtendrá (ya vimos la semana pasada que en el Reino aun lo más insignificante y que aparentemente pasa desapercibido es tomado en cuenta por Dios), y, la segunda, porque esa recompensa no se compara con nada que pudieras obtener en este mundo, pues te otorga la ciudadanía de un Reino que comienza aquí pero no termina aquí, pues continuarás viviéndolo y disfrutándolo toda la eternidad.

Más para todos

Hay situaciones que quizá te ha tocado vivir, en las que sientes que lo que tienes no alcanza para nada. Y no me refiero a dinero sino a lo que tienes en el corazón, en la mente, en la voluntad, en suma, en tu ser, en tu interior, no alcanza, no da para más, resulta a todas luces insuficiente.

Quizá se trata de que ya no tienes amor para determinada persona que te ha hecho llegar a tu límite; o ya no sabes de dónde sacar paciencia para aguantar un poco más a ese pariente insoportable, a ese compañero de trabajo, a ese miembro de la comunidad que parece dedicado a alterarte los nervios; o puede ser que no encuentras por ningún lado la capacidad de comprender y perdonar a alguien que te ha herido y decepcionado profundamente; o es posible que por más vueltas y vueltas que le das a cierto asunto no le hallas solución, no sabes cómo resolver una dificultad que te agobia; o tal vez se trata de que descubres que te faltan fuerzas para superar una adicción, un vicio, una conducta, una actitud que te daña y daña a otros.

Lo que nos narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 14, 13-21) es una de estas situaciones aparentemente irremediables: Había miles de personas y sólo cinco panes y dos pescados para alimentarlas.

La desproporción entre los incontables hambrientos y la escasísima comida era tan grande que cualquiera consideraría absurdo que se hubiera pretendido siquiera usar

ésta para alimentar a aquéllos. Desde el punto de vista meramente humano resulta no sólo absurdo, también ridículo. ¡Ah!, pero no desde el punto de vista de Dios. Para Él nada es demasiado poco (recordemos que tiene la costumbre de hacer brotar de una semilla minúscula algo que crece desmesuradamente), y para Él no existe la palabra imposible.

Nos cuenta San Mateo que Jesús *“tomó los cinco panes y los dos pescados, y mirando al cielo, pronunció una bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos para que los distribuyeran a la gente. Todos comieron hasta saciarse y con los pedazos que sobraron llenaron doce canastos.”* (Mt 14, 19-20).

Sucedió así lo que se conoce como la multiplicación de los panes y los peces, un hecho insólito que sacudió profundamente a quienes lo presenciaron. Muchos se preguntan: ¿qué pasó aquí?, ¿qué ocurrió? ¿Realmente Jesús hizo que se multiplicaran los panes y los peces o hay que entender esto en un sentido simbólico? Hay quien supone que lo que aquí aconteció fue un gesto notable, pero simplemente humano, de solidaridad. Que viendo la buena voluntad con la que los acomedidos apóstoles repartían su raquíptico almuerzo, muchos de los ahí presentes que llevaban escondido su ‘itacate’ pensando en convidar sólo a sus allegados, a la mera hora se sintieron conmovidos y decidieron sacarlo para ponerlo a disposición de todos, y que por eso sucedió como en los convivios parroquiales de ‘traje’, en los que como todos llevan algo, al final queda tanto que cada uno puede llevarse un bocadito a casa. Pero a quien esto afirma habría que preguntarle ¿por qué entonces los evangelistas dan a entender otra cosa? Hay que señalar que los cuatro mencionan este milagro y en ninguna parte dicen, como podrían haber dicho, que los ahí presentes compartieron unos con otros lo que llevaban. Nada de eso. En los cuatro Evangelios queda clarísimo que miles de personas comieron de los cinco panes y dos peces, que aquí se dio un verdadero milagro: que Jesús tomó eso que no alcanzaba para nada y lo hizo rendir extraordinariamente, como sólo Dios puede hacerlo.

Alguien podría preguntarse: ¿y qué nos importa hoy lo que sucedió entonces? A lo que habría que responder que sí nos importa porque este asunto contiene un mensaje maravillosamente esperanzador: que cuando estés en una de esas ocasiones en las que sientes que no puedes más, que no logras nada, que ya no tienes de dónde sacar lo necesario para superar algo, el Señor no espera que trates de salir adelante por tus solas fuerzas (si uno de los apóstoles hubiera tenido la ocurrencia de ir por su cuenta a comprar víveres hubiera tardado horas y hubiera regresado con demasiado poco y demasiado tarde).

Lo que el Señor espera de ti es que recuerdes este Evangelio y, como los apóstoles, pongas tu nada en Sus manos, le entregues tu limitación, tu agotada capacidad, para que descubras que tu circunstancia desesperada no está desamparada, pues Él tomará lo que le entregues, lo bendecirá y lo pondrá de nuevo en tus manos multiplicado, colmado de gracia, con esa desmedida generosidad Suya que hará que los dones que te dé no sólo te alcancen sino te sobren...

Ahora bien, cabe comentar que el hecho de que la multiplicación narrada en los Evangelios sea una intervención divina, y no un mero acto de solidaridad humana, no excluye ésta. Desde luego Dios espera que compartamos con otros lo que recibimos de Su amorosa Providencia. Si te da luz, debes iluminar a otros; si renueva tu esperanza, debes comunicar ese consuelo. Imagina qué hubiera pasado si los apóstoles se hubieran atiborrado ellos solos los panes y peces: hubieran acabado empachados y la multitud hubiera desfallecido de hambre. Pero fueron pasándolos a otros y éstos a otros y así hubo para todos y aún más.

Así pues, confíale tu necesidad al Señor, y no quedarás defraudado, pero recuerda: vas a recibir multiplicado sólo cuanto estés dispuesto a compartir...

Caminar sobre las aguas

‘¿Cómo es posible que nos pase esto?’, es la pregunta que quizá no se atreven a pronunciar en voz alta pero que muy posiblemente surge en la mente de los discípulos en la escena que narra el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 14, 22-33).

Dice San Mateo que Jesús hace subir a los discípulos a la barca para dirigirla a la otra orilla, mientras Él busca un tiempo de soledad para orar. (Cabe abrir un paréntesis para hacer notar la importancia que da Jesús a buscar el silencio y la soledad para dialogar con Su Padre, para hacer oración).

Entonces las olas comienzan a sacudir la barca. Podemos imaginar a algunos de los discípulos preguntándose qué pasa, pensando desconcertados que si van en la barca porque Jesús los ha subido a ella, es lógico esperar que Él se asegure de que su viaje sea tranquilo, no haya mal tiempo y el viento sople siempre a favor, pero sucede lo contrario.

La escena quizá resulta familiar a más de uno. Es muy común que personas de fe que enfrentan dificultades, grandes y pequeñas, se pregunten qué pasa, cómo es posible que les ocurra eso a ellas que están tratando de cumplir la voluntad del Señor; cómo es posible que Él no se encargue de que todo sea miel sobre hojuelas, por qué no todo se les resuelva fácilmente y tienen que vivir circunstancias que las sacuden, que las hacen tambalearse, temblar...

Cuenta San Mateo que en lo más oscuro de la noche de pronto los discípulos ven a Jesús andar sobre el agua, se espantan creyendo que es un fantasma, y dan gritos de terror. Algo semejante sucede a quienes, por estar en medio de tremendos problemas, son incapaces de captar la presencia del Señor y se creen en poder de fuerzas malignas; y dicen que les ‘cayó el chahuistle’, que les tocó la mala suerte, que necesitan ‘una limpia’; no se dan cuenta de que todo eso no haría sino aumentar la oscuridad en la que están metidos, oscuridad que les impide distinguir a Aquel que nunca los olvida y que viene a ellos siempre que lo necesitan.

Ante el terror de los apóstoles Jesús reacciona de inmediato diciéndoles: “*¡No teman. Soy yo!*”(Mt 14, 27), una frase infinitamente tranquilizadora que pronuncia también al oído de quien necesita escucharla. No temas, soy Yo, estoy junto a ti; no creas que estas olas que te zarandean te hundirán; no temas, soy Yo, estoy siempre contigo, no te abandono; no temas, soy Yo, capaz de alcanzarte por encima de lo que te estremece, capaz de llenar tu tiniebla con mi Luz.

Impulsivamente, Pedro lo pone a prueba; le dice: “*Señor, si eres Tú, mándame ir a Ti caminando sobre el agua*”(Mt 14, 28). Algo así solemos hacer nosotros: “Si de veras eres Tú, si de veras existes, si de veras estás ahí, dame una prueba, dame ahoritita mismo el poder de salir de todo esto que me asusta y me agobia, haz que cese lo que me atormenta’.

Jesús le responde: “*Ven*”(Mt 14,29) y Pedro baja de la barca. Quizá supone que milagrosamente se abrirá un senderito seco y firme por el que podrá transitar sintiéndose Moisés por el Mar Rojo, pero hete aquí que nada cambia y se asusta. Una vez más el error de creer que por cumplir la voluntad del Señor todo se facilitará. No es así. Al contrario, a veces parece que todo se pone peor. El que decide seguir al Señor se ve muchas veces tentado, zangoloteado verdaderamente por circunstancias que amenazan con hundirlo. ¿Qué hacer? Lo que hace Pedro. Él clama: “*¡Sálvame, Señor!*”(Mt 14, 30), y de inmediato Jesús le tiende la mano y lo sostiene. Igual que hace con nosotros. Conmueve que no lo deja tragar ni un buchecito

de agua para darle una lección por desconfiado, no. Se compadece de su debilidad, de su temor, y lo rescata. Ya después le reprocha su falta de fe, cuando Pedro se siente a salvo y puede reflexionar en lo sucedido y darse cuenta de que en realidad no tenía motivos para dudar.

Ay, ¡cuántas veces en nuestra vida el Señor nos plantea la misma pregunta!: “¿Por qué dudaste?”, ¿por qué te desesperaste creyendo que te había abandonado?, ¿por qué durante aquello que te sucedió creíste que no estaba a tu lado, que me había desentendido de ti, incluso que no me importaba verte padecer? ¿Por qué dudaste?

Cuando Jesús y Pedro suben a la barca se calma el viento y todos se postran ante el Señor, reconociéndolo como Hijo de Dios. Claro, estando el mar sereno eso es fácil; ojalá lo hubieran hecho mientras los sacudían las olas: hubieran experimentado entonces la bonanza de ahora, la paz interior de saberse cobijados bajo la mirada y la presencia amorosa del Señor; hubieran vivido el milagro que experimenta quien logra mantener firme la fe en el Señor aun en medio de las más amenazadoras circunstancias: no tener nada que temer, sabiendo que te llama Aquél gracias al cual no importa qué tan grandes o violentas sean las olas o los vendavales que te embisten: tienes Su gracia para poder caminar sobre las aguas...

Hallarle el modo

¿Eres de los que se ‘desavalorinan’ luego luego si no se te cumple algo que esperas?, o ¿de los que si sienten que se les cierra una puerta buscan el modo de abrir otra? En cualquiera de los dos casos, el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 15, 21-28) tiene un mensaje para ti, sea que te anime a no tirar la toalla a las primeras de cambio, sea que te anime a aplicar esa cualidad nata en ti en la oración.

Nos cuenta San Mateo que estando Jesús en tierra extranjera, una mujer cananea que tenía una hija atormentada por un demonio, se puso a pedirle por ella; que Jesús no le contestó nada; que cuando los discípulos intercedieron por ella les dio a entender que Él había sido enviado específicamente a ayudar al pueblo judío, y que cuando por último ella misma se postró ante Él suplicando Su ayuda, le dijo: *“No está bien quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perritos”*(Mt 15,26).

De entrada cualquiera podría tomar esto como un desaire y pensar que Jesús faltó a la caridad, que tuvo actitudes discriminatorias, racistas o hasta misóginas. Pero si se profundiza en el asunto se descubre que esta impresión inicial es falsa. Veamos por qué: En primer lugar recordemos que el que nos narra el Evangelio es San Mateo, que se dirige a judíos convertidos al cristianismo, por lo que le interesa resaltar que Jesús es Aquél en el que se cumplen las promesas que Yahveh hizo desde antiguo de enviar a un Salvador para el pueblo de

Israel. Sin embargo el mismo evangelista deja claramente establecido que ello no significa que Jesús sólo quiera salvar al pueblo judío. Y como muestra basta un botón, o mejor dicho dos:

El primero es el relato del nacimiento de Jesús, en el que se ve que, a diferencia de nosotros que al nacer no pudimos elegir dónde vivir, Él sí pudo, y eligió vivir en una región conocida como ‘Galilea de los gentiles’, no porque todos ahí fueran muy amables, sino porque se llamaba ‘gentiles’ a los paganos, a aquellos que pertenecían a pueblos extranjeros. Así pues, tenemos que pudiendo vivir en Jerusalén, Jesús quiso vivir en Nazaret, donde había judíos y gentiles, para expresar con ello que es el Salvador de todos.

El segundo es que, con respecto al Evangelio que nos ocupa, hay que notar que San Mateo comienza diciendo que Jesús “*se retiró a la comarca de Tiro y Sidón*”(Mt 15,21), es decir que voluntariamente fue a tierra de paganos, lo cual demuestra que ni los despreciaba ni los discriminaba, pues de ser así no hubiera ido hasta allá.

Cabe preguntar, ¿entonces por qué trató así a esta mujer? A lo que los Padres de la Iglesia, santos y sabios varones de los primeros siglos del cristianismo, responden que quiso acicatear su fe, ayudarla a ir más allá, a insistir, a perseverar. Y hacen notar un detalle muy importante: Jesús le habla de ‘perritos’ y no de ‘perros’, lo cual hace toda la diferencia, pues hablar de ‘perros’ es despectivo (había contemporáneos suyos que llamaban a los extranjeros ‘perros incircuncisos’); pero hablar de ‘perritos’ es usar un término cariñoso que hace pensar en mascotas, en seres que son amados y cuidados por sus amos.

La mujer lo comprende así. La estratagema de Jesús da resultado. Un resultado favorable para la mujer y sobre todo para nosotros, porque nos enseña una manera de orar. Fijémonos en esto: ella no le replica: ‘¿Cómo te atreves a llamarme perrito?’, ni se marcha ofendida. Lo que hace es aceptar las palabras de Jesús pero hallarle el modo de darles la vuelta, por decirlo así, para usarlas a su favor. Ella le dice: “*Es cierto, Señor, pero también los perritos se comen las migajas*”

que caen de la mesa de sus amos” (Mt 15,27). Como quien dice, ‘sí, soy perrito, pero de éstos que tienen amos que los dejan comer las migajitas, así que como Tú eres el Amo, dame las migajitas que me tocan y no me desampares porque dependo de Ti’. Es lo que podría llamarse ‘oración desarmadora’, pues ‘desarma’ al Señor apelando a Su misericordia, conmoviéndolo en Su punto más sensible...

Orar así es aceptar que uno no es nada y Él lo es todo; que uno es insignificante, pero Él es grande; que uno no puede nada pero Él lo puede todo, por lo que si considera que lo que le pedimos es para bien, tiene el poder de concedérmolo.

Ante semejante actitud al Señor no le queda de otra que admirar la fe de la mujer y atenderla de inmediato. Pero ojo, que quede claro que no se trata aquí de una ‘fórmula mágica’ para obligar al Señor a cumplirnos caprichos, no, sino de una oración que no sólo ‘suena’ humilde sino que lo es realmente porque brota de un corazón lleno de humildad que acepta de antemano la voluntad del Señor, sea que conceda o no lo que se le pide, porque sabe que además de Todopoderoso, Él es un Amo Sabio y Bueno, cuyos designios son infinitamente mejores de lo que uno humanamente pudiera imaginarse.

Conviven así audacia y humildad, combinación certera que siempre toca el corazón de Aquel que cuando le pedimos migajas, prefiere siempre darnos pan...

Oído atento

‘**C**omo el burro que tocó la flauta’. Solemos usar esta frase para expresar que alguien logró de puritita casualidad dar una respuesta acertada o decir o hacer lo que debía. Sucede frecuentemente, pero sin duda no sucedió en la escena de la que nos habla el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 16, 13-20).

Nos cuenta San Mateo que luego de que Jesús les pregunta a Sus discípulos quién dice la gente que es Él y recibe unas respuestas de lo más desencaminadas, cuestiona qué dicen ellos, a lo cual Simón Pedro contesta resueltamente: *“Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”* (Mt 16, 16).

Llama mucho la atención que dé una respuesta tan elevada un hombre tan sencillo. ¿Qué pasó?, ¿llevaba ‘acordéon’, fue ‘chiripada’, le atinó de milagro?, ¿de dónde le vino de repente tanta sapiencia? Lo descubrimos de inmediato cuando Jesús exclama: *“¡Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún hombre, sino Mi Padre, que está en los cielos!”* (Mt 16, 17). Como quien dice, es gracias a que Dios lo ilumina que Simón Pedro logra dar una respuesta que por sí mismo jamás hubiera podido dilucidar. Suple con disposición lo que le falta en preparación, y eso hace toda la diferencia. Su disponibilidad para escuchar lo que Dios le revela y no ponerlo en duda, rechazarlo o dejarlo en el olvido, sino aceptarlo, asumirlo y expresarlo, merece no sólo que se le revele la verdad sobre Jesús y que Él

le dedique una alabanza, sino que lo escoja como la piedra sobre la que funda la Iglesia, le confíe las llaves del Reino de los cielos y le dé poder de atar y desatar sobre tierra y cielo (ver Mt 16, 19). Se convierte así en el primer Papa de la historia.

Resulta lógico y coherente que fuera considerado ideal para el puesto de conducir a la Iglesia alguien capaz de dejar que la barca que se le encomienda sea impulsada no por sus propios débiles remos, sino por las velas desplegadas al viento del Espíritu Santo. Esto trae a la mente lo que declaró el Papa Benedicto XVI cuando se dirigió a los Cardenales que acababan de elegirlo Papa: “Tú eres el Cristo! ¡Tú eres Pedro! Me parece revivir esa misma escena evangélica; yo, Sucesor de Pedro, repito con estremecimiento las estremecedoras palabras del pescador de Galilea y vuelvo a escuchar con íntima emoción la consoladora promesa del divino Maestro. Si es enorme el peso de la responsabilidad que cae sobre mis débiles hombros, sin duda es inmensa la fuerza divina con la que puedo contar: *‘Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia’* (Mt 16, 18). Al escogerme como Obispo de Roma, el Señor ha querido que sea su vicario, ha querido que sea la ‘piedra’ en la que todos puedan apoyarse con seguridad. A Él le pido que supla la pobreza de mis fuerzas, para que sea valiente y fiel pastor de su rebaño, siempre dócil a las inspiraciones de su Espíritu”. Y, en la homilía de la Misa Solemne con la que inició su pontificado anunció: “Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea Él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia.”

Es muy significativo que no sólo Pedro y sus sucesores, sino todos los bautizados a lo largo de la historia de la Iglesia que han logrado grandes cosas o han alcanzado la santidad, han tenido la misma docilidad para convertirse en instrumentos de Dios a través de los cuales Él hable y actúe. Su ejemplo es digno de imitación.

Ahora bien, hoy en día, quizá haya quien se pregunte cómo se hace eso, cómo puede una persona común mantener el oído del corazón atento para percibir lo que Dios quiere revelar y poder así responderle afirmativamente; en otras palabras: ¿qué hay que hacer, en términos prácticos, para dejarse iluminar y conducir por el Espíritu? La respuesta no es complicada; no creas que se trata de ‘oír voces’ o vivir fenómenos sobrenaturales; se trata simplemente de abrir un espacio cada día (eso sí, sin falta) para aprender a orar no sólo hablando sino escuchando; aprender a acallar el barullo interior, hacer silencio y, por poner un ejemplo entre muchas otras posibilidades, leer despacito y en espíritu de oración un Salmo o el Evangelio de la Misa del día, y repasar con calma y atención el texto que más nos hable al corazón, para dejar que su mensaje penetre, resuene, sea luz, respuesta, exhortación, consuelo, ayuda que permita ir descubriendo, como Pedro, a un Dios Vivo, presente, que habla siempre y está siempre deseoso de hacerse escuchar...

¿Qué sentido tiene sufrir?

‘**N**o quiero que sufra’. Probablemente has dicho esa frase más de una vez refiriéndote a algún ser querido a quien te parte o partiría el alma ver sufrir. Y es que como que duelen más los sufrimientos de quienes amamos. Qué papás no estarían dispuestos a cambiarse por su hijo enfermo si ello le devolviera a éste la salud. Surge en forma natural en nosotros el deseo de hacer algo para que otros no sufran. Claro que eso puede llevar a extremos. Cuentan que en un velorio le preguntaron al yerno: ‘oye, pues ¿de qué se murió tu suegra que está toda moreteada?’ Contestó: ‘La pobre estaba cosiendo, se pinchó el dedo con la aguja y tuve que rematarla a pedradas para que no sufriera’. Es un chiste cruel, pero lamentablemente hay respuestas parecidas que sólo tienen lo cruel y nada de chiste: hay quien dice: ‘no quiero que sufra por ser un niño no deseado, así que lo aborto’; ‘no quiero que sufra por ser una carga para nosotros, así que lo despacho al asilo o le aplico la eutanasia’...

Como se ve, eso de ‘no quiero que sufra’ tiene, como decimos en México, sus ‘asegunes’, pues tras la supuesta buena intención de que alguien ‘no sufra’ puede haber egoísmo o deseo de que se adapte a nuestra conveniencia. Como le pasa a San Pedro en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 16, 21-27).

Jesús anuncia que tiene que ir a Jerusalén donde va a padecer mucho, ser condenado a muerte y resucitar al tercer día. Y entonces Pedro, sin duda movido por aquello de ‘no quiero que sufra’, pero también por su idea de lo que debía ser el Mesías’, se lleva aparte a Jesús y trata de disuadirlo diciéndole: *“No lo permita Dios, Señor. Eso no te puede suceder a Ti”* (Mt 16,22).

Resulta significativo que lo primero que Jesús anuncia le impacta tanto que no se fija en lo último. Se atora en el ‘padecer’ y no advierte el ‘resucitar’. Su intención es buena, pero se lleva la peor regañada de su vida por pretender que su Señor se deje influir por el punto de vista humano y no por lo que quiere Dios. Y es que, contrariamente a lo que solemos pensar, el sufrimiento no siempre es algo negativo, depende del sentido que tenga y el fruto que dé.

El sufrimiento que Jesús anuncia a Sus discípulos es redentor, permite que se cumpla el plan de salvación de Dios. De ahí que no sea buena idea que Pedro le aconseje a Jesús que lo evada. Y de ahí que nosotros estemos llamados a asumir el sufrimiento desde el punto de vista divino, no solamente humano.

El problema es que ya de entrada la palabra ‘sufrir’ nos da ‘ñañaras’ y queremos sacarle la vuelta a toda costa; hasta hay una secta por allí que usa como gancho para atraer incautos la falsa promesa de que van a parar de sufrir, pero la verdad es que el sufrimiento es inherente a la condición humana. No se puede no sufrir, lo que sí se puede es encontrarle sentido y aprender a sacarle algo positivo. Y ¿cómo se logra esto? Nos lo dice Jesús: *“El que quiera venir conmigo, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y me siga”* (Mt 16,24).

Analicemos esto por partes.

“El que quiera venir conmigo”

Es una invitación libre para acompañar a Jesús, para ir hombro con hombro con Él.

“que renuncie a sí mismo”,

En otras palabras, que deje de aferrarse a su egoísmo, a su conveniencia, que se quite del centro de su mundo y deje que ese centro lo ocupe el Señor.

“que tome su cruz y me siga”

Es decir, que acepte y aproveche las circunstancias que se le vayan presentando en la vida para seguir a Jesús en amor, paciencia, humildad, dulzura, servicio, justicia. Que comprenda que puede unir la cruz que carga a la de Jesús, y encontrar el sentido redentor a cuanto le toque sufrir. Y ojo: no se trata de querer sufrimientos ni de no buscarles remedio, sino de enfrentar los inevitables de otra manera, no como algo agobiante sino como camino luminoso que puede conducir a la paz.

Añade Jesús: *“El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por Mí la encontrará”* (Mt 16,25). El que por no querer sufrir se introduzca en caminos falsos acabará extraviándose. No hay que olvidar que sólo Jesús es ‘El Camino’. El mundo ofrece muchas salidas, muchas promesas mentirosas de pasarla siempre bien en la frivolidad, en el vicio, cediendo a todo lo que se desee. Quien sigue eso dice: ‘¡esto es vida!’, pero se engaña. No es vida verdadera. Pregunta Jesús: *“¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si pierde su vida? ¿Y qué podrá dar uno a cambio para recobrarla?”* (Mt 16,26).

Resulta significativo que el diccionario define ‘sufrimiento’ como sinónimo de ‘paciencia’. He aquí la clave para vivir el sufrimiento: la paciencia. Pero ¿cómo se puede tener paciencia cuando se sufre? Cuando se le encuentra sentido, razón. Alguien dijo que no nos mata el sufrimiento sino la impaciencia con que lo enfrentamos.

Jesús propone no una vida de sufrimiento sino que el sufrimiento dé vida: aprovechar lo que nos toque sufrir para crecer no en amargura sino en dulzura, no para ‘repelar’ sino para agradecer, no para convertirnos en tiranos sino para ser humildes, no para alejarnos sino para acercarnos a Él, y así no perder nuestra vida intentando ganarla, sino perderla en Sus manos y en verdad encontrarla.

Para corregir, amar y orar

Hay una característica humana que no deja de sorprenderme y entristecerme. La de racionalizar, negar y/o justificar el mal que se hace. El ladrón dice ‘no lo robé, lo tomé prestado’; la que aborta dice: ‘me deshice de unas células, no cancelé una vida humana’; el adicto alega: ‘no hace daño y puedo dejarlo cuando quiera’, y así sucesivamente. Me pregunto si a fuerza de repetir esto y repetírselo a los demás la persona llega realmente a creer su propia mentira o en el fondo del fondo del alma sabe que miente. Como es una cuestión para la que no hay una respuesta fácil, podríamos vernos tentados a desentendernos del asunto, pero las Lecturas que se proclaman este domingo en Misa no nos dan esa oportunidad, todo lo contrario, nos lanzan de cabeza a la incómoda situación de tratar de corregir al que hace mal, sea que lo reconozca o que no.

La Primera Lectura nos hace saber que si no lo amonestamos, él pagará por su culpa, pero Dios también nos pedirá cuentas a nosotros (ver Ez 33,8) Y en el Evangelio, Jesús marca los pasos que hay que seguir para corregir a un hermano que ha pecado: primero hablar con él a solas; si no hace caso, llevar con él a una o dos personas más; si sigue igual, decirle todo a la comunidad, y si ni así cambia, apartarse de él (ver Mt 18,15-17). ¿Cómo entender esto?, ¿se trata de un programa que hay que seguir a pie de la letra? No necesariamente. No nos imaginemos a alguna esposa

despechada aprovechando el espacio de avisos parroquiales para arrebatarse el micrófono y cumplir, según ella ‘evangélicamente’, el paso tres anunciándole a la azorada comunidad que su marido la engaña. Lo que el Señor nos propone no es satanizar al pecador, sino hacer todo lo que esté a nuestro alcance para ayudarlo, de la manera más caritativa posible, a darse cuenta de su situación, para salir de ella. Primero, hablar a solas con él para que no se sienta humillado frente a otros; luego llevarle a uno o dos familiares o amigos que puedan hacerle ver las cosas desde otro punto de vista; si los dos primeros pasos fallan, hablar con la comunidad antes de acabar por apartarse de él, con la esperanza de que viéndose aislado recapacite y regrese al redil, y también con el sentido práctico de evitar que arrastre consigo a otros que puedan seguir su mal ejemplo.

Cabe resaltar que cuando Jesús habla de que hay que decírselo a la comunidad, no se refiere a los vecinos chismosos o a los desconocidos que aprovecharán para burlarse o comentarlo de sobremesa; dice ‘comunidad’ para señalar a la asamblea de hermanos que comparten la fe y, especialmente, el amor a Dios y a los demás.

Si se tratara de contárselo a cualquiera, el tercer paso sería necesariamente uno al que nadie querría llegar, pero en el contexto de lo que se comentaba al inicio respecto a que quien hace mal no suele tener disposición para reconocerlo, el tercer paso se convierte a veces en el único que se puede dar. En la mayoría de las ocasiones resulta imposible ir a hablar a solas con alguien que no quiere escuchar lo que tendríamos que decirle, y menos insistir después llevándole a otras dos personas a las que también dará con la puerta en las narices. Queda entonces sólo un recurso: decírselo a la comunidad. Pero ¡cuidado! No como chisme, no para denigrar a la persona, no con la mala intención de difamarlo, sino por dos causas fundamentales: el amor y la oración.

Resulta muy significativo que antes del Evangelio se lea este domingo la Carta de San Pablo en la que insiste en la importancia de amar y afirma que quien ama no daña a nadie (ver Rom 13,10). Situado en este contexto, lo de la corrección

fraterna tácitamente implica que es el amor (y no el juicio, la condena, el desprecio, etc.) el motor que debe mover a alguien a intentar ayudar a quien hizo un mal.

Y no menos significativo resulta que se haya incluido, al final del Evangelio, una invitación de Jesús para que oremos en comunidad, pues, asegura que *“donde dos o tres se reúnen en Mi nombre, ahí estoy Yo en medio de ellos”* (Mt 18,20).

Así pues, el amor y la oración son como los dos extremos de unas pinzas que nos permiten tomar delicadamente la causa de un hermano que ha caído, para ponerla delante del Señor. Hablar a la comunidad de él no es exhibirlo, pegar su foto en el boletín, nombrarlo ‘el pecador de la semana’. Es pedir mucha oración para él (sin dar mayores datos que lo identifiquen), y confiar enteramente en que el Señor atenderá esta oración y le hablará al corazón cuando y como sólo Él puede y sabe hacerlo.

Que Dios te perdone

‘**Y**a mí, ¿de qué me tiene que perdonar Dios? Voy a Misa todos los domingos, doy limosna cuando me piden, no mato, no robo, ¿de qué me tiene que perdonar?’

Palabras más, palabras menos, es lo que muchos creyentes se preguntan. Se examinan a sí mismos y por más que buscan no encuentran algo que requiera el perdón de Dios; si acaso, para no parecer soberbios admiten que a veces cometen no pecados sino errores, naderías, lo que hace todo el mundo, nada fuera de lo ‘normal’, nada tan dramático que amerite pedir o recibir el perdón de Dios.

Es asombrosamente grande la cantidad de gente que jamás acude al Sacramento de la Confesión porque realmente considera que no tiene nada de qué confesarse.

¿Por qué sucede esto? Porque lamentablemente hay quienes creen que basta con cumplir ciertos ritos para ‘tener contento’ a Dios; creen que ser católico consiste en limitarse a ir a Misa el domingo. Se olvidan que Jesús fue muy claro al expresar lo que espera de Sus seguidores: que se amen unos a otros como Él los ama (ver Jn 15, 12); es para esto que hay que ir a Misa, no para pasar ‘lista de asistencia’, sino para recibir a manos llenas el amor que después hay que dar a los demás.

Así pues, si quienes sienten que no tienen pecado examinan cada día si únicamente han tenido pensamientos, palabras y obras llenos del amor de Dios, o si, por ejemplo,

han juzgado, pensado ‘pestes’ de alguien, hablado mal de un ausente, esparcido rumores o chismes; se han permitido una que otra mentira; han hecho algo con afán de desquitarse o humillar o lastimar a otros, sin duda tendrán que reconocer que en más de una ocasión faltaron a la caridad a la que estaban llamados. Alguien puede preguntar: ¿y qué ganan con reconocer esto? Cabe responder: ¡Muchísimo! Ganan un cambio de actitud que les permitirá abandonar la soberbia, la prepotencia, la autosuficiencia, y reconocerse necesitados del perdón de Dios. Sólo así podrán pedirlo y valorarlo y, algo muy importante: sólo así tendrán buen cuidado de no hacer nada que pueda privarlos de él. ¿Es que hay algo que pueda privarnos del perdón de Dios? ¡Sí lo hay! Nos lo dice Jesús en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 18, 21-35).

En él nos narra la historia de un hombre al que por pura misericordia se le perdona una deuda inmensa, pero como no quiere perdonar a alguien que le debe poco, recibe como castigo que ya no se le perdona todo aquello que él debía. Termina el relato Jesús advirtiéndonos seriamente: *“lo mismo hará Mi Padre celestial con ustedes, si cada cual no perdona de corazón a su hermano”* (Mt 18, 35).

Si algo puede hacer que perdamos el perdón de Dios es que no perdonemos a otros. Y ya vimos que nadie puede decir que no le hace falta ese perdón. Dice San Juan que quien afirma que no tiene pecado, se engaña a sí mismo (ver 1Jn 1,8). Todos somos pecadores: necesitamos y recibimos el perdón que Dios nos da para compartirlo. En otras palabras: porque Dios te perdona y para que te siga perdonando, tienes que perdonar.

Viene a la mente el caso de Rachel Muha, cuyo hijo, un buen muchacho al que amaba entrañablemente, fue secuestrado de la Universidad Franciscana de Steubenville, Ohio, EUA.

Ella declaró públicamente: “A quien sea responsable de lo que le haya sucedido a mi hijo, sea lo que sea que le haya hecho, yo lo perdono”. Y pocos días después, cuando se descubrió el cuerpo del muchacho, brutalmente golpeado y con

una bala en la cabeza, y fue capturado el asesino, que confesó que cometió ese crimen para robarse el coche, ella reiteró su perdón. Indignó a la opinión pública que el delincuente no sólo no mostraba arrepentimiento, sino que se jactaba burlonamente de lo que había hecho. Aun así, la Sra. Muha intercedió para que no lo condenaran a muerte. Y cuando pudo dirigirle personalmente unas palabras lo bendijo, le aseguró que estaba orando por él para que se arrepintiera, se volviera hacia Dios y experimentara la paz de ser perdonado por Él; le permitió conservar el Rosario que el asesino le había robado a su hijo y que traía colgado al cuello, y lo enseñó a usarlo haciéndole ver que era la mejor arma que podía usar (y una que sí le dejarían tener en la prisión). Por último le explicó la razón de lo que la prensa había calificado como su ‘inexplicable capacidad de perdonar’, y que tendría que ser también la razón nuestra, la de todo creyente: ‘Quiero que sepas que aunque no me hayas pedido perdón, yo te perdono. No porque lo que hiciste tenga excusa, porque no la tiene; no porque te lo merezcas; no porque no sea un terrible crimen; no porque no me duela. Te perdono porque yo he sido siempre perdonada por Dios’.

Nunca demasiado tarde

Ya es demasiado tarde. ¿Alguna vez has dicho esta desconsoladora frase con relación a Dios? Ya es demasiado tarde para volverme hacia Él; ya es demasiado tarde para arrepentirme de todo lo que he hecho y enderezar el rumbo; ya es demasiado tarde para que me ayude. No tengo remedio, no puedo cambiar, me rindo, me doy. Son palabras que abren la puerta al desánimo, a la desesperanza; a resignarnos a terminar mal una obra que hubiera podido tener final feliz y de la cual somos protagonistas.

Según San Francisco de Sales lo que más daño hace al alma, aparte del pecado, es el desánimo porque deprime, invita a dejar de luchar y a dejarse envolver por una desoladora neblina que impide que la persona perciba que Dios está a su lado tendiéndole la mano. Lo bueno es que tenemos un poderoso antídoto contra esto en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 20, 1-16).

Jesús nos cuenta el caso de unos trabajadores que fueron llamados por un hombre a laborar en su viña. Algunos fueron contratados al amanecer, otros a media mañana, otros a mediodía, otros a media tarde y otros al atardecer, pero al final de la jornada todos recibieron la misma paga. Ello despertó reacciones opuestas en quienes llegaron al principio y quienes llegaron al final. Dice Jesús que cuando su empleador les preguntó a éstos por qué todavía estaban sin trabajar, dijeron: *“porque nadie nos ha contratado”* (Mt 20,7).

Consideremos esto: Solemos asumir que estaban desempleados sin culpa de su parte, pero quizá no era así, quizá tenían cierta culpa. Tal vez llegaron tarde porque se fueron de ‘parranda’ la noche anterior; tal vez hicieron tan mal su último trabajo que adquirieron mala fama y por eso nadie les ofreció chamba. En otras palabras, quizá su situación es producto de sus errores, ellos mismos se pusieron en esa situación, y, de ser así, quizá sentían, como quizá sienten muchos de los demoralizados de hoy en día, que ya ni modo, que solitos se buscaron lo que les pasó y que ya era ‘demasiado tarde’ para ellos, que no podían esperar algo bueno, y estaban en la plaza no buscando empleo sino rumiando su desaliento.

¡Ah!, pero he aquí que vino a su encuentro alguien al que no le importaban los antecedentes fallidos que ellos tenían, alguien que no vio sólo sus miserias sino su necesidad de misericordia y por eso los invitó a trabajar para él. ¿Puedes imaginar la cara que pusieron cuando tras de creer que todo estaba perdido descubrieron que no era así? Podemos verlos incorporándose lentamente, pasando de estar encorvados y abatidos a caminar erguidos y presurosos, recuperada la dignidad y la sonrisa. Podemos visualizar su cara de felicidad, la misma cara que ponen todos los que se sienten irremediables y de repente descubren que para Dios sí tienen remedio.

Dice el Señor en la Primera Lectura: *‘Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, vuestros caminos no son Mis caminos’* (Is 55,8). Mientras nosotros pensamos ‘ya es demasiado tarde’, Dios mantiene Su puerta siempre abierta, y si aceptamos Su invitación hallaremos la luz al final del túnel. Nuestro desaliento nunca viene de Dios, la ayuda y la esperanza sí. Y no sólo para nosotros sino también para los demás.

Cabe comentar la reacción de los que fueron contratados al amanecer, que se indignaron al descubrir que no recibieron pago extra por haber trabajado más. A primera vista parecería que tenían razón, pero la realidad es que el Reino de los Cielos no es una empresa que premia con un buen pago un

trabajo desagradable. Trabajar para el Reino es en sí un premio, un privilegio. Es el ocio lo que resulta lamentable. Quienes comenzaron temprano debían sentirse agradecidos de no haber pasado, como los que llegaron tarde, tanto tiempo sin poner sus dones al servicio del bien, sin experimentar el verdadero gozo, la verdadera satisfacción de laborar para Aquel que a Sus servidores les llena el alma de paz, de luz, de consuelo, de alegría. El dueño de la viña pagó a los últimos lo mismo que a los primeros porque se compadeció de ellos que sin duda no se la pasaron bien sin trabajar, sin ejercer la bella y satisfactoria vocación a la que estaban llamados.

Como siempre, los criterios del mundo están al revés de los de Dios. Estos trabajadores no recibieron lo supuestamente ‘justo’ recibieron ¡infinitamente más!: lo auténticamente misericordioso, la única paga que saber dar este Empleador que a nadie regaña por llegar retrasado y que no se cansa de venir a buscarnos, dondequiera que estemos, para llamarnos a laborar en Su viña y hacernos saber que todavía estamos ¡muy a tiempo! de aceptar Su invitación.

Trabajar hoy en la viña

¿Cuántas cosas haces en tu vida sólo por obligación, pensando que si un día dejaran de ser obligatorias ya no las harías? Quizá muchas. Lo curioso es que si llegara ese día de aparente liberación, lo más probable es que descubrieras que querrías seguir las realizando para que tu vida no se volviera un caos. Y es que hay obligaciones cuyo sentido no es fastidiarte sino asegurar que no te pierdas el beneficio que dan. Comprender esto permite pasar de cumplirlas a regañadientes a amarlas. Esto aplica no sólo a labores de la vida diaria (tener que ir a la escuela, trabajar, realizar labores del hogar, obedecer ciertas reglas, etc.), sino también a lo que se relaciona con Dios. Hay creyentes que sólo cumplen con lo que su fe les pide por obligación, pero Dios no quiere obligados sino voluntarios. Tomemos como ejemplo el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 21, 28-32).

En él Jesús nos cuenta de un hombre que les pide a sus dos hijos que vayan a trabajar ese día en la viña. Uno le dice que sí pero no va y otro le dice que no quiere ir pero se arrepiente y va. Llama la atención que a pesar de que seguramente este señor tenía necesidad de que sus hijos le echaran una mano en la viña no los obliga. Cuando el primero promete que va, él no se queda parado esperando, no le dice: ‘quiero ver que de veras vayas, no me muevo de aquí hasta que lo hagas’; y cuando el segundo afirma que no quiere ir, no le

replica: ‘¿cómo que no quieres ir, si no te estoy preguntando tus gustos, te lo estoy ordenando yo que soy tu padre’, ni saca un ‘chicotito’ para azotarlo por rebelde. No obliga a sus hijos a hacer lo que les pide, pero seguramente se marcha triste; porque esperaba contar con ellos y hubiera querido que le hubieran obedecido.

Dios es como este papá. Nos pide -y anhela- que hagamos lo que nos pide, pero no nos fuerza a aceptar. Depende de nosotros decir sí o no, y por eso vale la pena analizar qué significa que como los dos hijos del ejemplo, también estemos llamados a ‘trabajar hoy en la viña’. Analicemos estos tres conceptos.

1. ¿Qué se entiende por viña?

Nuestro ‘campo de acción’: nuestro mundo, nuestro ambiente, ahí donde estamos todos los días, con la familia que nos tocó, con la gente que vemos en la colonia, el trabajo, el transporte, los sitios a los que vamos.

2. ¿Por qué ‘hoy’?

Porque ¡¡urge!! Vivimos en un mundo al que urge hablarle de Dios porque se empeña en olvidarlo. Y estamos rodeados de situaciones que requieren una respuesta que no puede esperar. Así como en un viñedo dejarlo todo para otro día puede causar que la cosecha se congele, se plague o se arruine, en nuestra vida hay cosas que no se pueden dejar para después: un conflicto que hay que arreglar, un aborto que hay que detener, un suicidio que hay que evitar, una ayuda que hay que ofrecer; un perdón que hay que pedir o dar. Hay que actuar hoy porque es el único día con que realmente contamos.

3. ¿Por qué se nos llama a ‘trabajar’?

Para que comprendamos que para laborar para el Señor necesitamos, como en cualquier chamba:

a) Que nos capaciten y nos den el equipo necesario: En este caso eso lo obtenemos al ir a Misa, conocer la Palabra de Dios, hacer oración, etc. medios a través de los que recibimos del Señor lo que nos hace falta para saber y poder cumplir nuestra labor de ir a trabajar en su viña sembrando amor, justicia, verdad, paz.

b) Tener disciplina. Así como uno va a trabajar aunque no tenga ganas, debemos cumplir con lo que nos corresponde aunque nos dé flojera y nos sintamos tentados a posponerlo o suprimirlo.

c) Estar dispuestos a vencer obstáculos. Tener claro que habrá retos, que no todo será fácil, pero no asustarse o desanimarse sino tener la voluntad de enfrentarlos y superarlos con la ayuda del Señor.

Es interesante notar que Jesús estaba hablando a hombres que sentían que cumplían la voluntad de Dios pero en realidad no lo hacían (como el hijo que dijo ‘voy’ pero no fue), y les hizo ver que personas a las que consideraban muy pecadoras, y a quienes despreciaban, en realidad cumplían mejor que ellos la voluntad de Dios, pues al igual que ese hijo que al principio dijo ‘no quiero’ pero luego se arrepintió y fue, ellas también tuvieron un cambio de actitud.

Queda claro que no basta decir sí sin actuar en consecuencia y que si se ha dicho no, cabe siempre reconsiderar. ¿Para qué? Para darle a Dios la alegría que podemos imaginar sintió aquel hombre cuando vio venir a laborar en la viña al hijo que había dicho que no quería ir, y para descubrir que no hay nada más gozoso que trabajar hoy, no por obligación sino por convicción y amor, en la viña del Señor.

Saber administrar, saber edificar

‘A ti te lo digo m’hija, óyelo tú, mi nuera’. Ese refrán popular bien podría aplicarse a las palabras de Jesús en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 21, 33-43).

Originalmente dirigidas a los dirigentes judíos, para recordarles la historia de su pueblo y echarles en cara que no sólo rechazaron y mataron a los profetas sino que ahora rechazan y quieren matar al propio Hijo de Dios, también pueden aplicarse a la situación actual en nuestro mundo, en nuestro país y en nuestra vida personal. Veamos cómo:

1. El hombre del que nos habla Jesús se encarga personalmente de todo el trabajo pesado para echar a andar su viña. Podemos imaginar el cariño y cuidado que puso en plantar, en edificar la cerca, la torre, etc. Se metió a fondo, se ensució las manos, sudó, se cansó, como decimos en México: ‘le echó ganas’, ¿por qué?, porque la viña era suya, él era el propietario.

También nosotros somos hechura de Dios; dice el salmista: “*Él nos hizo y somos Suyos*” (Sal 100,3); cada uno le mereció toda Su atención; a nadie hizo ‘al aventón’, nadie ‘se le salió de la manga’; cada uno puede y debe sentirse creado con todo amor y cuidado por el Señor.

2. De entrada ya construye el lagar, es decir, da por descontado que su viña producirá uvas, cuenta de antemano con que dará frutos. No pospone hacerlo ‘por si acaso’, pues está seguro de

que lo que plantó rendirá mucho. También Dios espera confiado algo provechoso de nosotros.

3. No vende ni regala su viña, simplemente la encomienda a unos administradores que sólo tienen que continuar el trabajo que él ya comenzó y darle, como quien dice, mantenimiento. Pero los que alquilan la viña cometen el error de sentirse dueños de ella. Hoy también muchos cometen el mismo error: se creen dueños de su vida y de la de los demás, amos únicos de su destino. Se equivocan. No poseen nada pues todo lo han recibido para que lo administren, y algún día tendrán que dar cuentas de ello al verdadero Dueño.

5. Cuando el dueño envía a empleados suyos a pedir a los administradores los frutos que le corresponden, éstos se enfurecen y los maltratan y matan. Hoy también son rechazados aquellos a quien Dios envía. Cuando la Iglesia Católica alza la voz para recordar a todos que nadie es dueño sino sólo administrador, por ejemplo, del don de la vida, de la salud, de los bienes, de la justicia, se la tilda de fanática, de retrógrada; se la critica, se la persigue, se orquesta una campaña en su contra.

6. El dueño de la viña cree que si envía a su hijo lo respetarán, pero también lo matan. Jesús habla entonces de constructores que desecharon la piedra angular (ver Mt 21,42), es decir, supuestos expertos que desestimaron lo que era, en realidad, fundamental y se deshicieron de la única base sobre la que podía asentarse firmemente la edificación, la única que garantizaba que ésta no se cayera.

Una conocida luchadora social declaró que despreciaba la religión pues creía que lo importante era lo material, que la humanidad sería feliz cuando todos tuvieran resueltas sus necesidades económicas, pero en sus viajes por ciertos sitios en los que se había logrado instaurar este aparente ideal, descubrió sorprendida que la gente no era feliz. Comprendió que garantizar lo material no sacia el anhelo más hondo del corazón ni garantiza que se destierre el rencor, la envidia, la ira, la soberbia, la avaricia, la maldad del ser humano. Que para que la humanidad sea en verdad plena hay que edificarla sobre un cimiento sólido, y el único cimiento sólido es Dios.

Lamentablemente hoy en día todavía muchos siguen queriendo desechar a Cristo para construirse a sí mismos sin Él. Se han empeñado en declararlo muerto en su corazón, en desterrarlo de la familia, de la escuela, del trabajo, de la vida política, económica, cultural y social, y cuando ven que aumenta la violencia, el robo, la mentira, la corrupción, se preguntan extrañados a qué se debe. No se les ocurre relacionar una cosa con otra y darse cuenta de que el caos que contemplan y en el que están metidos es el resultado de edificar un mundo sin piedra angular, una vida sin Dios.

Invitados o desinvitados...

“No es justo!, ¡eso no estuvo bien!, ¡pobrecito, ¿qué podía hacer si no tenía qué ponerse?!’ Las airadas protestas venían de las usualmente tranquilas viejitas de las primeras filas de la iglesia. Su sorprendente reacción respondía a que al padre se le ocurrió preguntarles, durante la homilía, qué opinaban de lo que le había sucedido al hombre que se presentó al banquete sin traje de fiesta, según lo narrado por Jesús en el Evangelio que se proclamó hace poco entre semana y que ahora se proclama en la Misa dominical (ver Mt 22,1-14). Y como sus reclamos recibieron cabezadas de aprobación de numerosos feligreses cabe pensar que son muchos los que consideran equivocadamente que ahí se narra una injusticia, cuando en realidad es todo lo contrario. Veamos por qué.

Jesús está hablando con las autoridades de Su pueblo y les cuenta una parábola en la que compara la salvación prometida por Dios y que Él ha venido a traer, con el banquete de boda del hijo de un rey (con frecuencia en el Antiguo Testamento se habla de la relación de Dios con Su pueblo asemejándola a la de esposos). Y pone especial atención en la reacción de quienes son invitados. Nos dice primero que hubo unos que “*no quisieron ir*”(Mt 22,3), como implicando que hubieran podido pero que sencillamente no les dio la gana. Nos cuenta entonces que ante esta primera negativa el anfitrión envió de nuevo a sus criados, esta vez para que los invitados

supieran que el banquete era suculento, a ver si se les antojaba acudir, pero “*no hicieron caso*”(Mt 22,5).

A la deslumbrante generosidad del rey unos respondieron con inexplicable indiferencia y otros con todavía más inexplicable violencia, pues insultaron y mataron a quienes les llevaron la invitación. Está claro que Jesús alude a la muerte que sufrieron los profetas del Antiguo Testamento, pero también podemos entender que se refiere a la actitud con la que muchos le responden hoy.

Narra Jesús que el rey dio un terrible castigo a los asesinos de sus enviados y pidió que se ampliara la invitación. Como los destinatarios originales rechazaron lo que se les ofreció, se los ofreció a otros. El llamado a la salvación es para todos. Dice Jesús que el salón del banquete se llenó de “*buenos y malos*”, ello hace ver la gratuidad del anfitrión, que invitó aun a quienes no lo merecían.

Pero entonces Jesús cuenta algo desconcertante: que cuando el rey vio que uno de los invitados no iba bien vestido le preguntó: “*Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta?*”(Mt 22,12), y, ante el silencio del hombre lo mandó atar de pies y manos y arrojarlo “*afuera, a las tinieblas*”(Mt 22,13). ¿Qué tenemos aquí? ¿Una tremenda injusticia contra un pobre hombre al que como invitaron a última hora no le dieron tiempo de vestirse adecuadamente? No. Y para entender esto cabe destacar algunos puntos:

1. El traje de fiesta equivale, en términos espirituales, a tener una adecuada disposición del corazón, a tenerlo, por ejemplo ‘revestido’ de amor, humildad, contrición, paz...
2. Aunque el salón estaba lleno de invitados de última hora, buenos y malos, sólo él no llegó preparado. Si hasta los malos alcanzaron a vestirse de fiesta, él no tenía pretexto.
3. El anfitrión lo llamó afectuosamente ‘amigo’, y cuando le preguntó por qué entró sin el traje de fiesta, el otro calló. Si hubiera dado una explicación o mostrado pena, hubiera sido ayudado (era práctica común en ese tiempo proporcionar ropajes a invitados que llegaban de lejos o de repente), pero su silencio implicaba que ni tenía disculpa ni deseos de cambiar. Callaba con ese silencio hostil y empecinado con que Sus

enemigos respondían a Jesús cuando los cuestionaba (ver Mc 3,4b; Lc14,3-4). Cae por tierra la infundada esperanza de los que dicen: ‘Por Su misericordia Dios va a salvar a todos hagan lo que hagan’. No se puede entrar al cielo con el corazón ‘malvestido’ de egoísmo, odio, violencia, avaricia. El rey se mostró ya muy misericordioso al invitar a ese hombre y cuestionarlo amigablemente dándole una última oportunidad, fue culpa del hombre ser echado fuera por aferrarse a seguir como venía.

Su caso culmina no sólo la denuncia de la lamentable desatención y grosería que suele recibir como respuesta a Su desmedida atención y bondad el mejor Anfitrión, sino que constituye un llamado de alerta para que reflexionemos en que seremos invitados a entrar a la vida eterna cuando menos lo pensemos (por algo Jesús insiste en que estemos preparados, pues no sabemos ni el día ni la hora), y cuando llegue ese momento ya no habrá tiempo para vestarnos de gala. La muerte eternizará aquello por lo que optamos en vida. Y en esta fiesta de ‘traje’, lo que traigamos ‘puesto’ en el corazón al morir determinará si quedamos nada más entre los muchos llamados (ver Mt 22, 14) o podremos contarnos entre los pocos escogidos...

Fin de los titubeos

Lo dice como lo vio. Y aunque es penoso lo que cuenta, porque no los hace quedar muy bien que digamos, tiene en sí mucho valor, no sólo por ser el testimonio veraz de alguien que estuvo ahí, sino porque nos da una muy buena dosis de ánimo y de esperanza. Se trata de lo que nos narra San Mateo en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 28, 16-20).

Dice que los discípulos acudieron al monte en el que los citó Jesús, y al verlo “*se postraron, aunque algunos titubeaban*” (Mt 28,17). ¿Por qué titubeaban? Porque así somos, aun teniendo las evidencias ante los ojos desconfiamos de nosotros mismos, de los demás y hasta de Dios.

Da pena que Mateo haya anotado esta debilidad de sus compañeros (y quién sabe si también de él), pero ¡qué bueno que no cedió a la tentación de suprimirla!, pues ello nos permite ver qué hizo Jesús al respecto, o mejor dicho, qué no hizo. Y así, vemos que ni se indignó ni se decepcionó de ellos ni les puso una buena regañada ni pidió que hicieran dos filas con los ‘firmes’ de un lado y los ‘titubeantes’ de otro para mandar a éstos literalmente al diablo. Nada de eso. Lo que hizo fue pedirles a todos que fueran en Su nombre; lo que hizo fue fiarse de ellos y encomendarles una misión.

Qué alivio para nosotros conocer esta reacción de Jesús, saber que si a veces nos asaltan el temor, las dudas, la inquietud, si de pronto titubeamos, Él no se ofende ni se

decepciona de nosotros sino sigue confiando, cree en nosotros más que nosotros mismos y nos encomienda lo mismo que encomendó a Sus apóstoles: ir a enseñar lo que Él nos enseñó.

Alguien podría preguntar, pero ¿por qué me manda hacer eso, si ve que estoy titubeante, que me siento inseguro, que no sé qué decir o qué hacer? A lo que habría que responder: porque a la vez que te manda te capacita, te prepara, te fortalece. Mira que no te manda atendido a tus solas miserables fuerzas, sino que te lanza con un extraordinario respaldo, te envía “*en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*” (ver Mt 28, 19).

¿Qué significa eso? Que si vas en el nombre del Padre, sabes que no importa a dónde vayas, jamás te sales de Su Casa y nunca te alejas de Su mirada amorosa (lee el Salmo 139) pues Él te dio y sostiene tu vida.

Si vas en el nombre del Hijo sabes que junto a ti va Aquel que por amor a ti se hizo Hombre, y dio la vida para librarte del pecado y de la muerte, Aquel de cuyo amor nada puede separarte (ver Rom 8, 35-39), Aquel que prometió acompañarte todos los días hasta el fin del mundo (ver Mt 28,16), Aquel en quien todos somos hermanos.

Si vas en el nombre del Espíritu Santo, sabes que Él te iluminará, te guiará hacia la verdad, te recordará las palabras del Señor, te ‘soplará’ lo que tengas que decir y hacer y te dará los dones y carismas que te hagan falta para cumplir lo que el Señor te pida.

Decía San Agustín: ‘Señor, dame lo que me pides y pídeme lo que quieras’, y aquí vemos que el Señor te da lo que te pide, te proporciona todo lo que necesitas para poder llevar a cabo Su encargo. Y ¿cuál es ese encargo? Que enseñes a otros a cumplir la voluntad del Señor. Y si te preguntas: ¿eso cómo se enseña?, cabría responderte: así como los maestros enseñan a sus aprendices su oficio, haciéndolo, tú puedes enseñar a otros a amar, amando; a perdonar, perdonando; a dar, dando, en otras palabras, a cumplir la voluntad del Señor, cumpliéndola tú primero. Dicen por ahí que las palabras convencen pero el ejemplo arrastra, y es verdad.

Hoy el Señor nos despoja de los pretextos que solemos dar para justificar nuestra renuencia a ser creyentes comprometidos con nuestra fe: nuestros titubeos no lo alejan de nosotros, pero tampoco justifican a Sus ojos que nos quedemos de brazos cruzados, y así, nos lanza, con toda la fuerza de la Santísima Trinidad, a ser testigos Suyos, a anunciarlo, más de obra que de palabra, a todas las naciones, es decir, a todas las personas que pueblan nuestro mundo, y en especial a las que no conocen a Dios y buscan desesperadamente llenar un vacío en sus almas que sólo Él puede colmar.

Tengamos pues siempre presente que Aquél que nos envía viene también con nosotros, y tiene “*todo poder, en el cielo y en la tierra*”(Mt 28,18).

Basta ya de titubear. Es tiempo de dejarnos enviar.

¿Queremos Halloween?

Los que lo atacan dicen que es extranjero, que no aporta nada bueno, que vino con la mala intención de despojarnos de nuestras tradiciones; los que lo defienden lo consideran inocuo y divertido. Ante estas dos posturas tan opuestas podemos parafrasear el ‘grito de batalla’ que usan los que participan en él, y preguntarnos como católicos: ¿queremos Halloween?

Para responder esta cuestión no quise repetir información que ya hemos dado en las páginas de ‘Desde la Fe’ (y que el lector puede consultar) sobre el origen celta, la historia y desarrollo del Halloween, sino plantear qué implica y significa éste hoy en día para una familia católica.

Consulté a un papá cuyos hijos, niño y niña, tienen cinco y siete años, y me respondió, alzándose de hombros como para dar a entender que la cosa no tiene importancia: ‘Es simplemente un festejo en el que disfrazamos a los niños de diablito y brujita y los acompañamos a que les den dulces’. Luego añadió: ‘Cuando eran más chiquitos se asustaban, pero ahora lo disfrutaban mucho’.

Como su respuesta quizá coincide con la que daría mucha gente, vale la pena analizarla en partes para plantear algunos cuestionamientos.

1. Dice que es un festejo. ¿A quién o qué se festeja? A juzgar por los ‘artículos de temporada’ que se venden al por mayor, se festeja lo más sórdido y tenebroso: demonios, seres

monstruosos de ultratumba, vampiros, fantasmas, etc. Como cristianos, seguidores de Aquel que es la Luz del mundo, ¿cómo es que nos parecen ‘festejables’ las tinieblas?

2. Dice: ‘disfrazamos a los niños de diablito y brujita’. Son bien conocidos los casos de niños que, disfrazados de Batman o Superman, se avientan de una azotea creyendo que pueden volar. Cuando un niño se disfraza se toma muy en serio el personaje que representa. Si lo visten de diablo o de bruja, ¿cómo actuará?, ¿qué ideas pasarán por su cabeza?, ¿cómo creerá que debe comportarse? A una mamá no se le ocurriría vestir a su niño de ‘Jack el destripador’ y darle un machete, no sea que se tome tan en serio su papel que suceda una desgracia, pero no tiene empacho en vestirlo de diablo o de bruja y que suceda la desgracia de que se tome muy en serio su papel. Por una parte le ha pedido que diga siempre la verdad y por otra lo viste de “príncipe de la mentira”; por una parte le ha pedido que sea bueno, por otra lo anima a fantasear que encarna la máxima maldad, ¿dónde está la coherencia?

3. Dice que los disfrazan ‘de diablito y brujita’. ¿Habría alguien que se atreva a disfrazar a su niño de Hitler y decir: ‘lo vestí de Hitlercito’, así con cariño? Seguramente no, entonces ¿cómo fue que se volvió aceptable no sólo disfrazar a una criatura del peor enemigo de Dios, de uno al que Hitler no le llega en perversión ni a los talones, sino referirse a aquel con un diminutivo afectuoso? Los niños que oyen hablar de ‘diablito’ se acostumbran a creer que el demonio es un personaje simpático y ficticio, ¿convendrá que crezcan creyendo que o no existe, o que si existe no es nada temible?

4. Dice que los acompañan a que les den dulces. En casa los regañan y disciplinan si se portan mal, pero aquí los acompañan a que reciban golosinas por representar a quienes peor se portan. ¿Cómo fue que se inventó que había que premiar al diablo, a las brujas y a los monstruos? ¿Qué han hecho que merezca gratificación?

5. Dice que antes sus niños tenían miedo pero ahora lo disfrutan. ¿Celebrará este papá que cuando sus hijos crezcan sigan con la costumbre, sembrada hoy en ellos, de perderle el miedo a lo malo y disfrutarlo?

A quien le parezca exagerado cuestionar lo que se suele calificar de ingenua fiesta infantil habría que decirle que la ingenuidad no está en la fiesta sino en aceptarla sin cuestionarla, porque por lo visto forma parte de un plan para socavar nuestras celebraciones religiosas:

¿No resulta muy sospechoso que a las grandes fiestas del cristianismo se hayan ido anteponiendo otras que las desvirtúan y que están dirigidas específicamente a niños? En Navidad, antes que Jesús llega ‘Santa Claus’ a traerles juguetes; en Pascua una coneja que inexplicablemente ‘pone’ huevitos de chocolate, y ahora, en las Vísperas de Todos los Santos, es decir, de todos los buenos, se les regalan dulces a todos los malos. ¿De qué se trata? ¿Será simple casualidad o una bien planeada estrategia que con toda intención se dirige a los niños (por ser éstos fácilmente impresionables e influenciables), y empleando medios aparentemente inocentes y que a ellos les encantan (sorpresas, regalos, fantasía, chocolates, disfraces, dulces) busca irlos distraendo de lo esencial y sembrando a muy temprana edad una gran confusión en su conciencia acerca de lo que como católicos deben o no deben celebrar?

Cabe pues concluir que no es exagerado sino muy pertinente y ojalá oportuno que nos cuestionemos: de veras ¿queremos Halloween?

Poder amar

Hazlo por mí.

Quien dice esta frase evidentemente confía en que le importa a otra persona lo suficiente como para pedirle que haga algo que por otra razón quizá no haría. Y por lo general quien la pronuncia está aludiendo no al poder, no al dinero, no a algún tipo de presión violenta sino al amor. ‘Hazlo por mí’ suele ser sinónimo de ‘ hazlo por el amor que me tienes’. Y es que el amor es un motor muy poderoso. Por amor somos capaces de vencer el individualismo, el miedo, la inercia, la pereza, y esforzarnos al máximo en dar mucho más de lo que normalmente hubiéramos dado.

Parecería que por amor podemos darlo todo, pero la realidad es que humanamente hablando solemos poner límites a lo que damos por amor. Nos limita, por ejemplo, el cálculo acerca de si la otra persona lo merece o lo aprecia; nos limita el resentimiento; nos limita la mezquindad, el miedo a dar demasiado. Así pues, lamentablemente aun el más grande amor humano se topa tarde o temprano con una barrera tremenda que no lo deja crecer, avanzar, expandirse. ¿Qué hacer ante semejante obstáculo? Echarlo abajo, desde luego. ¿Cómo? Nos lo dice el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 22, 34-40).

En él afirma Jesús que *“Amar al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente...es el más grande y el primero de los mandamientos”* (Mt 22, 37-

38). ¿Qué significa esto?, ¿por qué nos manda Jesús amar a Dios con todo nuestro ser? No es, por supuesto, para exigir una especie de pago por habernos creado, y mucho menos por razones de ego, sería un disparate creer eso; nos lo pide porque de ello se obtiene un grandísimo bien, el de romper los límites de nuestra capacidad de amar. Veamos por qué.

En primer lugar cabe establecer que amar a Dios consiste antes que nada en dejarnos amar por Aquel que, como dice San Juan, “*nos amó primero*” (1Jn 4,19). Abrir nuestro corazón a Su amor y dejar que nos lo inunde tiene dos implicaciones sobre las que vale la pena reflexionar:

1. La primera implicación, es que sólo podemos amar realmente a Dios con el amor con que Él nos ama. Y aquí es oportuno aclarar que amar a Dios no consiste simplemente en ‘sentir amor’ en el sentido de experimentar sentimientos bonitos hacia Él o pensar que lo queremos mucho; ni siquiera consiste en sentir arrebatos místicos o suspirar en medio de palpitaciones y éxtasis. No. El verdadero amor a Dios se manifiesta en vivir cada instante respondiendo amorosamente a esta continua y silenciosa petición Suya: ‘Hazlo por Mí, hazlo todo por Mí’.

En su recomendabilísimo libro ‘Introducción a la Vida Devota’ dice San Francisco de Sales que el verdadero amor a Dios se llama ‘devoción’, y no sólo hermosea nuestra alma, no sólo nos da fuerzas para obrar bien, sino para hacerlo con cuidado, frecuencia, prontitud y alegría.

Quien ama a Dios, quiere hacerlo todo por Él, y traduce ese deseo en vivir su vida cotidiana procurando agradar a Dios en cada cosa, por sencilla e insignificante que sea, ofreciéndole, por amor y con amor, pensamientos, palabras, acciones, alegrías y sufrimientos. El que ama así a Dios descubre que hacer de ese amor su norma de vida llena su alma de una paz y un gozo inigualables.

2. La segunda implicación es que cuando nos abrimos al amor de Dios, somos colmados de una gracia sobrenatural que además de saciar nuestra más honda necesidad, nos permite superar las barreras que limitan nuestro modo de amar y nos

hace capaces de cumplir a cabalidad otro mandamiento que menciona Jesús, el de amar al prójimo (ver Mt 22,39).

Queda pues claro que el Evangelio dominical nos está invitando a abrirnos al amor de Dios porque sólo si dejamos que Él nos llene el corazón seremos capaces de despojarnos de egoísmos, tacañerías y resistencias, y amar de veras, sin limitación.

¿Das?

¿Cómo reaccionas cuando alguien te pide en la calle una monedita para un taco o para pagar una medicina cuya gastada receta te muestra, o para comprar el pasaje para regresar a su pueblo que está muy lejos, o para costear el velorio de un pariente que acaba de fallecer?

Hice esta pregunta a los asistentes a mis cursos de Biblia y recibí las respuestas más opuestas entre sí.

Por una parte hubo quien dijo que nunca da porque considera que si da dinero seguro será gastado en algo malo y si da comida propiciará que quien la recibe no luche por ganarla trabajando, y que en lugar de pedir dinero deberían buscar empleo. También comentó que hay ‘mendigos profesionales’ y aseguró haber visto cómo un joven bien vestido llevaba en taxi a su abuelita (la del joven) muy pobremente vestida, la sentaba a pedir limosna en el atrio de la parroquia los domingos, y luego pasaba por ella en taxi, y que le constaba que la viejita ganaba en esa jornada más de lo que ganaban muchas de las personas que le ayudaban.

Esto desató la reacción de muchos que replicaron que por lo general quien pide realmente lo necesita, que no es tan fácil hallar empleo, y que darles la monedita que piden no empobrece.

Esto fue a su vez cuestionado por una persona que aseguró que dar esa monedita sí podía salir muy caro. Citó como ejemplo que al ir en auto casi en cada semáforo se le

acerca un niño que limpia parabrisas o una indígena con un bebé a la espalda o alguien con una discapacidad o un tragafuegos o un payasito, y que también como peatona se topa a cada rato con un campesino que trae una hojita explicando su necesidad, o una madre de varios chiquillos sentada en la banqueta, o un teporochito, y así sucesivamente, y que le daba pena no dar, pero que si a cada uno daba algo, pronto acabaría también pidiendo.

Su ejemplo sirvió para que varios hicieran notar la gran necesidad que existe, y que cada día se pone peor, y ante la cual no es posible cerrar los ojos. El intercambio de tan diversos puntos de vista demostró que dar ayuda a quien se ve que la necesita es un asunto que puede abordarse desde distintos ángulos, pero concluimos que como cristianos tenemos que considerarlo urgente e impostergable y abordarlo, antes que nada, desde la caridad, entendida ésta no como la acción de sacar displicentemente una monedita y dejarla caer cuidando de no tocar la mano de quien la solicita, sino entendida como amor llevado a la práctica, amor que se concreta en acciones, o dicho de otro modo, acciones originadas por el amor, y, ojo, no por cualquier amor, sino por el amor a Dios, porque no sólo nos lo pide Aquél a quien amamos, sino porque Él se identifica con el necesitado, como lo vemos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 25, 31-46).

En él Jesús plantea que en el Juicio Final juzgará a las gentes según sus obras de misericordia, y les revelará que cuanto hicieron o dejaron de hacer por otros, aun por los más insignificantes, lo hicieron o dejaron de hacer por Él, pues Él se identifica con ellos. De Su planteamiento cabe destacar algunos puntos:

1. No basta la fe para salvarse. Se nos exige demostrar nuestra fe en obras de misericordia.
2. Jesús menciona cinco bien concretas (dar de comer al hambriento; de beber al sediento; vestir al desnudo; hospedar al peregrino y visitar al enfermo o encarcelado), pero no pretende que la lista termine ahí, sino que sea un punto de partida, un despertador de conciencia para que cada uno

considere qué necesidad particular detecta a su alrededor y busque la manera de ayudar a aliviarla.

3. Hay quien se desanima pensando que lo que podría dar es tan poco que no haría ninguna diferencia. Se equivoca porque para Jesús todo cuenta, nada es demasiado poco. Él no pide grandes cosas, heroísmos fuera de nuestro alcance, sino lo que buenamente podemos dar: no que termines con el hambre mundial, sino que compartas tu pan; no que sanes al enfermo sino que le regales tu compañía...

4. Tan malo es no dar como dar sobras: el pan duro o viejo, la ropa rota, la medicina caduca, porque quien lo recibe no es un mendigo anónimo e insignificante al que se puede maltratar sin que nadie lo sepa, sino el propio Señor que un día nos llamará a cuentas de lo que dimos y cómo lo dimos, y de lo que no dimos y por qué...

Estamos llamados a ejercer la verdadera caridad y, cabe añadir, también la prudencia, claro, tomando en cuenta lo que decía San Francisco de Sales, que ‘a veces la demasiada prudencia humana interfiere con la caridad divina’, en el sentido de que quizá por pensarlo dos veces o pensar mal o mucho podemos dejar de ayudar a alguien al que Dios puso en nuestro camino confiando en que seríamos Sus instrumentos para darle la mano. Y que no nos vaya a pasar que hoy neguemos una ayuda sin siquiera voltear a ver la cara de quien nos la pide, y un día Cristo nos haga contemplar Su rostro en esa cara y nos revele que consideró como escatimado a Él, lo que no quisimos dar a aquel necesitado.

Limpia intención

Si hubiera un detergente para desmanchar las intenciones se venderían millones porque resulta muy difícil que lo que empieza con una limpia intención no se ‘ensucie’ al final con algo de egoísmo, vanidad, deseos de despertar admiración, envidia, respeto, temor... Por ejemplo, es muy fácil que quien inicia queriendo servir a los demás termine queriendo servirse de los demás; que quien comienza ofreciendo algo a Dios para agradarlo, concluya ofreciéndoselo para intentar comprarlo. El problema con las intenciones torcidas es que aunque unos no puedan descubrirlas y otros quieran hacerse ‘de la vista gorda’, Dios sí las ve. Queda claro en la Biblia que Él sondea nuestro corazón y conoce lo que hay aun en lo más profundo. Y a Él no le gusta que se nos enchuequen o ensucien las intenciones. Lo comprobamos en el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Jn 2, 13-22).

En él vemos cómo reacciona Jesús al toparse, donde menos lo hubiera esperado, con un verdadero cochintero de intenciones.

Sucedió cuando encontró en el templo de Jerusalén “*a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas con sus mesas*” (Jn 2,13).

A primera vista parecen ser inocentes miembros de lo que hoy en día llamamos ‘ambulante’, pero al revisar sus intenciones se descubre que cometían dos grandes abusos: Por

una parte, y como un aparente servicio a la comunidad, ofrecían allí mismo los animales que según la ley se podían sacrificar para ser presentados en el templo como ofrenda al Señor, pero los vendían a un precio mucho más alto que en la ciudad. Por otra parte, como estaba establecido que en el templo sólo se aceptara cierta moneda y que todos los fieles que venían de regiones distintas y distantes tuvieran que cambiar su dinero por dicha moneda, se las daban a lo que hoy llamaríamos un ‘tipo de cambio’ muy desventajoso, por lo que muchos pobres y peregrinos se quedaban sin poder comprar lo necesario para su ofrenda, por no tener suficientes recursos.

Cuando Jesús llegó al templo y vio todo eso se indignó y no pudo quedarse de brazos cruzados sino que de inmediato echó fuera a los vendedores, a los cambistas les volcó las mesas y exigió: “*No conviertan en un mercado la casa de Mi Padre*” (Jn 2, 1).

La frase es fuerte. El que Jesús haya comparado lo que ahí sucedía con un mercado no es superficial, no se debe sólo a que ahí se compraban y vendían animales, sino a algo mucho más profundo y que a Él le preocupó mucho más: que ahí se compraban y vendían intenciones, que lo que en un principio se estableció para un bien acabó siendo un mal; que vendedores y cambistas no sólo usaron sino abusaron de su puesto con intención de obtener ganancias, y que, influenciados por su mentalidad mercantilista, muchos que les compraban animales lo hacían con intención de presumir de generosos ante Dios y asegurarse Su favor. Puro interés, puro toma y daca. La relación con Dios convertida en relación comercial. Con razón Jesús no lo toleró. Su acción no fue producto de un malhumor repentino; no arrasó parejo, no lastimó a nadie ni les confiscó sus cosas, no los insultó a ni los corrió ‘a patadas’. Los expulsó y cuestionó con el objeto no de dañarlos sino de marcarles un alto que les permitiera reaccionar, reflexionar, y, ojalá, cambiar. Lo suyo, además, fue un gesto profético anunciado desde antiguo (ver; Jer 7, 10-15; Zac 14,21) y que revelaba en Él el poder y la autoridad de Dios.

Cabe mencionar que San Juan hace notar que al ver lo sucedido los discípulos recordaron ese Salmo que dice: “*El celo de Tu casa me devora*” (Sal 69,10), y es que la casa del Padre era también la casa de Jesús, Hijo del Padre, y lo afectaba profundamente lo que ahí sucedía.

Resulta significativo que se proclame este Evangelio en el día en que se celebra la dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán, de la primera Basílica de la cristiandad, de la primera sede del nuevo templo, de la nueva casa de Dios, de aquella de la que Jesús hablaba al final de este Evangelio cuando anunció que la podían destruir y en tres días la reconstruiría, refiriéndose a Sí mismo (ver Jn 2, 19-21).

Relacionando una cosa con otra podemos deducir que se nos está invitando a revisar nuestra actitud y preguntarnos qué nos mueve a acudir a la casa de Dios, a buscar la cercanía con el Señor, y si descubrimos que es el afán de hacer trueques con Él para ver qué le sacamos, le pidamos que nos ayude a echar fuera sin miramientos a esos vendedores y cambistas que llevamos dentro, y a limpiar nuestra intención para que sea el puro amor por Él y no el interés lo que prevalezca siempre en nuestro corazón.

Talentos

Que estaba San Pedro pasando lista a los que iban a entrar al cielo y dijo a uno: ‘ah, veo que tú eras el mejor cantante del mundo, ¡bienvenido!’, a lo que el otro replicó: ‘¿yo cantante?, ¡qué va!, fui zapatero’, y que entonces San Pedro exclamó: ‘¡cómo zapatero!, ¡pero si tenías una voz privilegiada!, ¿no te diste cuenta?, ¡estabas destinado a ser el mejor cantante del mundo!’

Lo anterior lo narró a un grupo en un retiro un angustiado joven al que le llegó ese cuentito por ‘internet’ y lo dejó preocupadísimo pensando si podría equivocarse su vocación por no saber reconocer para qué era bueno. Se le respondió que no es posible tener vocación para algo sin darse cuenta. Se citó como ejemplo que los papás que comentan los logros o cualidades de algún hijo adulto suelen hacer notar: ‘ya lo traía desde chiquito’, es decir que desde la infancia se advertía en él o ella esa predilección, esa facilidad, ese particular interés por ser o realizar algo que más tarde desarrollaría en plenitud.

A nadie puede pasarle desapercibido un don especial que Dios le haya dado. Si lo tiene lo sabe o cuando menos lo intuye, porque también sucede que quienes le rodean se lo hacen notar o vive ciertas circunstancias que lo hacen descubrirlo. Ignorarlo no es posible, desaprovecharlo sí. Sobre ello nos advierte el Evangelio que se proclama este domingo en Misa (ver Mt 25, 14-30).

En él nos narra Jesús la historia de un señor que antes de salir de viaje encargó sus bienes a tres de sus hombres de confianza. Dice Jesús que les dio ‘talentos’, palabra que designa una moneda empleada por los romanos en sus territorios y colonias, pero que nosotros podemos también entender en su significado actual de don o capacidad. A uno le dio diez, a otro cinco, y a otro uno. Los dos primeros negociaron con lo encomendado y lo duplicaron; el tercero enterró su talento. Cuando el señor volvió y recibió las cuentas, felicitó a los dos primeros llamándolos siervos buenos y fieles, prometió confiarles mucho más y los invitó a participar de su alegría. Al último en cambio, lo regañó duramente, lo llamó siervo malo y perezoso, mandó que lo echaran fuera y que le dieran su talento al que tenía diez, diciendo “*al que tiene se le dará y le sobraré; pero al que tiene poco, se le quitará aun eso poco que tiene*” (Mt 25,29).

Cabe destacar algunos puntos para reflexionar:

1. No todos recibieron lo mismo. Dios te da sólo lo que puedes manejar según tus circunstancias y capacidades.
2. Si alguien considera que el que tenía diez le era más fácil arriesgar y negociar con ellos y justifica al que temiendo perder el único talento que tenía lo enterró, debe considerar que todos sabían que su señor esperaba que lo recibido produjera algo, mucho o poco, pero algo. Dios nos da los talentos que necesitamos para edificar Su Reino en nuestro mundo porque espera que los hagamos fructificar.
3. Los tres hombres devuelven todo, no se quedan con nada. Cuanto somos y tenemos lo recibimos de Dios, Él es el Dueño, nosotros sólo los administradores. Debemos hacerlo todo por Dios y para Dios.
4. Que se le dé más al que más tiene y se le quite al que tiene poco no debe entenderse en sentido monetario o material (pues sería una injusticia) sino como referido a los dones que da Dios, pues cuando se ejercen aumentan y se multiplican, y cuando no se ejercen se van perdiendo.

A partir de esta parábola podemos reflexionar acerca del compromiso que supone recibir talentos, y al respecto cabe hacer dos consideraciones:

La primera es que hay quien logra vivir de algún talento que tiene ('me pagan por hacer lo que me gusta', dice feliz), pero debe darse cuenta de que no sólo tiene ese talento (que no diga 'es que sólo sirvo para esto') sino muchos otros, y está llamado a ejercerlos todos no sólo para su propio bien sino para el de otros. Y aquellos que no viven de su talento sino que por necesidad se dedican a algo muy distinto, pueden y deben ejercer su talento, no por dinero sino por la satisfacción de poner sus dones a disposición de los demás para el bien común.

La segunda es que hay que luchar contra dos factores que pueden impedir que rindan nuestros talentos: el egoísmo, que nos tienta a usarlos sólo para nuestra conveniencia, y el miedo, que nos paraliza, nos hace subestimar nuestra capacidad para ejercerlos, dudar que podamos y quedarnos sin hacer nada.

De este Evangelio dominical podemos sacar dos felices conclusiones: que todos tenemos muchos y muy valiosos talentos, y que estamos a buen tiempo de ejercerlos (y, si acaso hace falta, desenterrarlos), para que produzcan abundantes buenos frutos y podamos por ello participar de la alegría de Aquel que tuvo a bien encomendarnoslos.

Caridad casera

¿Eres de esas personas que cuando tienen que decir algo no se les ocurre nada al momento, y luego que éste pasó les llegan ideas y lamentan: ‘¡cómo no dije eso!, ¡hubiera dicho aquello!’...? A mí me pasa a cada rato, especialmente con lo que aquí escribo. Tener que comentar un Evangelio riquísimo en sólo una página necesariamente deja fuera mucho más de lo que entra. Y así, siempre me quedo lamentando todo lo que no alcancé a decir. Por eso salté de gusto cuando vi que el Evangelio que se proclama este domingo en Misa es el mismo de hace apenas tres domingos, pues tenemos así una segunda oportunidad para verlo desde otro ángulo y abordar un poquito más de su inagotable riqueza.

En él anuncia Jesús que un día nos juzgará por las obras de misericordia que hicimos o dejamos de hacer y nos hará ver que se las hicimos o dejamos de hacer a ÉL, que se identifica con todos, especialmente con los más insignificantes de Sus hermanos (ver Mt 25, 31-46).

Solemos entenderlo, y qué bueno que así sea, como referido a la atención que damos a los pobres y necesitados, es decir, a los que el mundo, la sociedad, suele considerar ‘insignificantes’. Pero quisiera proponer ahora otra perspectiva, basada en ese dicho que afirma que ‘la caridad empieza por casa’.

Ahora que estamos entrando a la recta final para celebrar la Jornada Mundial de las Familias, podemos aplicar

lo que plantea Jesús a lo que nos sucede hoy con nuestra familia, con esas personas a las que suponemos amar pero que por la diaria convivencia quizá se nos han vuelto ‘insignificantes’.

Imagínate que a la hora del Juicio Final Jesús reclame: Estuve hambriento y no me diste de comer, sediento y no me diste de beber, y aclare: tenía hambre de tu compañía, y te la pasaste buscando pretextos para llegar tarde; te llenabas de ocupaciones para pasar el menor tiempo posible conmigo que porque te cansaba o aburría; tuve sed de que me escucharas y tú sólo pensabas ‘a ver a qué horas se calla’, y para no tener que oírme usabas la tele, los audífonos, el celular, la computadora.

Era forastero y no me hospedaste. Cuando te resultaron nuevos, ajenos o incómodos mis gustos, opiniones o hábitos no me acogiste, me hiciste a un lado.

Estuve desnudo y no me vestiste. No procuraste cubrir, disimular lo que me avergonzaba frente a otros, mis defectos y complejos; no me arropaste con tacto y discreción; hiciste burla, recalcaste lo malo, lo comentaste con los demás.

Estuve enfermo y no me visitaste. Cuando me faltó la salud, cuando me sentí mal y no pude hacer nada por ti, te impacientaste, dijiste que estaba insoportable, te alejaste de mí.

Estuve en la cárcel y no me visitaste. Cuando me sentí preso de mis obligaciones cotidianas, agobiado por la rutina diaria, por las exigencias constantes que tuve que soportar por mi situación en la familia, en el trabajo, por dificultades de mi edad o por alguna incapacidad, no te acercaste a aligerar mi carga, nunca procuraste venir a liberarme un poco de mi encierro.

En este punto quizá muchos le preguntarían extrañados a Jesús: ¿Pero cuándo te dejamos hambriento y sediento de compañía y cariño?, ¿cuándo te dejamos fuera de nuestro corazón?, ¿cuándo nos burlamos de Ti?, ¿cuándo nos desentendimos de Tu enfermedad?, ¿cuándo nos resultó indiferente verte como preso? Y quizá la respuesta que reciban les sorprenda: ‘En verdad les digo que cuando no lo hicieron por su esposa, por su esposo, por sus hijos, por sus papás, por

sus hermanos, por quienes eran para ustedes los más insignificantes miembros de su familia, tampoco lo hicieron por Mí’.

Ay, por lo visto la cosa es más complicada de lo que pensábamos. Parece que no basta la ‘caridad’ entendida como hacer de vez en cuando una obra buena por algún desconocido. Quien creía que podía salirse con la suya dando algo de dinero o ropa usada para un albergue, triques para una tómbola o víveres para un acopio, descubrirá que hay una caridad que no había considerado y a la que está necesariamente llamado. La que se practica cotidianamente, la que más trabajo cuesta porque desgasta y no suele recibir aplausos: la que consiste en tratar perseverantemente con entrega y paciencia, tolerancia y comprensión, tacto y discreción, solicitud y ternura, delicadeza y solidaridad, en suma, con verdadero amor, a quienes están más cerca de nosotros, a los miembros de nuestra familia, pues en cada uno de ellos vive (y toma nota de lo que le hacemos o dejamos de hacer) el Señor.

OBRAS DE ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA

Libros publicados por EDICIONES 72:

PARA ORAR EL PADRENUESTRO

(Reflexionar y orar sobre cada frase del Padrenuestro)

POR LOS CAMINOS DEL PERDÓN Disponible también en MP3

(Guía práctica para lograr perdonar).

SI DIOS QUIERE Guía práctica para discernir la voluntad de Dios en tu vida

CAMINO DE LA CRUZ A LA VIDA

(Reflexiones sobre la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús)

VIACRUCIS DEL PERDÓN

(Recorrer las catorce estaciones caminando hacia el perdón)

VIDA DESDE LA FE

(50 Reflexiones para aterrizar la Palabra de Dios en tu vida diaria)

IR A MISA ¿PARA QUÉ? Guía práctica para disfrutar la Misa

DOCENARIO DE LA INFINITA MISERICORDIA DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS (Doce meditaciones sobre la Misericordia Divina)

¿DESEMPOLVA TU BIBLIA! Guía práctica para empezar a leer y
disfrutar la Biblia

¿QUÉ HACEN LOS QUE HACEN ORACIÓN? Guía práctica para
empezar a orar y disfrutar la oración

Otras publicaciones

EL PAPA TE INVITA A REZAR SU ORACIÓN FAVORITA

Carta Apostólica ‘Rosarium Virginis Mariae’, de SS Juan Pablo II sobre el rezo del Santo Rosario, resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. (publicada por la Arquidiócesis de México y por Ediciones EVC no.259)

EL PAPA TE HABLA DE LA MISA

La Carta Encíclica ‘Ecclesia de Eucharistía’ resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. Publicada por la Arquidiócesis de México

Obras de AMSE disponibles gratuitamente en www.ediciones72.com

COLECCIÓN ‘VIDA DESDE LA FE’, Volúmenes 1, 2, 3, 4 y 5

COL. ‘LA PALABRA DE DIOS ILUMINA TU VIDA’, ciclos A, B y C

CURSO DE BIBLIA SOBRE HECHOS DE LOS APÓSTOLES

CURSO DE BIBLIA SOBRE EL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO